BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA

PEDRO de LUJÁN

Coloquios Matrimoniales





PEDRO de LUJÁN



Coloquios Matrimoniales

Edición anotada y posfacio de Asunción Rallo Gruss

CONSEJERÍA DE CULTURA

Biblioteca Virtual de Andalucía

[el autor]

Pedro de Luján representa al escritor de obras de moda en la Sevilla del siglo XVI. Hijo de un bordador, cursó estudios en la Universidad de Alcalá de Henares, donde se licenció en Leyes. Fue impresor entre 1550 y 1560 al quedarse con la imprenta sevillana de Dominico de Robertis, marido de una hermana de su madre. Conociendo bien cuales eran los gustos del público compuso un libro de caballerías, como duodécima continuación del *Amadís de Gaula*, titulado *Silves de la Selva*, tradujo otro del mismo género del italiano, Leandro el Bel, y a la manera de Erasmo, al que cita como modelo, firmó unos coloquios sobre los temas del matrimonio, la educación y el comportamiento en la vejez.



El tema del matrimonio es uno de los preferidos por los escritores y humanistas del siglo XVI, ya que representa una cuestión crucial en la constitución de la nueva organización burguesa y urbana. *Coloquios matrimoniales*, de Pedro de Luján, permite un acercamiento múltiple y rico a dicho asunto, ya que es al mismo tiempo testimonio histórico de usos y costumbres, colección de propuestas ideológicas, y miscelánea y recopilación de noticias, ejemplos y anécdotas tomadas de la antigüedad. Concebida más como una guía de consulta sobre aspectos puntuales que como una obra para una lectura continuada, el texto de Luján constituye una de las mejores realizaciones del diálogo renacentista. Tras publicarse por primera vez en Sevilla en 1550, el libro tuvo un gran éxito, con más de once ediciones, y traducciones a otras lenguas.

Colección *Una Galería de Lecturas Pendientes*
Dirección y coordinación editorial: Jesús Jiménez Pelayo

Edita: JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura

Maquetación y diseño: Carmen Piñar
ISBN: 978-84-9959-017-2
D.L.: GR-3018-2010

Ilustración de cubierta: Agnolo Bronzino. *Lucrezia Panciatichi* (Detalle), ca. 1540.
Galleria degli Uffizi, Florencia. © The Bridgeman Art Library.

índice



CRITERIOS DE EDICIÓN

Esta edición reproduce el texto de la primera impresa en Sevilla «en casa de Dominico de Robertis», con fecha de terminación «a cuatro días del mes de febrero del año 1550». El ejemplar utilizado pertenece a la Biblioteca Nacional de Madrid, y lleva la signatura R/3316. Se ha distribuido el texto a la manera de diálogo según la práctica moderna y se Ha puntuado de acuerdo con los criterios vigentes, y la ortografía se ha actualizado manteniendo únicamente lo pertinente:

— Se ha regularizado el uso de b/v, j/g, x/j, c/z, q/c, s/x, m/n ante labial, h/ø.

— Se han simplificado los grupos consonánticos ct, pt, bd, sc, ss, ll, st, nn, y se ha desdoblado según uso moderno c en cc.

— Se han desarrollado las abreviaturas como p̄, đ, tp̄o, q̄l, ê̄n̄l, n̄ra, hra.

— Los nombres propios conservan su grafía, aunque ésta se salga de las normas generales.

— Las formas verbales se mantienen respetando sus terminaciones arcaicas o inusuales.

— Se mantienen las aglutinaciones como «dellas» y «destos».

— Se conservan también: la oscilación vocálica (o/e, e/i, u/o), las formas adverbiales (agora, entonce, ansí), las concordancias de género y el uso de «g» o «f» por la actual muda (como alcahueta o fermosura).

Por último se han considerado una serie de posibles errores tipográficos, cuya enmienda se realiza sobre el propio texto con la utilización de corchetes.

Las ediciones de los textos citados en las notas son:

— ANTONIO DE GUEVARA

Relox = *Libro aúreo de Marco Aurelio con el Relox de Príncipes*, Sevilla, Juan Cromberger, 1531.

Epístolas = *Epístolas Familiares*. Ed. J. M. Cossío, Madrid, Real Academia, 1950 y 1952, tomos I y II.

— PEDRO MEJÍA

Silva = *Silva de varia lección*. Ed. J. García Soriano, Madrid, Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1933 y 1934, tomos I y II.

— ERASMO

Mempsigamos = *Uxor Mempsigamos* en *Colloquios de Erasmo*. Ed. M. Menéndez Pelayo, en *Orígenes de la novela*, Madrid, N.B.A.E., 1915, tomo IV, págs, 202-208.

Puerilis = *Pietas Puerilis*, en *Colloquios de Erasmo*, ed. cit., páginas 151-157.

COLOQUIOS MATRIMONIALES

DEL LICENCIADO
PEDRO DE LUJÁN

EN LOS CUALES SE TRATA
CÓMO SE HAN DE HABER ENTRE SÍ LOS CASADOS,
Y CONSERVAR LA PAZ;
CRIAR SUS HIJOS Y GOBERNAR SU CASA.
TÓCANSE MUY AGRADABLES SENTENCIAS, DICHOS Y HECHOS,
LEYES Y COSTUMBRES ANTIGUAS.

DIRIGIDOS AL ILUSTRÍSIMO Y MUY EXCELENTE SEÑOR
DON JUAN CLAROS DE GUZMÁN, CONDE DE NIEBLA,
PRIMOGÉNITO DEL MUY EXCELENTE SEÑOR
DON JUAN ALONSO DE GUZMÁN, DUQUE DE MEDINA SIDONIA,
MI SEÑOR.



EPÍSTOLA O PROHEMIO
EN EL CUAL EL AUTOR DEDICA LA PRESENTE OBRA
AL ILUSTRÍSIMO Y MUY EXCELENTE SEÑOR
DON JUAN CLAROS DE GUZMÁN, CONDE DE NIEBLA, ETC., MI SEÑOR.

La virtud muy ilustre y excelente señor según lo dice el elocuentísimo Cicerón en sus epístolas escribiendo a Lelio, y primero que él el divino Platón lo refiere en muchos lugares, es la mayor causa que nos mueve a amar a algunas personas a las cuales por aventura jamás vimos salvo por la fama de sus virtuosas obras. Pues cuánto más, muy excelente señor, me debo yo conmover a amar a vuestra Excelencia; pues allende de aquello que la fama pregona por el universo mundo, con los ojos veo y cada día veemos en esta ciudad donde vuestra Excelencia es tan amado y querido, lo cual cierto no procede sino de muy gran virtud, junto con las demás calidades que en semejante persona eran debidas (así de linaje como grandeza de estado y de ánimo y liberalidad). Lo cual es tan notorio que quererlo yo relatar antes sería desdorar lo que tanto resplandece que contar algo de nuevo. Todas las cuales excelencia[s] se adornan con la gran conformidad en que vuestra Excelencia vive ayuntado en tan limpio, puro, justo y santo matrimonio con la condesa mi señora, que para mí tengo que es una cosa, la más agradable a Dios, el amor de los casados, y con que más servicio recibe. Plega a Dios nuestro señor conserve a vuestra Excelencia y los guarde, junto con su muy ilustre prole, por largos y felices

tiempos, porque con su mucha paz y conformidad sean dechado de que todos puedan sacar muy perfectas labores. Pues ¿a quién con más justo título eran debidos los frutos de mis trabajos sino a vuestra muy excelente persona, con cuyo ejemplo y lectura de este tratado podrá cualquiera sacar el dibujo muy al natural? Conmovíme a tomar este trabajo y recopilar estos *Coloquios*, los cuales llamo *matrimoniales*, por ser su principal intento la paz de los casados por cuatro causas principales, por las cuales causas cualquiera trabajo se hace muy suave y liviano: la primera por pensar que con aquello sirven algunas personas a quien mucho desean servir; la segunda, y más principal, por servir a Dios nuestro señor; la tercera por la fama, y la cuarta por su mismo provecho; las cuales causas, muy excelente Señor, han concurrido agora en mí juntamente, que pensando en que podía mostrar el deseo que de servir a vuestra Excelencia tengo, siendo tan poca mi posibilidad, determiné ofrecer a vuestra Excelencia esta obrecilla como por primicias del deseo que de su servicio tengo. La segunda causa fue por cumplir con lo que a cristiano debo, dando el diezmo del talento que Dios nuestro señor fue servido de me encomendar, por no ser llamado siervo inútil, y sin fruto ni provecho; porque no pequeño fruto hará esta pequeña obrecilla, mediante el divino auxilio y el favor de vuestra excelencia. Y también por aquella autoridad de san Matheo: el árbol que no fructificare sea cortado y echado en el fuego. Pues pensando cómo servir a Dios nuestro señor y a vuestra Excelencia, y cómo atraer algún provecho a mis prójimos, no hallé otro mejor camino que recopilar estos *Coloquios* de muy diversos libros, así latinos como italianos y castellanos; aunque no con pequeño trabajo y menor estudio, para que en ellos, como en espejo, se pueda cualquiera estado de gentes mirar, y imitándolos evitarse de dar entrada a nuestro adversario el demonio; el cual el mayor pesar que tiene es ver algunos, especialmente casados, permanecer en el servicio de Dios nuestro señor. Aquí los casados podrán ver cómo se han de regir y tratar, y qué perficiones han de tener para buenos casados; y los no casados sabrán cómo han de aconsejar a los que debajo de tal yugo estuvieren. Es la tercera causa por adquirir alguna fama para los siglos venideros, la cual bien creo me será atribuida si vuestra Excelencia me da aquel favor que como a criado me es debido, especialmente siéndome tan necesario, para que ninguno ose poner su lengua para maltratar esta obrecilla. Fue la cuarta causa por mi mismo provecho, pues no pocos se me siguen, lo uno gozar de nombre de criado de vuestra Excelencia, y lo otro tomar dechado para

mí mismo, siendo recién casado como soy. Bien conozco no carecer de atrevimiento dedicar tan baja obra a tan alta persona; mas confiando en su mucha benignidad me atreví a hacerlo, y también porque a ninguna persona con tan justo título se pudiera dedicar como a vuestra Excelencia, siendo espejo donde todos los bien casados se pueden mirar. Una sola cosa pido a vuestra Excelencia lo mande ver y enmendar para que con su licencia y favor se imprima, junto con otras cosas, que siendo vuestra Excelencia servido, mediante Dios, saldrán presto a luz. Nuestro Señor la muy ilustre y muy excelente persona de vuestra excelencia guarde por largos y felices tiempos, etc.

Coloquios o diálogos matrimoniales

del licenciado
Pedro de Luján,
natural de la ciudad de Sevilla,

en los cuales van
altas y muy provechosas sentencias,
dichos de excelentes filósofos,
y hechos de otros muy ilustres varones,
leyes y costumbres antiguas muy provechosas
para la paz, tranquilidad y buen gobierno
de todo género de casados;
en los cuales se trata
cómo se han de haber entre sí y criar sus hijos,
con el coloquio de los niños y el de los viejos.

Dirigido
al ilustrísimo y muy excelente señor
don Juan Claros de Guzmán,
conde de Niebla, etc., primogénito del muy excelente señor don
Juan Alonso de Guzmán, duque de Medina Sidonia, etc.,
mi señor.


RIMER



ARGUMENTO
DEL
PRIMER COLOQUIO

Coloquio primero, en el cual juntándose dos mujeres muy amigas, de las cuales la una era casada, y asaz instructa en la lengua latina[1], y muy leída en diversas historias, llamada Doroctea, aconseja a su amiga Eulalia que se case. Tratan entre sí qué tales deben ser las doncellas antes que se casen, y qué virtudes han de tener, y de qué vicios se han de apartar, y de qué edad se deben casar las personas, y qué ritos y costumbres se guardaban en los casamientos. Trátanse cosas muy agradables para ser leídas, y más para ser obradas.

Son interlocutores:

DOROCTEA, casada

EULALIA, doncella

DOR. Dios te salve hermana Eulalia, y te deje gozar tu fresca, y moza y hermosa, juventud, que por Dios que tan hermosa te veo que apenas te pudiera conocer.

EUL. Ese mismo te guarde y prospere, hermana Doroctea. Mas ¿qué nuevo modo de lisonjearme es este, trayendo tú contigo el todo, qué de hermosura en mí puedes notar?

DOR. No por mi vida, sino que me parece que te veo agora más fresca y hermosa que nunca te vi.

EUL. Por dicha harálo los pocos cuidados que debo tener.

DOR. Como no eres casada.

EUL. Ni aún lo querría ser.

DOR. ¿Por qué causa no quieres tomar el yugo del matrimonio?

EUL. Algunas veces he sido requerida por mis padres que me case y no lo he querido hacer.

DOR. ¿Por qué?

EUL. Porque no querría casarme.

DOR. Métete monja.

EUL. Ni querría ser monja.

DOR. ¿Por qué?

EUL. Por no estar contino encerrada debajo de siete llaves.

DOR. Pues ¿qué piensas de hacer no queriendo tomar estado ninguno, conviene a saber de ser casada o monja?

EUL. Vivir acá en el mundo, sin tener superior a quien dar cuenta ni aun a quien contentar.

DOR. No te acabo de entender.

EUL. Lo que quiero es estarme en mi casa sobre mí, y servir a Dios.

DOR. Para eso mucho más aparejo tienes siendo monja.

EUL. Es verdad, mas querría yo servir a Dios sin tener quien me lo estorbase.

DOR. Pues siendo casada ¿quién te lo estorbaría ni menos siendo monja?

EUL. Mil cosas: el marido si es rencilloso, si celoso, la casa, la familia, los hijos cuando Dios es servido de dallos.

DOR. Contentando a tu marido, rigendo a tu casa y tu familia, criando tus hijos, ¿qué es lo que más querrías para alcanzar la gloria?

EUL. Ir a misa, oír los sermones, y hacer otras cosas que estando soltera, y sobre mí, podré hacer mejor.

DOR. Harto hace por cierto la mujer que contenta a su marido, y harto sirve a Dios la que obedece a aquel que él fue servido de darle por marido. Cuanto más que aunque a la verdad la mujer sea obligada a persuadir a su marido la deje ir a esas cosas; si el marido no quiere el marido peca y ella queda sin culpa y no es obligada a hacello por fuerza.

EUL. Verdad es, pero la libertad es gran cosa que como sabes no se vende por ningún dinero.

DOR. Si piensas de vivir limpia y castamente, a imitación de las santas vírgenes, bien me parece, y la más santísima cosa es. Mas debes muchas cosas de considerar: nuestra fragilidad humana, las tentaciones del demonio, y el decir de la gente, que a las más encerradas monjas no perdona, mucho menos perdonará a ti. Debes también de mirar primero hasta a dónde llegan tus fuerzas, y si vieres que bastas contra todas las tentaciones bueno es tu pensamiento, y si no cásate, que más vale ser casados que no abrasados. Finalmente te digo que eres moza hermosa, y humana, y que no faltará quien te recueste, y aun quien te conquiste.

EUL. Pues ¿qué te parece?

DOR. Que hagas como hice yo.

EUL. Que me case.

DOR. Que te cases que a fe de cristiana te juro que antes que entrase en esta orden la temía y aun temblaba della; y no en menores pensamientos estaba que tú estás agora. Pensaba los trabajos que las casadas padecen, los enojos que sus maridos les causan, la fatiga con que los hijos se crían, y el dolor con que se paren.

EUL. Pues ¿cómo pensando todas esas cosas osaste tomar sobre ti tan gran carga, entrar en tan gran peligro?, quesiste al fin tomar la muerte con tus manos.

DOR. ¿Cómo? Yo te lo diré. Leyendo una vez en un libro vide que decía que las cargas del matrimonio al marido son, que no a la mujer.

EUL. ¿Cómo así? Cuéntamelo por tu vida.

DOR. Ya te lo iba a decir. Tenemos por gran trabajo nosotras no salir de casa, y si bien miramos en ello es nos gran bien, porque muchas veces y muy diversas hacen los maridos salidas que querrían mucho más estarse en casa. Cuanto más que evitamos no pasar muchos calores en el verano, y muchos lodos y fríos en el invierno, lo cual no hace el pobre del marido, que ni sol, ni frío, ni lodo, ni agua, le puede estorbar que no vaya a buscar lo necesario para la sustentación de su casa. Tenemos por cosa trabajosa si el marido es celoso, y no tenemos nosotras después por trabajo pedirle dos mil cuentos de celos, e no por ventura de lo que vemos, mas de lo que pensamos o nos pasa por la fantasía. Tenemos también por trabajo y muy grande si el marido es rencilloso, y no miramos que por la mayor parte somos nosotras causa de sus rencillas.

EUL. Eso no consentiré en ninguna manera, porque muy diversas veces veía reñir a mi padre con mi madre, y sin causa alguna.

DOR. ¿Por ventura no le respondía tu madre algo?

EUL. ¡Cómo responder, y aún por cierto a poder de voces lo hacía callar!

DOR. Antes si ella callara muy más presto se atajaran los enojos. Mas, volviendo a nuestro propósito, si nosotras tenemos cargo de aderezar las cosas de la familia, nuestros maridos lo tienen de buscarlo; si nosotras parimos los hijos con dolor y los criamos con trabajo, nuestros maridos tienen el cuidado de ponerlos en el debido estado pasando con ellos cien mil enojos. Así que por un trabajo que nosotras pasamos, pasan ellos diez; y lo que peor es que no habemos hecho el bien cuando queremos ser pagadas o a lo menos con el alabanza.

EUL. Pues ¿qué es la resolución que desto tomas?

DOR. Yo te lo diré. Dejando aparte el estado virginal como más perfecto, que es cosa muy jocunda, delectable, santa, y buena ser casados.

EUL. Hasta hoy vide a persona agradalle la carga y el yugo llamallo suave sino a ti, pues poco ha que la llamaste carga del matrimonio, y aun así la llaman comúnmente.

DOR. Es verdad; mas si la llaman carga, no la llaman por respecto de la mujer sino del varón, porque si sutilmente lo queréis mirar, no dicen las cargas del patrimonio sino del matrimonio. Cuanto más que no toda carga es pesada, pues vemos las palabras de Christo, aunque no dichas a este propósito: mi carga es suave y mi yugo es liviano.

EUL. Tú cuentas de la feria como te ha ido en ella, porque hubiste marido rico, y gentil hombre, te agrada el matrimonio.

DOR. Ninguna desas cosas me hizo aceptarle por marido, salvo su buena fama, linaje, costumbres y sabiduría.

EUL. Discreta fuiste en escoger. Por cierto que si pensase acertar que me casaría, más veo tantas mal casadas, o por mejor decir burladas, que he tomado por mejor partido estarme antes soltera que casada.

DOR. Por muchas causas deben las mujeres y hombres casarse: la primera por el aumento de la generación, porque si todas fuesen monjas o todos frailes, y ninguna ni ninguno fuese casado, el género humano sin duda perecería. Era en tanto tenido el matrimonio en el Testamento viejo que la mujer que siendo casada era estéril era en menos tenida, porque Dios daba por bendición «no habrá en tu pueblo infecunda ni estéril»[2], porque son de tanta preeminencia los hijos, que en los antiguos tiempos por ley de Solon Solonnino[3] aquél había de ser más honrado y más acatado en el pueblo que más hijos tenía. Y la segunda causa del matrimonio es el sacramento, porque no ser un hombre casado, ni clérigo, ni pensando de vivir castamente sino seguir todavía tras del mundo es vida sin ley, y tiempo pasado sin rey. Este sacramento del matrimonio es de tanta preeminencia que Dios con su presencia y especial mandado lo consagró muchas veces: primeramente en el primer hombre, estando en el paraíso terrenal, y habiendo formado a su compañera Eva, les dijo: «Creced y multiplicad y henchid la tierra», y después en el Testamento viejo aún muchos justos fueron casados como Abraham con Sarra, y Jacob con Rebeca, y otras muchas que será prolijidad contarlas; pues cuando quiso venir al mundo no sólo quiso encarnar en mujer doncella, que fue la sacratísima virgen María, mas también quiso que fuese casada, así por su honestidad como por las ocasiones que las gentes podrían decir; consagró el santo matrimonio con su presencia en las bodas del Architeclino. Así que cuanto al sacramento no hay que hablar. Es la tercera causa por donde el matrimonio fue instituido por evitar el pecado, conforme aquello del apóstol «quien pudiere ser continente séalo, quien no pudiere cásese»; ninguna ocasión se dé al demonio, ninguna oblación se quite a Dios. Y, por cierto, la verdad dice el sagrado apóstol, que el demonio, nuestro adversario, es tan sutil que ninguno se debe de fiar de sí mismo hasta que vea muy clara experiencia de su fortaleza, porque gran indicio es ser una mujer moza y fermosa para que sea de muchos recuestada, y al fin de alguno alcanzada y aun burlada, como cada día veemos, y paréceme que es bien escarmentar en cabeza ajena.

EUL. Bien está. Mas pues a ti parece que me case, muéstrame con quién me debo casar, y de qué estado y condición lo he de escoger.

DOR. A mí me place por cierto. Decírtelo he lo mejor que pudiere, y con las más breves palabras que alcanzare si me oyes con atención.

EUL. Sí haré de buena gana.

DOR. En tres cosas se conoce el hombre cuerdo, o la mujer cuerda: la primera en saber refrenar la ira, para no hacer repentina venganza; la segunda en saberse casar, y no pienses que llamo saberse casar saber buscar marido, sino buscarlo tal y tan virtuoso como debe; la tercera cosa es en saber regir su casa, el varón en lo que es obligado y la mujer en aquello que al oficio de mujer toca.

EUL. Grande por cierto es tu saber, no sé dónde deprendiste, pues jamás no fueste a estudio ni a escuelas.

DOR. No creas, oh Eulalia, que solamente en las escuelas y estudios se deprende la ciencia, porque sólo el deseo de ser sabio hace a uno sabio, y otro día despacio te contaré cómo y dónde deprendí.

EUL. Por tu fe, hermana Doroctea, que me cuentes no sólo cómo la mujer debe casarse, más también el varón, y aun parte de lo que a entrambos nos conviene obrar para vivir en paz; que esta me parece que debe de ser la mayor felicidad de los casados, y también porque si en este estado viniere de lo uno me sepa guardar, y lo otro sepa obrar.

DOR. Soy contenta aunque en la verdad mayor edad y experiencia, y aun ciencia que la mía, fuera menester; mas nuestra amistad no consiente menos que la verdad.

EUL. Harásme muy gran placer, y sea con toda brevedad.

DOR. Bien sé que te será agradable oírlo, mas a mí muy pesado es en tan breve darte consejo[4], porque aunque en el que pide el consejo ha de haber diligencia para pedirlo, en el que lo ha de dar ha de haber madureza para pensarlo y repensarlo, y prudencia para darlo, porque el consejo que se da, si no es sobre muy pensado, pocas veces deja de traer arrepentimiento. El excelente Platón, escribiendo a Orgias el griego, su amigo, le decía: escríbesme Orgias, amigo mío, que te

escriba cómo te has de haber en Lica Onia, y por otra parte dasme priesa que te responda, la cual cosa aunque tú te atrevas a pedilla yo no osaría hacerla, porque mucho más estudio para consejar a mis amigos, que no para leer en la academia a los filósofos. Mas aunque todo esto sea, y aunque piense ser condenada, decirte he mi parecer. Muchos filósofos ha habido que han tenido por opinión, y sin razón, una cosa casi como de burla, y era que los hombres no debían ser casados, como era Anaxágoras filósofo, el cual, preguntado por un sobrino suyo con quién se casaría, le respondió: «Bien sabes, oh sobrino mío, que cuatro veces he sido casado, la primera con una hermosa a la cual había de servir y contentar, porque no me deshonrase, la segunda con una muy rica a la cual había de obedecer como su esclavo, la tercera me casé con una muy buena a la cual había de adorar porque permaneciese en su bondad, la cuarta fue con una de muy buen linaje a la cual había de obedecer como su vasallo; cata aquí, amigo mío sobrino, cómo el hombre no se debe de casar, pues que en ningún estado hay contento». El excelente Platón disputando con un filósofo, el cual tenía por opinión que el hombre no se debía casar, y daba por razón que si era muy hermosa era trabajo guardalla, y andar a peligro, y tener mujer para otro, y si era muy fea era tormento y pena ordinaria.

EUL. Pues ¿qué decía Platón? ¿Tenía la opinión dese filósofo?

DOR. No. Antes daba un medio entre los dos extremos, y decía que ni fuese muy fea ni muy hermosa[5].

EUL. Por mi vida con todo eso más querría yo ser hermosa que no fea, que veo que la hermosa siempre es más mirada y aun más alabada.

DOR. Es verdad, y aun esa opinión tienen muchos, que la mujer y el caballo, y las armas y el espada, ha de ser cudiciado de muchos.

EUL. Pues a ti, ¿qué te parece?

DOR. Que más quiero ser hermosa que no fea, siquiera porque mi marido no vaya en busca de otras más hermosas que yo; y es muy bien que el hombre case con mu-

jer hermosa, y la mujer con hombre hermoso, siquiera que no les echen la pena que los Eforos de Atenas[6] echaron al rey Alquidemio porque casó con mujer chiquita de cuerpo, diciendo que la generación que tendrían sería chiquita de cuerpo. Muchos ejemplos te podría contar en el caso si no fuese porque se hace tarde.

EUL. Antes me agrada tanto tu habla que me pienso quedar contigo esta noche, pues tu marido no está en la ciudad, para que me acabes de contar todo lo que en este caso supieres.

DOR. Pues tanto te agrada nuestra plática, y tan provechosa pienso que te será, no te dejaré de contar todo lo que en el caso supiere.

EUL. Harásme muy gran placer.

DOR. Volviendo pues a nuestro propósito, digo que es bien que la mujer y el marido cada uno case con su igual, así en los bienes de fortuna como de natura. Pitaco Mityleno, uno de los siete sabios de Grecia[7], siendo preguntado por un mancebo con quién se casaría, porque le traían dos casamientos (el uno con su igual y el otro que le hacía ella en todo ventaja), el sabio le respondió que donde jugaban los niños hallaría la respuesta; el otro fuese a donde los niños jugaban a las almendras, o a otro juego, y allí al propósito oyó decir: cada uno casa con su igual. Plutarco, en el tratado de cómo se deben de criar los hijos, aconseja que nadie case con mejor que él; eso me da en el varón que en la mujer porque no cobra parientes sino señores: la mujer rica que casa con pobre nunca le sale la soberbia del cuerpo, y por la mayor parte son las tales indomables, menospreciadoras de sus maridos. Menandro filósofo decía que el hombre pobre que casa con mujer rica, cobra marido, y ella cobra mujer en él. Licurgo en las leyes que dio a los lacedemonios mandó que las mujeres casasen sin dote ninguno.

EUL. ¡Oh justísimas leyes, oh dorado siglo, y sabio rey dador dellas!

DOR. Con razón lo alabas tanto, porque en aquel tiempo todas trabajaban de adornarse de virtudes, y no de ropas ni sayas guarnecidas; de vergüenza en sus ca-

ras, y no de rebozos muy amarillos en ellas; de encerramiento, y no de andar vagueando por las calles; de silencio, y no de parleras picudas ventaneras y muy enamoradas.

EUL. ¿Por qué razón tan santísima ley no se guarda agora en nuestros tiempos?

DOR. Porque ha parecido al vulgo muy rigurosa[8], y a la verdad tratándose el mundo como agora se trata muy rigurosa era, porque son tantas las locuras y liviandades de nosotras que no sólo dote, mas muy amplia es menester. Mas en aquellos tiempos, ni aun en estos si la verdad se usase, no era áspera, cruel, ni rigurosa, porque si no hubiese dote con su mujer, uno tampoco estaría obligado a darlo a su hija ni a su hermana.

EUL. Yo por esa causa tengo bien amplia dote, por hallar marido a mi contento.

DOR. El mayor dote de que te debes arrear es de la virtud. Mas volviendo a nuestro propósito, todavía debe cualquiera elegir cosa decente a su estado lo mejor que pueda y la misma naturaleza nos lo muestra, que hay una tierra que no produce trigo salvo espinas, y si lo produce malo y sin virtud ninguna, y hay otra tierra que lo produce muy bueno; si echamos un caballo a una yegua sale buena casta, y si una burra sale mala; quien quiere tener una buena casta de caballos, procura que así el caballo como la yegua sean de buena casta también. Pues ¡cuánto mayor obligación tenemos nosotros de dejar a nuestros hijos bondad y linaje de que se precien, porque, junto con sus virtudes, sean en todo perfectos![9]. Muy mal hace el hombre lo que debe, sino deja a sus hijos el linaje tal cual lo heredó de sus padres: pues procuran todos de dejar a sus hijos el mayorazgo mayor que lo heredaron de sus padres, cuánto más deben de procurar de dejarles el linaje. Notable fue el dicho de Menestea ateniense, hijo de Yfricates, excelente capitán, el cual, como su padre lo hubiese habido en una mujer natural de Tracia y de baja condición, preguntado por algunos a quién tenía en más, a su padre o a su madre, dijo que a su madre, porque su padre en cuanto pudo no lo había hecho sino natural de Tracia, e hijo de una mujer baja, mas su madre le había procurado de hacer ateniense, e hijo de excelente capitán.

EUL. En este tiempo más precian el dinero que las personas; en aquel tiempo más miraban a las virtudes que a las riquezas que ésta es la principal causa porque se casan todos.

DOR. Tienes muy mucha razón, que el caballero no procura casar con hija de caballero, ni el duque ni el marqués con otra su igual, sino con quien les dé más dineros que jugar, y más tiempo que pasear.

EUL. Mejor sería que cada uno casase con su igual: caballero con hija de caballero, mercader con hija de mercader, y labrador con hija de labrador.

DOR. De mí te afirmo que si quisiera casar con don Pedro muchas veces fui demandada, mas jamás quise por no ser afrentada, ni vivir descontenta; porque como sabes mi padre era mercader rico, y por gozar sus riquezas me querían a mí. En estos casamientos el que es mayor siempre vive descontento, y el que es menor desesperado[10]: el mercader que casa a su hija con caballero, y el rico labrador que consuegra con hidalgo, no hicieron otra cosa sino meter en su casa un pregonero de su infamia, una polilla de su hacienda, y un atormentador de su persona; en mal punto casó a su hijo, o hija, el que tal yerno o nuera metió en su casa que ha vergüenza de tener al suegro por padre, y llamar a la suegra señora. En estos casamientos tales no podemos decir que metieron en su casa yernos sino infiernos, no nueras sino muertes o serpientes, no quien los defienda sino quien los ofenda, no quien los sirva y acate sino quien los desirva y maltrate. Del magno Alejandro se cuenta[11], por una de sus grandes cosas, que siendo rey y señor del mundo no quiso casar con hija de rey rica, sino con Barcine hija de Arbazo, pobre hombre aunque de sangre real, a la cual eligió más por sus virtudes que no por su hacienda, pues ninguna tenía.

EUL. Holgado he por mi vida deso que te he oído, siquiera por no aceptar un casamiento que estotro día me traían, muy ahincadamente, con un hidalgo pobre que más sabe del naipe que no de otra cosa[12].

DOR. Pues ¿cómo te excusaste?

EUL. Puse por excusa que era muy moza para casarme.

DOR. Y aún tuviste razón, que grandes opiniones hay sobre eso.

EUL. Por tu fe que me cuentes algunas dellas, porque tú no sé cuál seguiste, que tan moza eres, que no tienes deciocho años.

DOR. Sí haré, después de acabada nuestra principal materia, que no solamente te contaré de qué edad se debe casar la mujer y el varón, mas qué ritos se guardaban en los casamientos en diversas gentes.

EUL. Pues prosigue, que en verdad que cada palabra que hablas es una piedra preciosa.

DOR. En el tiempo que había verdad, señoreaba verdad, y reinaba verdad, nadie se casaba con extranjero o extranjera[13], porque mal pueden conformar las voluntades los que apenas se entienden las lenguas; el uno de una parte y el otro de otra; y lo que mejor es sin haberse visto se vienen a juntar, como si fuese meterse frailes que tienen un año para arrepentirse. En aquel tiempo nadie se casaba sino con la hija de su vecino con quien se criaba, porque ya se habían visto muchas veces, conversado muchas veces, y hablado muchas veces: sabía si era parlera, si ventanera, si salidera, o desperdiciada. Mas agora séase la mujer cualquiera, al fin fin no se mira, salvo al dinero; y éste gastado, la mujer quédase en casa, y las rencillas y mala vida con ella. En aquel tiempo primero se acordaban las voluntades, y así eran los casamientos perpetuos, amorosos y aun sabrosos.

EUL. Si mi padre me mandara casar ¿qué tenía yo de hacer, aunque sea todo lo contrario?

DOR. Suplicarles que miren bien la vida y costumbres de aquel que te traen, que cierto no serán tan crueles que no lo hagan, y sabido no ser cosa decente no serán de tal calidad que te fuercen.

EUL. Y si por fuerza lo quieren hacer, por fuerza lo habré de obedecer, siquiera porque no me deshereden[14].

DOR. Las leyes no desheredan a la mujer porque no se quiere casar, salvo porque se casa contra voluntad de sus padres.

EUL. Ya que eso fuese, por mejor tendría ser desheredada que no vivir mal casada.

DOR. Tampoco es bien que ninguno se case secreto, y de súbito, sin tener advertencia, porque todo casamiento por amores pocas veces deja de parar en dolores. No vemos agora sino que una moza con mucha libertad[15] y un mozo con liviandad, como no saben lo que aman ni menos lo que toman, enamórase una moza de un mancebo, o un mancebo de una moza, y despósanse, los cuales acabados de gustar se comienzan a aborrecer. Era ley entre los egipcios, dada por el famoso Promoteo[16], que no se casase ninguno sin licencia de su padre antes de los treinta años, y si alguno se casaba eran los padres públicamente castigados, y los hijos tenidos por no ligítimos. La cosa que entre dos casados más se ha de procurar es que se amen mucho, porque si el amor anda de por medio, todas las cosas irán bien guiadas, porque de otra manera ellos andarán rostrituertos, y tendrán que ponerlos en paz los vecinos. Este amor, para que sea firme, bueno y duradero, ha se de ir asentando en los corazones poco a poco, porque en otra manera por el camino que el amor vino corriendo, por ahí lo verán volver huyendo. A muchos habemos visto amarse muy depriesa, que después se aborrecen muy despacio. Una cosa muy trabajosa hay en esta vida [17], que si hay ciento que permanezcan en el amor, hay cien mil que nunca acaban de aborrecer: todos procuran buscar lo más hermoso y no lo más provechoso. Lo primero que se ha de mirar en el marido es que sea reposado en el hablar [18], manso en la conversación, fiel en lo que se le confiare, prudente en lo que aconsejare, cuidadoso en proveer su casa, diligente en procurar su hacienda, sufrido para sufrir nuestras importunidades, celoso en criar sus hijos, recatado y aún celoso en las cosas de su honra, y muy cierto con todos los que trata. La mujer casada no se queda también que no haya necesidad de tener sus condiciones, porque ha de ser[19]: que tenga gravedad para salir fuera de casa, cordura para gobernarla, paciencia para sufrir al marido, amor para criar sus hijos, afabilidad para con sus vecinos, diligencia para guardar su hacienda, muy cumplida en cosas de honra, enemiga de livianas, y aún

de liviandades de moza, y amiga de honesta compañía. Esto es lo que la mujer ha de tener, que la menor cosa es ser hermosa, ni andar pulida y bien ataviada, porque esto no es sino para la que huelga de ser recuestada.

EUL. Mucho querría que por extenso me contases algunas de las virtudes que a las mujeres nos cumplen tener, para servir a Dios y agradar a nuestros maridos, y aplacer al pueblo.

DOR. La primera es que sea la mujer muy vergonzosa[20], porque si en una mujer no hubiese de haber más de una virtud forzosa ésta había de ser la vergüenza; mayor mal es para el vulgo, y aun para el marido, que la mujer sea públicamente desvergonzada que no que sea secretamente mala; en una mujer con sólo ser vergonzosa se encubren muchas y muchas flaquezas, pero muchas más se sospechan dellas cuando no tienen vergüenza en la cara. No hay duda sino que en una mujer vergonzosa hay poco que reprehender, y en una desvergonzada más poco que loar. El homenaje que dio la naturaleza a la mujer para guardar la reputación, la castidad, la honra y la hacienda, fue sola la vergüenza; y el día que en esta no pusiéremos gran guarda, bien nos podemos dar por perdidas. Yérranlo los hombres en preguntar de nosotras, cuando se quieren casar, si somos hermosas, y olvídanse de preguntar si somos vergonzosas, porque la hermosura y la hacienda vemos que se pierde y se cobra, y la vergüenza nunca en la mujer se cobra si una vez se pierde.

EUL. Y ¿cómo la hermosura se puede perder y cobrar?

DOR. Eso dudas agora no sabes que una enfermedad basta a deshacer la hermosura, y aun también un enojo, y por el contrario en sanando o teniendo placer luego vuelven a su ser.

EUL. Es verdad, prosigue tu plática.

DOR. El mayor dote[21], la mejor heredad, y la mejor joya, que la doncella ha de llevar a poder de su marido es la vergüenza; y cierto si la pierde menos mal sería a su padre enterrarla, que no casarla. Cosa es de notar y de donaire ver que muchas

mujeres presumen de decidoras, y graciosas y mofadoras, el cual oficio no querría yo que lo deprendiesen, ni menos que lo usasen, porque lo que en los hombres llamamos gracia en las mujeres llamamos chocarrería, que más deprenden algunas a chocarrear en una hora que a labrar en un año. Pues vemos que lo uno sabe muy bien hacer, y lo otro el aguja aun no saben tomar. Donaires, fábulas, cuentos feos y llenos de gansefatones, no sólo la que es honrada mujer ha de haber vergüenza de decirlas, mas aun de oírlas ha de haber muy grande empacho. La mujer honesta y grave no se ha de preciar de donosa y decidora, sino de honesta y callada, porque si se precia mucho de hablar y mofar, los mismos que se rieron del donaire que dijo, harán burla de la misma que lo contó, y murmurarán de quien se lo mostró, y aun della porque lo deprendió. Créeme, oh hermana mía Eulalia, que es tan delicada nuestra honra, que muchas cosas que los hombres pueden hacer y decir no es lícito a nosotras que las osemos pensar, ni hablar: la mujer que tiene gravedad no sólo no ha de boquear, ni pensar las cosas ilícitas y deshonestas, mas las lícitas y honestas si no son muy necesarias, porque la mujer jamás yerra callando y muy poquitas acierta hablando. El marido que acierta con mujer brava menos mal sería estarse solo; la mala vida que algunas mujeres pasan, créeme que no es tanto por los excesos que sus personas hacen, como por las palabras que sus bocas dicen: si la mujer quisiese callar cuando el marido comienza a reñir, nunca el marido temía mala comida, ni la mujer peor cena, mas hay algunas de tal condición que si el marido comienza a reñir ellas a dar voces, de lo cual resulta el venir a las puñadas.

EUL. A la fe que son mujeres varoniles.

DOR. Menos mal sería que no lo fuesen, pues en lo uno ganan poco, y en lo otro pierden mucho. Mas dejado agora esto aparte, es muy bien que la mujer se precie de honesta[22], y presuma de muy recogida, porque de querer las mujeres ser en su casa señoras muy absolutas, vienen a andar por las plazas muy disolutas; debemos de estar contino muy recatadas en lo que decimos, y muy sospechosas en lo que hacemos, porque de no tener en nada los dichos venimos a caer en los hechos. Por muy inocente que sea una persona conocerá cuánto más delicada sea la honra

de una mujer que no la de un varón; y que esto sea así parece muy claro, en que para afrentar a un hombre ha de haber razón, mas para una mujer basta ocasión. La que es buena y presume de buena tanto es más buena cuanto de sí tiene menos confianza para no osar oír palabras livianas, ni admitir ofertas fingidas. Séase quien fuere y valga cuanto valiere, y presuma cuanto presumiere, y créame quien quisiere, que la que huelga de oír y se deja servir tarde o temprano ha de caer; y si dijeren que lo hace por burlar, díganles que de tales burlas salen ellas muy burladas, y aún deshonradas. No debe ninguna mujer de ningún estado, en especial doncella o casada, cuya honra es más estrecha y más delicada, tener estrecha conversación con el extraño, más aún, ni aun con el primo ni pariente muy cercano, por que si con el extraño teme lo que puede ser, con el pariente tema lo que se puede decir, porque aunque el deudo sea estrecho, la malicia humana es tan grande que no sólo se atreve a pensar lo que por dicha ve o siente, mas aun los más ocultos pensamientos de las personas. El hombre para ser hombre bástale ser bueno, aunque no lo parezca, mas a la mujer para ser buena no sólo no le basta parecer buena, mas también ha de ser buena. Es tan delicada la honra de la mujer, que así como el gobierno de la casa depende del marido, así la honra depende de la mujer solamente; por manera que no hay más honra en casa de nuestros maridos de cuanto nosotras somos honradas. No llamo yo honrada a la que es hermosa en la cara, abultada en la persona, generosa en sangre, guardadora de su hacienda, mas llamo honrada a la que es muy honesta en vivir, y muy recatada en el hablar, y muy esquiva en el conversar. Plutarco cuenta en sus *Morales*, en el libro de las ilustres mujeres, que la mujer de Tuciedes el griego, preguntada cómo podía sufrir el hedor de la boca de su marido, respondió: «Luego ¿a todos los hombres no les hiede la boca como a mi marido?». Oh ejemplo digno de memoria, que tan recatada era aquella nobilísima griega, que no sólo no se llegó hombre tan cerca della que le pudiese la boca oler, mas ni aun la ropa tocar.

EUL. Gran cosa fue, por cierto, no se hallarán muchas desas en nuestro tiempo.

DOR. Eso no lo causa el tiempo, sino nuestra misma malicia, que más nos preciamos de lo malo, que nos arreamos de lo bueno.

EUL. Prosigue adelante tu provechoso razonamiento.

DOR. Ya pensé que estabas cansada, mas pues que te place quiero proseguir, es la tercera cosa que una mujer ha de hacer no ser brava[23] ni ambiciosa, sino mansa y muy sufrida, porque dos cosas pierden a una mujer, conviene a saber, lo mucho que parla y lo muy poco que sufre, que a la verdad si callásemos seríamos de todos estimadas, y si sufriésemos con nuestros maridos bien casadas. Gran malaventura lleva consigo el hombre que con mujer brava se casa, que no echa tanto fuego de sí el monte Etna con su volcán, como echa veneno la mujer brava por la boca. Mucho más es de temer la ira de la mujer enojada, que no la del varón; porque la mujer enojada lastima y el hombre no más de riñe. El hombre cuerdo, ni la mujer sabia, no se debían tomar con mujer brava cuando está enojada, porque como tiene perdida la vergüenza, no sólo dice lo que vio mas aún lo que soñó, o le pasa por la fantasía. La mujer que de suyo es brava y furiosa, jamás piensa que se enoja sin razón, ni riñe sin ocasión, y por eso es más sano dejarla que no resistirla. La mujer brava es muy peligrosa porque embravece al marido, escandaliza los vecinos, malquista delos deudos y aborrecida de los criados. Lo que desto gana es ser medida a pies, y peinada a manos.

EUL. Do al diablo tal medir, y aun tal peinar, yo más querría tener revueltos los cabellos que no de tal manera peinados.

DOR. A una mujer brava y rencillosa por una parte es pasatiempo oírla reñir, y por otra parte es grandísimo espanto ver las cosas que se deja decir, porque si se toman con ella un millar de gentes, ella les dirá cien millares de injurias. Si el marido por dicha está triste a la mesa, o pensativo en la cama, por ventura de lo que debe o de lo que le deben, luego dice que piensa contra ella alguna traición, y que quiere más a otra. La mujer que quisiere ser pacífica será bienaventurada, del marido bien tratada, de los cuñados bien servida, muy estimada de los vecinos, y de todos muy acatada; donde no, tenga por muy cierto que huirán todos de su casa y se santiguarán de su lengua. Cuando la mujer es brava y orgullosa poco gusto toma el marido de que sea ella hermosa, ni generosa, ni que tenga todas las calidades que más mandardes, antes maldice el día que se casó, y blasfema del primero que en ello le habló.

EUL. Yo un poco soy brava.

DOR. No sin causa he yo alargado aquí tanto mi lengua, y más dijera si no pensara que para una mujer tan sabia como tú bastaba lo dicho. En esto y en lo demás no quiero dejar de fenecer, y decirte que tal ha de ser la mujer en su casa, pues te he dicho que tal ha de ser con su marido y con los vecinos.

EUL. Aunque tú quisieses yo no te dejaría.

DOR. Ha de saber también la mujer regir bien su casa y su familia[24]. Conviene a saber: coser, labrar, y cocinar, y barrer, y fregar, y todas las otras cosas que en casa son necesarias, porque son cosas tan necesarias que sin ellas no pueden ellas mismas vivir, ni aun a sus maridos contentar y desto no se deben excusar las dueñas de calidad por muy delicadas que sean, ya que no lo deprendan para hacerlo, deben deprenderlo para saberlo mandar, y también porque si sus maridos o fijos estuvieren enfermos ¿cómo les aparejarán la comida y cena si no lo saben hacer? Pues entonces es razón que ellas lo hagan, y no se contenten que pase por otras manos. Suetonio Tranquilo cuenta del emperador Augusto César que a sus hijas las infantas hizo deprender todos los honestos oficios con que una mujer se puede mantener, y de que se debe preciar; de manera que todo lo que se vestían ellas lo labraban, tejían y cosían. Précianse agora las mujeres de mostrar hacer a sus hijas buena lejía para los cabellos, y blanduras para las caras, cómo se han de saber componer, y aun poner los rebozos muy amarillos, y no procuran de mostrarles cómo han de servir a sus maridos. Por grande que sea en estado, y por generosa que sea en sangre una mujer, tan bien le parece en la cinta una rueca, como al caballero una lanza, y al letrado un libro, y al sacerdote su hábito. Cuando los romanos enviaron desde Grecia hasta Roma, sobre hecho de apuesta, a saber qué hacía la mujer de cada uno en su casa, fue la más afamada y la más loada de todas la casta Lucrecia, no porque era más hermosa que otra, mas porque a sola ella hallaron tejiendo, y a todas las otras holgando. Tienen algunas mujeres por caso de menos valer entender en estas que llaman poquedades, y no se afrentan de parlar, mentir, y golosear y holgar. La honra de una mujer no consiste en estar

asentada, sino en estar en sus labores ocupada; si las mujeres quisiesen trabajar en sus casas no veríamos tantas de ellas por las plazas perdidas, porque no hay en el mundo tan mortal enemigo de la castidad como es la ociosidad. Una mujer que es sana, es moza y hermosa, y es libre, desenvuelta y holgazana, que es lo que piensa rellanada sobre un almohada: lo que piensa es cómo se comporná, y qué ropas sacará, y a las veces cómo se gozará ó cómo se perderá, y cómo hará entender a todos que es muy buena y por otro cabo sea muy mala. ¡Qué placer toma el marido desque vee a su mujer levantarse por la mañana revuelta, la toca desprendida, y las haldas cogidas, y sin chapines, riñendo a las mozas y despertando a los mozos! ¡Qué placer es verlas aliñar su casa, lavar su ropa, ahechar su trigo, poner su olla, y descombrar su casa, y después de comer, y su marido y familia proveída, tomar su almohadilla para labrar, o su rueca para hilar! No me parece que hay hombre tan insinsato en el mundo que no le parezca mejor su mujer el sábado cuando amasa que no el domingo cuando se afeita. Yo no estoy bien con las mujeres que no saben sino levantarse a las diez, comer a las once, y parlar hasta las doce de la noche: no saben más de armar una cama a donde se echen, y poner un estrado donde negocien; de manera que las tales no nacieron para más de comer y dormir, y holgar y parlar. Y lo bueno que es que, dejado aparte la cámara a donde duermen y el estrado donde negocian, todo lo otro de casa es vergüenza de lo ver, y vergüenza de lo andar, según está todo mal aliñado y poco barrido; de manera que muchas señoras por hacer del estado hacen de su casa establo, y no miran que la mejor alhaja de la casa es la limpieza. Para ser una mujer buena gran parte es estar contino ocupada, que la mujer ociosa siempre anda pensativa, y vemos que de los ociosos pensamientos se hacen después los malos recados. Y por parecerme que es ya hora que durmamos no quiero ser más prolija en mi plática.

EUL. Antes en ninguna manera te dejaré si no me cuentas de qué edad se debe casar la persona[25], porque vea si es temprano para casarme tan aína; y también me has de decir si todas las naciones se casan como nosotros nos casamos, quiero decir con la forma de palabras.

DOR. Soy contenta mientras nos desnudamos de te lo contar, porque lo uno es provechoso y lo otro es gracioso, aprovecharnos hemos de lo uno y reiremos con lo otro. Es pues el caso que sobre decir de qué edad debía ser el hombre y la mujer para se casar, hay diversas opiniones de filósofos morales, de los cuales te contaré algunos. El gran filósofo Aristótiles, teniendo respeto a que las mujeres paren y conciben por la mayor parte hasta que han cincuenta años, y los hombres engendran hasta setenta, parecióle que en tal edad se debían juntar que dejasen de engendrar a un mismo tiempo naturalmente, porque como ya te dije este fue uno de los intentos porque el matrimonio se ordenó, instituyó de manera que le parecía a este filósofo que el marido fuese veinte años mayor que su mujer. Esiodo poeta griego y Xenofon filósofo dicen que la mujer debe de ser de catorce años cuando se case, y el hombre de treinta, que serían dieciocho años de ventaja; porque decían que la mujer se había de casar muy moza por quitarle las ocasiones, y el hombre en tal edad que sepa regir su mujer y casa. Licurgo en las leyes que dio a los lacedemonios cuasi concuerda con Aristóteles, el cual mandaba que el hombre no se casase hasta que hobiese treinta y siete años y la mujer dieciocho[26]; la causa desta ley fue porque la mujer se haga a la manera y condiciones del marido.

EUL. Yo por cierto que no tengo diecisiete años, mas no querría el marido tan viejo como lo manda Licurgo, ni aun Aristóteles, porque ya entonces más es la mujer para poner emplastos, que para gozar de buena conversación.

DOR. Es verdad sin duda lo que dices, y por eso tengo yo para mí ser todas aquellas opinones no buenas.

EUL. Pues ¡cómo opiniones de tales varones no habían de ser buenas!

DOR. En aquel tiempo eran mayores las edades de los hombres y por eso sufríase todo, mas en este nuestro tiempo más temprano conviene que tomen las personas estado.

EUL. Pues desas opiniones ¿qué es lo que te agrada a ti?

DOR. Que el hombre deba ser mayor que la mujer, pero no en tanta cantidad, basta que sea tres o cuatro años; y si más abiertamente quieres mi parecer, es que hace poco al caso la edad y hace mucho la igualdad, no digo en los años sino en las condiciones, maneras y costumbres. Conviene a saber: lo que el uno amare, el otro lo ame; lo que el uno aborreciere, el otro lo aborrezca; no quiera ni haga el uno más de lo que el otro quisiere, sean (como dice el Evangelio) ambos a dos en una misma carne.

EUL. Pues si ambos a dos quisieren dos cosas diferentes ¿cómo se han de concertar? ¿Han por dicha de eligir otra tercera, o cuál dellos ha de obedecer?

DOR. La mujer es la que ha de obedecer, y la que más aína ha de hacer lo que el marido le mandare, siguiendo las palabras de la sagrada escritura que dicen: «Mujer sé sujeta a tu marido».

EUL. Y tú ¿háceslo así?

DOR. Sí por cierto, que en un año que ha que soy casada pocas veces habemos reñido mi marido y yo.

EUL. Pues no haciéndote él porqué ¿cómo habías de reñir con él?

DOR. No creas que no tenga él también sus repelones en la condición, como los otros hombres. Si que no es ángel del cielo, pero yo cuando le veo enojado, cállole, y cuando alegre, alégrole más. Mido en fin mi vida según el tiempo y lugar. Mas dejado esto aparte, porque la experiencia creo que te hará maestra, vengamos a los diversos modos que diversas gentes guardaban en sus casamientos, porque son unas para reír y otras para notar, no su letra mas su sentencia. Primeramente has de saber que por solo el consentimiento se contrae el matrimonio[27], porque matrimonio no es otra cosa sino un ayuntamiento de macho y de hembra, según lo manda la provincia o lugar y su costumbre, el cual consentimiento en diversas partes se señala de diversas maneras. Nosotros los cristianos clara cosa es qué palabras sean, qué casamientos valgan, o cuáles no, no hay necesidad de disputarlo agora. Los antiguos romanos (según escribe Cicerón en los *Tópicos*) de dos maneras se casaban, y así tenían dos maneras de mujeres según las diversas cerimonias de casarse:

la una era más común, que se llamaban matronas, y la otra era *mater familias;* casi parece que tenían en casarse la manera que los cristianos tenemos agora, porque el varón preguntaba a la mujer si quería ser su madre familias, y ella respondía que sí, y después ella preguntaba lo mismo a él, y él respondía también que sí.

EUL. Ese el modo que nosotros tenemos es.

DOR. El mismo, y también en lo que después hacían se parece, que entonces se tomaban y juntaban las manos. Y esta era la más alta manera que en sus casamientos tenían, y por este casamiento alcanzaba la mujer en casa de su marido el lugar que tuviera si fuera su hija, y la misma acción tenía a la herencia, y era contada por de su linaje. E con estas no podía tener acceso el marido. La otra manera de casarse era común y más ordinario, llamábanse matronas, y en estas habían sus hijos. Boecio cuenta otra manera de casamiento que tenían los pontífices del templo, y era con cierta ofrenda que les ofrecían en el templo, y ellos la tomaban con ciertas palabras. Tenían también por costumbre los romanos que cuando llevaban la mujer a casa del marido, allegando al umbral se paraban, e la novia no entraba hasta que la metían por fuerza, en lo cual se daba a entender que la mujer no había de entrar, sino forzada, donde había de perder su virginidad; y también cuando la daban y entregaban al marido que la llevase, la sentaban en las haldas de su madre, porque de allí la tomase y llevase, deteniéndose ella y asiéndose a su madre como forzada.

EUL. Algunas verían delante de sí tales hombres, que de grado se asirían a sus madres, y aún huirían si lícito les fuese.

DOR. No hay duda, mas aquella fuerza hacíase en memoria de las doncellas sabinas que en otro tiempo habían sido forzadamente llevadas por los romanos, cuyo hurto y robo había sucedido en tanto bien. Y antes desto les hacían también que con la mano tocase en el agua y en el fuego, lo cual (según escribe Latancio Firmiano y Plutarco en sus *Problemas*, y Josepho en su *Libro de las antigüedades*) era porque por aquellos dos elementos se denotaba la generación que habían de haber, porque ellos dos son la causa de engendrarse y criarse todas las cosas, Y también dicen que por denotar la limpieza y castidad que habían de tener, porque con el agua se limpian y lavan

todas las inmundicias, y con el fuego se afinan todos los metales. Tenían también los romanos por mal agüero casarse en el mes de mayo, y tenían por refrán: «En el mes de mayo todos casan mal»; la causa era porque en aquel mes los sacerdotes traían cierta manera de luto; y los que se casaban en abril o en junio era bueno, porque abril era dedicado a Venus y junio a Juno. Tenían también por costumbre que en metiendo a la novia por casa, el marido y todos los hombres decían a altas voces Caya Celia, y la mujer y todas las mujeres decían Talasio, porque estos dos habían sido dos tan buenos casados en tiempo del rey Tarquino Prisco que bastaron quedar a los romanos por ejemplo. Llevaban también delante la mujer, cuando la llevaban a su casa, una rueca alta por mostrarle las cosas en que una mujer honrada se había de ejercitar en su casa; tenían también los romanos una costumbre muy graciosa, que el que casaba con mujer viuda nunca se casaba sino en día de fiesta, y el que con doncella en día de trabajo: la razón desto es porque el día de fiesta había menos gente por las calles, y así iba la viuda con más honestidad, y la doncella porque fuese más vista la casaban en día de hacer algo; otra razón dan, y es por causa de la fuerza que hacían a las doncellas, la cual fuerza ni pública ni secretamente era lícito hacerla en día de fiesta. Otras cerimonias tenían los romanos, mas por hacerse tarde quiero pasar adelante. Los babilones tenían por costumbre casar todas sus doncellas sin dote, y era desta manera: que en un día señalado del año ponían todas las doncellas para casar en un lugar público, diputado para aquello, y ponían la más hermosa primero, y desde allí sucesivamente hasta poner la más fea; y la más hermosa daban al que más daba por se casar con ella; y así iban por allí, por las que eran menos hermosas que las pagaban conforme a su hermosura hasta que llegaban a las feas, y al que se quería casar con una fea daban los dineros que habían habido de otra hermosa, más o menos, según era fea o más fea, y desta manera se casaban todas.

EUL. ¡Oh donosa manera de casamiento!

DOR. Antonio Sabelico escribe la misma manera de los venecianos antiguos, mas ellos la que era de gesto razonable ni daban ni les daban dinero con ella.

EUL. Aun eso medio mal era.

DOR. En Francia tenían por costumbre dar a escoger a sus hijas el marido, porque no se quejasen y era desta manera: que convidaban multitud de mancebos decentes para ello, y aquel era visto eligir la doncella a quien primero diese aguamanos.

EUL. Muchas querrían que les diesen así a escoger.

DOR. En una ciudad de Africa tenían una muy donosa costumbre, que el primero día que la mujer entraba en casa del marido enviaba a pedir a la suegra una olla u orza prestada, y la suegra le respondía que no se la quería prestar, hacíase esto porque dende el primero día se hiciesen a sufrir a las suegras, y con la mala respuesta fingida se ensayasen a las verdaderas. Y los hombres la misma costumbre tenían en cierta cosa que enviaban a pedir prestadas a sus suegros. Los masagetas no casaba cada uno más de con una mujer, mas en siendo casado era común de todos, y las de los otros a él. Los de la ciudad de Tiro tenían por costumbre que la mujer ganase primero el dote con su cuerpo, que lo diese a su marido, y destas fueron las que hurtó la reina Dido yendo huyendo de Pigmaleón su cuñado. Los tártaros tenían por costumbre que el padre del desposado viese la primera noche si su nuera estaba doncella o no. En otra provincia la primera noche gozaba de la novia el sacerdote del templo de los ídolos que los casaba.

EUL. Tan donosas costumbres has contado que me has hecho hartar de reír.

DOR. Otras costumbres que entre otras naciones había no te cuento, porque hay en ellas algunas cosas de deshonestidad y poco provecho para el fin que lo hablamos.

EUL. Tan dulce y provechosa me ha sido tu plática que jamás quisiera acabaras, mas pues estás cansada acostémonos, que no creas que te dejaré de importunar otros días que me cuentes otras cosas.

DOR. Yo lo haré de muy buena gana.

Fin del coloquio primero



NOTAS DEL COLOQUIO PRIMERO

1 Dorotea «asaz instructa en la lengua latina». Se señala así una característica no muy común en la época, pues incluso cuando la mujer tenía alguna instrucción ésta se limitaba a lecturas «vanas» (novelas o comedias) contra las que escribieron Erasmo, Luis Vives, etc. (cfr. mi estudio *Antonio de Guevara en su contexto renacentista*, Madrid, Cupsa, 1979, págs. 157-62). Los conocimientos humanísticos de Dorotea tienen aquí un valor funcional, al erigirse en maestra de un diálogo tan cargado de erudición.

2 «No habrá en tu tierra mujer que aborte ni que sea estéril, y colmaré el número de tus días» (*Exodo*, 23-26).

3 (*Epístolas*, I, 56, pág. 392).

4 (*Epístolas*, I, 42, págs. 268-269).

5 (*Silva* II, XIX, pág. 344).

6 (*Silva* II, XIV, pág. 345).

7 (*Silva* II, XIV, págs. 341-342).

8 (*Silva* II, XIV, páginas 341-342).

9 (*Silva* II, XIV, págs. 342-343).

10 (*Epístolas*, I, 55, págs. 367-368).

11 (*Silva* II, XIV, pág. 342).

12 (*Epístolas*, I, 55, pág. 368).

13 (*Relox* I, XLI, fol. LV vto.).

14 Guevara aconsejaba sobre este punto: «Bien es que el padre aconseje a su hijo que se case con quien él quiera, mas guárdese no le haga fuerza, si él no quiere, porque todo casamiento forzoso engendra desamor en los mozos, contiendas entre los suegros, escándalo entre los vecinos, pleitos con los parientes y pundonores entre los cuñados.» (*Epístolas*, I, 55, pág. 368).

15 (*Epístolas*, I, 55, pág. 369).

16 (*Epístolas*, I, 55, pág. 363).

17 (*Epístolas*, I, 55, pág. 369).

18 (*Epístolas*, I, 55, pág. 364).

19 (*Epístolas*, I, 55, pág. 364).

20 (*Epístolas*, I, 55, págs. 370-371).

21 (*Epístolas*, I, 55, págs. 371-372).

22 (*Epístolas*, I, 55, págs. 372-374).

23 (*Epístolas*, I, 55, págs. 374-376). Luján prescinde aquí de dos largos párrafos reiterativos de Guevara, y transforma la anécdota personal en regla o situación general.

24 (*Epístolas*, I , 55, págs. 388-390). Añade Luján a las consideraciones generales de Guevara algunas concreciones de actualidad, como la de las enseñanzas equivocadas de las madres a las hijas.

25 (*Silva* II, XIV, págs 339-340)

26 (*Silva* II, XIV, pág. 340).

27 (*Silva* II, XVI, págs. 353-357).

EPÍLOGO SOBRE ESTE SEGUNDO COLOQUIO, Y SOBRE EL QUINTO, AL BENIGNO LECTOR. EL AUTOR DICE:

Bien creo benigno y discreto lector que habrá muchas personas que digan, afirmen, y aun murmuren, diciendo yo haber tomado en este segundo y en el quinto Coloquio, que trata de los niños, muchas cosas de los Coloquios que el sabio Erasmo Roterodamo escribió, lo cual yo afirmo ser así, aunque niego tener alguna culpa porque yo quise que fuese como fundamento sobre que yo edificase estos dos coloquios. E para declararlos con todo lo que convenía, mostrando otras muchas y muy diversas cosas de que él no se acordó, o no quiso escribir, porque a la verdad aunque en otros cabos habló iróneamente, en estos dos coloquios de que yo saqué (yendo alumbrados desta manera) creo y pienso serán provechosos, mediante el divino auxilio. También creo que no faltarán otras personas que digan que me aproveché de otros muchos libros, sacando de ellos, y esto diránlo pensando ofenderme, y danme en ello gran gloria, porque diciéndolo confiesan yo haber leído muchos libros, y trabajado mucho, y visto mucho, lo cual bien sentirán los que siguen la norma del escribir, pues claro conocen los trabajos que pasamos, y el poco provecho mundano si no es la perpetua fama que nos resulta. La cual primeramente con el favor del conde mi señor, cuya persona y estado nuestro señor conserve, en vida de los duques mis señores, y con el ayuda de vuestras mercedes creo me será atribuida, dándome alas para que ose seguir otros volúmenes que me quedan por emprimir. Vale.



ARGUMENTO DEL SEGUNDO COLOQUIO

Coloquio segundo del licenciado Pedro de Luján, natural de Sevilla, a imitación del de Erasmo; en el cual siguiendo la norma del pasado se da a entender que Eulalia, doncella, siendo ya casada con un mancebo, y estando diferentes, viene a visitarla su amiga Doroctea, y sabidas las discordias que entre Eulalia y su marido pasaban, la reprehende mucho, y le declara y da a entender qué tal debe ser la mujer casada, qué virtudes ha de tener, y de qué se debe preciar, y de qué vicios ha de huir. Trátanse muy provechosas materias, ejemplos de casados que mucho se amaban, y otras cosas dignas de ser sabidas, y muy provechosas siendo obradas.

Son interlocutores:

DOROCTEA, casada

EULALIA, doncella

DOR. Felices y muy dichosos días te dé dios, hermana Eulalia.

EUL. Los mismos te dé a ti y con mucha salud, hermana Doroctea.

DOR. Grande gozo he habido hermana Eulalia de verte puesta en aquel estado que deseaba, que es verte casada, y mucho más deseo verte contenta.

EUL. Tienes mucha razón por cierto de te alegrar, pues contino en grado tan entrañable nos habemos amado, y mucha más razón tuvieras si mi dicha me hubiera sucedido prósperamente.

DOR. Pues ¿en qué te ha sucedido contrariamente?

EUL. En que veo que las otras mujeres andan no sólo conforme, mas aun desconforme a sus estados, y yo sola ando hecha establo. Mas, por tu vida, ¿de dónde hubiste tan lindo paño, y tan hermosa color como ésta?

DOR. ¿De dónde lo había de haber sino de mi marido que me lo trujo de una feria donde agora fue?

EUL. ¡Bienaventurada tú[1] que tal marido te cayó en suerte! Bien puedes llamarte dichosa, no como yo que más quisiera haberme casado con un negro de Guinea cuando me casé con mi marido, o cuando, por mejor decir, me enterraron, o estarme como me estaba sola.

DOR. ¡Cómo y tan presto estáis desavenidos! ¿Tan presto hay discordias entre vosotros?

EUL. ¿Cómo podré estar yo bien con un hombre que no está él bien conmigo, pues me consiente andar cual me ves?

DOR. Dentro en su casa como quiera está una mujer muy bien; cuanto más que según me parece más andas así tú por tu voluntad, que no por falta de vestidos.

EUL. Vestidos no me faltan, mas ando así por dar mengua de mi marido.

DOR. Más mengua darás de ti que no dél, que según nos enseña sant Pedro el atavío de la mujer honrada no consiste en traer saboyanas de grana, y sayas de seda, ni verdugados muy pomposos, salvo en las limpias y castas costumbres.

EUL. Diga sant Pedro o sant Pablo lo que quisieren, que yo bien ataviada quiero andar, pues no fue tan pequeño el dote que di conmigo, que no baste para traer eso y más que eso.

DOR. Las malas mujeres atavíanse para agradar a muchos, mas las buenas no para más de sólo uno que es su marido. De manera que harto estamos ataviadas si contentamos a nuestros maridos.

EUL. Bien está eso, mas si tu marido fuese escaso contigo, y largo en dar a malas mujeres, y en otras bellaquerías gastase el dote, todo que te hubieses dado, ¿qué es lo que tú harías?

DOR. Rogaría a nuestro señor lo trujese a verdadero conocimiento del camino de donde andaba apartado.

EUL. Demasiada santa eres, yo no hago eso, sino ruego a mis manos que me valgan contra él.

DOR. Más cristianamente harías si hicieses como yo te digo. Mas dime por tu vida, ¿en qué gasta tu marido tu dote?

EUL. Ha lo cuarteado sin haber hecho delito porque lo merezca.

DOR. ¿Cómo así?

EUL. El un cuarto a putas, el otro a naipes, el otro a vino, y el otro alcagüetas.

DOR. De la cabeza no has hecho mención.

EUL. Esa en banquetes, porque esotras cosas lo requieren así.

DOR. Mira bien lo que dices, tiempla tu enojo, no digas cosa de que quizá después te arrepientas, mira no le infames sin razón, que muchas veces dicen las personas cosas con enojo de que después de dichas se arrepienten.

EUL. Así es como te digo. Y demás desto no hay noche ninguna que no venga fuera de sí a casa, o por lo que ha perdido, o por lo bebido. Y venido y puesto a

roncar todo es uno, y yo triste he de estar toda la noche esperándole, hilando o labrando.

DOR. Calla, que a ti misma deshonras deshonrando a tu marido.

EUL. ¡Mal me haga Dios si no querría algunas veces más dormir cabe una puerca parida que no par de él!

DOR. Por cierto que no sé de qué te quejas, él es gentil hombre mancebo, hermoso, no sé qué te quieres. Mas dime por tu vida entonces ¿no riñes tú con él?[2].

EUL. Él siente bien que no tiene mujer muda, porque yo le hablo cómo él bien merece.

DOR. Y él ¿qué dice a eso?

EUL. Luego al principio da voces con mucha soberbia, pensando espantarme con sus fieras palabras.

DOR. ¿Nunca por ventura la rencilla se encrudeció tanto que viniésedes a las manos?

EUL. Una sola vez anduvo la cuistión de tal modo que poco faltó para venir a las puñadas.

DOR. ¿Qué es lo que oigo?

EUL. Amagóme con un palo y daba muy crueles voces.

DOR. ¿Y tú no habías miedo?

EUL. No pienses que era muy medrosa, que si él tomaba un palo no me faltaba a mí un buen asador en la una mano y en la otra una silleta, y si él me tocara él conociera bien que no me faltaban manos.

DOR. ¡Oh nuevo género de escudo! No te faltaba sino una olla en lugar de almete.

EUL. El sintiera bien que lo había con mujer varonil.

DOR. Mira, mira Eulalia, que no conviene que lo hagas así.

EUL. Pues ¿qué conviene si él no me tiene a mí por mujer no le he de tener yo a él por marido?

DOR. Poco te aprovechaste de lo mucho que los días pasados platicamos cuando tú decías no quererte casar.

EUL. Poco me acuerdo deso, ya que me acuerde poca paciencia tengo para poderlo obrar.

DOR. Quita de ti agora aquí entre nosotras de tu pecho toda pasión, y considera lo que sant Pablo dice, y aún el mismo Dios, que las mujeres han de ser sujetas a sus maridos; mira a Sarra que llamaba señor a su marido Abraham.

EUL. Ya yo he oído eso, mas también me acuerdo que tú me dijiste que sant Pablo y aun Cristo decían que convenía que el marido que amase a la mujer, como Cristo amó y ama a la santa madre iglesia su esposa. No se olvide él de hacer lo que debe, que tampoco me olvidaré de hacer lo que debo.

DOR. Bien está eso, mas cuando la cosa viene a tal estado que el uno ha de dar la ventaja al otro, justa cosa es que la mujer la dé al marido.

EUL. Eso sería si se pudiese llamar marido el que a mí me tiene por esclava.

DOR. Mas dime, amiga Eulalia, después desa rencilla que dejiste ¿dejó de amenazarte?

EUL. Dejólo, y aun yo te prometo que hizo más que supo, que de otra manera él supiera a qué saben mis manos.

DOR. ¿Y tú no dejaste de reñir con él?

EUL. ¡Cómo dejar! Ni aun lo dejaré mientras tuviere vida. Matarme bien puede, mas dejar yo de reñir no mientras tuviere boca.

DOR. ¿Y qué hace él mientras tú riñes?

EUL. Algunas veces duerme, o hace que duerme, otras veces se ríe, y otras veces se pone a burlar conmigo; con todo lo cual es tanto lo que yo rabio que casi de desesperada querría arremeter con él.

DOR. ¿Y pésate mucho a ti de que calla?

EUL. ¿Cómo si me pesa? Algunas veces apenas me puedo abstener que no ponga en él las manos.

DOR. Hermana mía Eulalia, ¿dasme licencia para que hable contigo algunas cosas más a la clara?[3].

EUL. Sí que te la doy.

DOR. La misma tendrás tú para decirme lo que te pareciere, que así lo requiere el amistad que dende nuestra niñez nos tuvimos.

EUL. Dices la verdad que nunca tuve amiga a quien tanto quisiese como a ti.

DOR. Has de saber que cual es tu marido ya no hay remedio de trocarlo por otro. Entre los partos solía haber una costumbre que en enojándose el marido con la mujer, o la mujer con el marido, luego él se podía casar con otra y ella con otro.

EUL. ¡Oh loable costumbre!

DOR. También solían usar los divorcios para remedio de los enojos, mas ya no hay remedio.

EUL. No sé qué movió a quien tal derecho nos quitó.

DOR. Christo lo quitó.

EUL. Desa manera bien hecho fue.

DOR. Así pasa. Agora ya no queda otro remedio sino que cada uno de vosotros, haciéndose a las costumbres del otro, procuréis de vivir en concordia.

EUL. ¿Por ventura puedo yo hacer a él de nuevo, o él a mí tampoco?

DOR. No va poco en la mujer ser el marido bueno o no.

EUL. Como a ti te va bien con el tuyo juzgas que así son todos los otros.

DOR. No creas que han faltado algunas cosillas.

EUL. Luego algunas discordias debió de haber al principio.

DOR. Verdad es, como aun yo no le tuviese conocida la condición, que al principio hubo algunos puntos. No sé qué cosillas que los hombres siempre suelen tener, y a la verdad no pudieran dejar de parar en mal, si allí no socorrieran buenas costumbres, porque cada uno tiene sus condiciones, cada uno tiene su parecer, y si abiertamente queremos hablar cada uno tiene sus vicios; lo cual si en alguna parte conviene ser conocido es entre los casados.

EUL. Muy bien dices.

DOR. Muchas veces acaece perderse el amistad entre el marido y la mujer, y nacer discordias antes que se conocen las voluntades. Y para esto es de estar muy sobre aviso, porque si una vez nacen discordias, tarde o nunca vienen en conformidad, mayormente si vienen a decirse injurias: lo que se pega con engrudo si luego se sacude ligeramente se despega, mas si lo dejan secar y habituar muy fuerte y firme queda. Por lo cual se debe de procurar que al principio no haya rencillas entre el marido y entre la mujer, más aún, que vaya siempre creciéndose y confirmándose el amor. Y esto no pienses que se ha de hacer con bebedizos, sino con obediencia y conformidad de costumbres, porque el amor causado por sola la hermosura corporal no es durable.

EUL. Pues cuéntame por tu vida cómo lo trujiste a tus costumbres; ¿usaste por dicha de algunas yerbas o bebedizos, o traes contigo algunas yerbas?[4].

DOR. Sí por cierto, que le di bebedizos, y aun traigo conmigo yerbas de muy gran virtud.

EUL. Por el amor que nos tenemos, y por nuestra amistad, y primeramente por amor de Dios, te ruego que me las muestres.

DOR. Soy contenta, no sólo de mostrártelas, mas departir contigo dellas.

EUL. Harasme muy gran bien y merced, y servicio a Dios.

DOR. Los bebedizos que yo le di son destas confecciones: amarle, quererle, y conformar mi voluntad con la suya, de manera que su no querer es mi no querer, y su querer es mi querer. Las yerbas que traigo conmigo son cinco, y más una piedra muy relumbrante y hermosa y de admirable virtud.

EUL. ¿Cuáles son?

DOR. Las yerbas son ser callada, ser pacífica, ser sufrida, ser retraída, y ser honesta. Cata aquí cinco yerbas de tan maravillosa virtud que tornan a nuestros maridos de sus mismas virtudes: porque si nosotras somos calladas, nuestros maridos se tornan callados para no decirnos cosa de que recibamos enojo alguno; si nosotras somos pacíficas, ellos se tornan pacíficos para no reñir con nosotras y nunca hacernos mal alguno; si nosotras somos sufridas ellos se tornan sufridos para que, aunque vean algún descuido en nosotras, lo disimulen o con blandas y amorosas palabras nos lo avisen; si nosotras somos retraídas, ellos se tornan retraídos para no andar de día ni de noche en busca de mujeres de mal vivir; ni nosotras al fin somos honestas, ellos al fin se tornan honestos, recatados y bien mirados. Cata aquí cinco yerbas que ni Medea las halló, ni ninguna hechicera las atina; porque si Circe las hallara o Medea las conociera, la una para tener a Ulises y la otra a su Jasón, no hubieran menester buscar lo que no acertaron, ni querer lo que no pudieron hallar.

EUL. Por cierto famosas yerbas son. Mas la piedra ¿cuál es?

DOR. La piedra que tanto relumbra es amar, querer y servir a Dios; porque por cierto aprovecha mucho para que la mujer honrada sea amada, y querida y regalada, de su marido. Antes muchas veces permitió Dios que algunas mujeres siendo feas, flacas y pobres, fuesen más amadas de sus maridos que si tuvieran todo lo contrario, y fueran nuy diligentes y fermosas. Y esto no por más de ser devotas, humildes, y amigas del servicio de Dios. Cata aquí hermana Eulalia mis bebedizos, mis piedras y mis yerbas. Cata aquí lo que debes hacer.

EUL. Si pudiere[5].

DOR. Muy ligero será si tú quisieres, y aún no es tarde porque él es mancebo y tú moza, y aun creo que no ha un año que os casastes.

EUL. Es verdad, que no ha sino ocho meses. Mas dime lo que he de hacer.

DOR. Sí diré mas has de callar.

EUL. Sí haré.

DOR. Todo mi principal cuidado fue agradar a mi marido, y mirar no hubiese cosa con que él estuviese descontento, a guardarle su voluntad y apetito. Miraba a qué tiempos estaba airado, y a qué tiempos desairado, a qué tiempos contento, y a qué tiempos descontento, como suelen hacer los que amansan leones, elefantes, unicornios, y otros animales que por fuerza no pueden ser amansados ni constreñidos.

EUL. ¿Qué dirás si mi marido es más bravo indómito animal que ninguno desos?

DOR. Yo te mostraré cómo lo amanses, y traigas tan doméstico a tus haldas que hagas dél lo que quisieres.

EUL. ¿Cómo?

DOR. No te vistas de colores que no son decentes, porque los que doman elefantes no andan vestidos de blanco, ni tampoco de colorado los que andan con los toros, porque se hacen más bravos, como los tigres que con el sonido de los panderos de rabia se hacen pedazos.

EUL. ¿Cómo colores? veesme que apenas de enojo no me oso vestir sino una saya negra, y dícesme de colores.

DOR. Vestirse de colores nosotras llamo tener mil géneros de voluntades, mil desabrimientos, mil malas respuestas, mil enojos perdurables. Pues si aquellas gentes para amansar unos animales de que por ventura se habían de servir, por bien parecer, como tigres o leones, o para una pequeña ganancia, trabajan tanto y

hacen tanto, cuanto más a nosotras nos conviene usar desta suerte con nuestros maridos con los cuales queriendo o no queriendo, a placer o a pesar, habemos de dormir debajo de un tejado, comer en una mesa, y aun dormir en una cama.

EUL. Prosigue lo comenzado.

DOR. Consideraba estas cosas, conformábame con él estando sobre aviso que no hubiese cosa de que pudiese nacer enojo entre mí y él.

EUL. ¿Cómo lo podías hacer?

DOR. Primeramente componía mi persona de virtudes, y después pensaba en hacer todas las cosas a su sabor.

EUL. Por tu vida que me lo cuentes todo muy por extenso.

DOR. Soy contenta de lo hacer por te complacer, y ruego a Dios que sea por provecho tuyo, y que no se pueda decir que mis palabras son vanas.

EUL. No serán, placiendo a Dios.

DOR. Pues debajo dese prosupuesto te lo contaré: lo primero que hacía y lo primero que obré y lo primero en que puse todo mi intento fue en querer mucho a mi marido, amar mucho a mi marido, de perfecto y verdadero amor; cosa lícita es que amemos a nuestros maridos, pues con ellos habemos de comer[6], habemos de beber, habemos de dormir, habemos de conversar, habemos de tratar, habemos al fin de vivir o morir; somos obligadas a poner gran solicitud en saber llevar sus condiciones, porque hablando la verdad la mujer debe en todo seguir la condición de su marido. Verdad es que el marido debe en algo comportar la condición de su mujer, ora que ella con paciencia sufra los desabrimientos de él, ora que él con prudencia disimule las importunidades dellas. Caso que el marido sea en el gastar avaro, en el gesto feo, en las condiciones duro, en el linaje ínfimo, sea en el hablar inconsiderado, en las adversidades tímido, en las prosperidades incauto, siendo como es marido al fin fin no le podemos quitar que en su casa no sea único señor. No hay ninguno tan bien acondicionado que

no tenga un mal siniestro. Así que lo primero que habemos de hacer es amar a nuestros maridos muy de veras, y no con fingimientos, porque si fingidamente y de burla los amamos, de burla y fingidamente seremos amadas. No se fíe ninguna en pensar mi marido me quiere, me ama o me muestra amor, porque a la hora que sintiere que no le aman, a esa misma hora, cruelmente aborrecerá. Veo y veemos por experiencia que el matrimonio muy pocas veces se desata por pobreza, ni se perpetúa por riqueza, sino que los mal casados con el odio se descasan dentro de una semana, y con el amor se conservan hasta la sepultura. Para comer las carnes secas e insípidas búscanse salsas, pues para la carne del matrimonio, cuando no tiene sabor, es menester comella con salsa de amor. El excelente Platón decía que no se ha de decir una cosa más penosa que otra, por las fuerzas que en ella empleamos, sino por el mucho o poco amor con que la hacemos; por áspero e incomportable que sea algún gran negocio, cuando con amor se comienza, con facilidad se prosigue, y con alegría se acaba, porque muy apacible es el trabajo en el que anda el amor por medianero.

EUL. ¡Gran cosa es amar a quien no me ama!

DOR. Bien conozco que es cosa áspera que una mujer virtuosa ame a un marido vicioso, una mujer honesta ame a un marido disoluto, una mujer prudente ame a un marido simple, una mujer sabia ame a un marido loco, mas mientras el marido fuere más ruin será la mujer más loada de todos. Y ya que esto no fuese somos obligadas por otra razón a amar a nuestros maridos, y es que con nuestra voluntad, y no sin ella, nos casamos con ellos, y si el casamiento sale por ventura avieso no tenemos tanta razón de quejarnos de nuestros maridos que nos pidieron, como de nosotras que por maridos los eligimos.

EUL. En eso tienes gran razón, yo me siento por más culpada que otra.

DOR. Por indómito y silvestre que sea un hombre es imposible que si ella ama a él que él no ame a ella, y si por caso no pudiere forzar su mala condición a amarla, a lo menos no tendrá ocasión de aborrecerla, lo cual no es de tener en poco sino en mucho, no sólo para con los hombres mas aun para con Dios. Muchas mu-

jeres hay de harta calidad que tienen maridos tan mal acondicionados, que les perdonarían los regalos y amores que las habían de hacer, porque se abstuviesen de poner algunas veces las lenguas y las manos en ellas; y por esto piensan que por reñir lo han de hacer y acabar, y dejan de hacer lo que debrían, que es amar y obedecer. Muchos ejemplos tenemos en las historias de muchas mujeres generosas, así griegas como romanas, y de otras naciones, que amaron mucho a sus maridos, y tanto los quisieron que no sólo los libraron de la muerte algunas, mas otras murieron con ellos, despreciando la vida para gozar en la muerte de la compañía dellos; y esto no porque ellos fuesen mejores, o de mejor condición, que otros salvo por el limpio y verdadero amor con que los amaron.

EUL. Cuéntame por tu vida algunas dellas.

DOR. Plutarco, en el libro de las ilustres mujeres[7], dice que los lacedemonios, teniendo presos a muchos nobles de los mimos, que eran sus capitales enemigos, y los tuviesen sentenciados a degollar, las mujeres dellos con ruegos, lágrimas y dones, alcanzaron de los carceleros que los pudiesen visitar; y entradas pues las nobles mujeres trocaron con sus maridos las vestiduras, y no sólo las vestiduras mas aun la libertad, porque ellos salieron fuera vestidos como mujeres, y ellas quedaron dentro en hábitos de hombre; y como sacasen a justiciar a las inocentes mujeres, pensando que sacaban a los condenados hombres, y vista tan ilustre hazaña por los lacedemones no sólo ordenaron que fuesen ellas perdonadas, mas también sus maridos, y que fuesen muy honradas con grandes privilegios por el ejemplo que a las otras dejaron. Semejante cierto fue el hecho de la infanta doña Sancha, mujer del conde Fernán González, y hermana del rey don García de Navarra, la cual no sólo libertó a su marido mas a cuestas lo llevó gran trecho, y queriéndola forzar un preste en el camino ella por fuerza luchando con él lo venció, y con su mesma espada lo mató, donde ganó la cabalgadura para caminar hasta hallar el ejército de los castellanos, que por libertar a su señor venían. Semejante hecho aconteció a una dueña desta ciudad, la cual sacó de la cárcel a su marido en la misma manera, el nombre de la cual, por vivir aun no declaro. La muy nombrada Panthea, como le viniese nueva que su marido era muerto en la batalla,

luego a la hora fue allá, y hallándolo muerto se lavó toda con su sangre, y con una lanza con que el marido estaba atravesado se dio por el cuerpo y se mató, y así juntos los llevaron a la sepoltura. Porcia hija que fue de Porcio, y mujer de Bruto como le dijesen que su marido era muerto en una batalla, hizo tan gran sentimiento que acordaron todos los suyos de se esconder todos los instrumentos con que se podía matar, porque era tan amada que si con lágrimas de los ojos lloraron el marido sabían que con lágrimas del corazón habían de llorar a ella, visto pues por la excelente matrona como no tenía cuchillo con que se matar, ni soga con que se ahorcar, ni ventana de donde se arrojar, ni pozo donde se empozar llegóse a una lumbre, y con tanta facilidad comió de aquellas brasas como si fueran alguna muy suave fruta con la cual murió.

EUL. ¡Oh crueldad de mujer nunca vista que así se mató!

DOR. Si Porcia murió en la vida a lo menos no en la fama que para siempre quedará. De la excelente mujer del rey Admeto[8], Juvenal, Ovidio y Marcial, escriben que como supiese por el oráculo de Apolo que su marido no podía sanar de una grave enfermedad que tenía, si no era con la sangre de un amigo suyo, ella misma se mató diciendo que no tenía Admeto otro mayor amigo que a ella, lo cual visto por el marido no sólo se lo agradeció mas hizo lo mismo que ella había hecho.

EUL. ¡Oh buen marido, tarde se hallarán tales maridos como esos!

DOR. Porque no se hallan otras mujeres como ellas. Paulinia, natural de Córdoba, mujer del excelente filósofo Séneca, quiso y amó tanto a su marido que como el cruel Nerón mandase matar a Séneca, cuyo discípulo había sido, la honra que le hizo fue darle a escoger qué género de muerte quería, y el buen Séneca escogió que le fuesen rompidas todas las venas, porque sacada toda la sangre muriese, lo cual fue así hecho, lo cual sabido por la excelente mujer Paulinia se hizo cortar sus venas por morir de la muerte que su marido había muerto; lo cual sabido por Nerón, aunque cruel, le mandó cerrar las venas, de forma que la mujer vivió aunque sin color, en señal del gran amor que a su marido tuvo. Triara, mujer de Lucio Vitelo hermano del emperador Vitelo, amó tanto a su marido que

yendo a combatir una ciudad llamada Tiaranna ella misma fue a pelear al lado del marido, armada como varón, que jamás lo quiso dejar, de donde ganó honra para lo que vivió, y perpetua fama para los siglos venideros. De una mujer de un pescador, cuenta Plinio el junior en una epístola, que como su marido tuviese una enfermedad incurable, donde ningunos remedios bastaban, y los dolores excedían a la muerte, la mujer aconsejó a su marido que ambos se matasen, y así lo hicieron, que subidos a una alta peña sobre la mar, atados con una misma soga, se arrojaron abajo donde murieron. Muchos más ejemplos te pudiera contar, pero parécerne que bastan los dichos para mostrar el amor que la mujer ha de tener a su marido, aunque semejantes ejemplos en nuestra religión cristiana ninguna los ha de seguir, y por eso quiero pasar adelante[9].

EUL. Sea así.

DOR. La segunda cosa[10] que una mujer ha de hacer es ser obediente a su marido, hacer todo lo que él le mandare porque muy justa cosa es que la mujer obedezca a su marido.

EUL. También sería cosa muy justa que el marido obedezca a la mujer.

DOR. Leído has las historias de los que eso dicen.

EUL. No por cierto, mas ¿qué dijeron?

DOR. Decían que había causa por donde la mujer obedeciese al varón, porque decían que la mujer tenía ánima como el hombre, moría como el hombre, y era apta para la generación como el hombre, y decían que no tenían sobre ellas ninguna jurisdicción los hombres salvo igualdad, porque decían que no es razón que aquellas que la naturaleza hizo libres que ninguna ley las haga esclavas; decían también que los dioses no habían criado a los hombres salvo por la generación (un yerro muy grande pues principalmente fueron criados para servicio de Dios, y para gozar de su gloria), decían pues que la hembra más apta es para la generación que no el hombre, porque el hombre solamente tiene aptitud para engendrar, y esto sin ningún peligro ni trabajo, mas la mujer no sólo pare con

peligro mas cría con trabajo, por cuya razón decían que parecía crueldad que las mujeres que nos criaron a sus pechos, y nos trujeron en sus entrañas, las tratemos como a siervas; daban también por razón que los hombres tienen bandos, levantan sediciones, sustentan guerras, andan enemistados, traen armas, derraman sangre, hacen todos los insultos que cada día veemos, de las cuales cosas, por la mayor parte, no sólo son libres las mujeres mas muy enemigas, porque ni tienen bandos, ni matan hombres, ni saltean caminos, ni traen armas, ni derraman sangre, antes la priesa que se dan los hombres a matarse dan las mujeres a parir; decían aquellos ignorantes filósofos que pues esto es así que más razón es que sean los hombres mandados por las muj[er]es, pues son causa de aumentar la república, que no las mujeres por los hombres que son causa de disminuilla; decían asimismo que conforme a lo que mandaban sus dioses no era razón que la mujer cuerda fuese sujeta y el hombre loco fuese libre. Conforme a esta opinión y a esta necedad, tenían por costumbre los de Acaya que la mujer mandase y el hombre obedeciese; y así nos lo dice Plutarco en el libro de consolación, de forma que el marido barría la casa, cocinaba la olla, ponía la mesa, y hacía todas las otras cosas que eran necesarias, por el contrario la mujer gobernaba la casa, respondía a los negocios y tenía los dineros, y lo peor que era que si se enojaba ella no sólo le decía palabras injuriosas, mas ponía las manos en él, y él era obligado a callar y sufrir.

EUL. ¡Oh loable costumbre! ¡Quién fuera de Acaya porque mi marido viera no sólo cómo sabía regir la casa, y tratar la hacienda, mas también cómo sabía castigarle!

DOR. Mayor bien te hizo Dios en hacerte cristiana, y con superior, pues esotro era para perderte, y estotro para salvarte, aquello para mal vivir, y esto para bien obrar.

EUL. ¡Oh quién fuera de Acaya!

DOR. No habías de ser sino de los partos, o de los de Tracia, los cuales tenían en tan poco a sus mujeres que no las trataban, y tenían sino como a esclavas; y tenían los hombres tanta libertad que después que la mujer había parido una docena

de hijos los hijos quedábanse en casa, y a la madre vendían en la plaza, o si no trocábanla por otra que fuese más moza, y daban dineros encima, porque decían aquellos bárbaros que después que la mujer es vieja y mañera o las han de enterrar vivas, o las han de tener en casa por esclavas. Dionisio Alicarnasco dice que tenían por ley los lidos, y aun también los lumidianos, que la mujer mandase en casa y el hombre fuera de casa.

EUL. Esa justa ley era, que partiesen el mando de por medio.

DOR. Antes yo no sé cómo se podía esta ley cumplir, porque la mujer de buena razón no ha de salir de casa para poder ser mandada, y así jamás sería mandada, ni el hombre ha de salir a la calle a mandar y ya que saliese estando la otra en casa no era obligada a obedecer, no sé cómo se habían de haber.

EUL. Sutilmente lo arguyes, mas si me das licencia no dejaré de decirte una cosa.

DOR. Yo te la doy.

EUL. Que jamás te veo volver por el estado femenil, sino por los varones siendo tú mujer y no varón, y por tanto más obligada a las mujeres que no a los varones.

DOR. Yo te lo diré: porque no hago injuria ninguna al estado de las mujeres en decir lo que todas debemos obrar como cristianas; especialmente diciendo la verdad, porque más mal sería lisonjear mintiendo, como mintieron aquellos filósofos que me alegaste y yo te conté, porqué en nuestra sagrada religión no hay ley divina ni ley humana donde el varón no se prefiera a la mujer, y que lo contrario desto hayan algunos filósofos querido disputar, y algunas gentes guardar, ni me parece bien loarlo ni menos admitirlo, porque cosa vana es querer dar a las mujeres por ley el señorío que naturaleza les quitó. Veemos por naturaleza que las mujeres todas son flacas, son tímidas, son atadas, son encogidas, son delicadas y son tiernas, y aun por la mayor parte para gobernar no muy sabias, pues por demás sería por ley querer dar lo que naturaleza negó. Las cosas del gobernar y mandar requieren en sí no sólo ciencia y experiencia, mas también esfuerzo para emprender las cosas arduas, prudencia para conocerlas, fuerzas para ejecutarlas, solicitud para proseguirlas,

paciencia para sufrirlas, medios para sustentarlas, y aun remedios para a veces remediarlas, y sobre todo grande ánimo para acabarlas, ¿para qué habemos de privar al hombre del señorío pues en él concurren todas estas calidades, y darlo a la mujer pues la veemos privada de ellas? Mucha culpa tienen los maridos que consienten que sus mujeres los manden; pues vemos que a ellas llamamos varoniles, con razón llamaremos a ellos mujeriles. Muchas mujeres están engañadas en pensar que en mandar a sus maridos viven más honradas, y viven más erradas, porque a ellas tienen por vanas y a ellos por bestias. No dejo de conocer que hay algunos maridos tan derramados en el gastar, y tan disolutos en el vivir, que no sólo sería bueno sus mujeres no obedecerles, mas sería saludable irles a la mano, mas no obstante esto, vale más que la hacienda se pierda, que no que entre ellos se levante alguna enconada rencilla: si a una mujer se le mueren los hijos puede otros parir, si se pierde la hacienda puedese otra ganar, si se le van los criados puede otros hallar, si está triste puédese consolar, si se halla enferma podrá como otras sanar, mas si está con su marido discorde yo no sé qué ha de hacer, porque a la hora que la mujer de su marido se aparta, esa hora da lugar a que pongan todos en ella las lenguas. La mujer que es prudente debe en sí pensar que o su marido para reñir no tiene razón, o que tiene ocasión, o por ventura ni tiene razón ni ocasión; si tiene razón débele sufrir, si no tiene razón debe con él disimular, no hay cosa en que más muestre una mujer su prudencia que es sufrir a un marido importuno e imprudente, no hay cosa en que muestre más cordura que en disimular con el marido loco, no hay cosa en que muestre más su honestidad que en sufrir a un marido disoluto, no hay cosa en que muestre más su habilidad que en compadecerse. Quiero decir que si su marido oyere decir que sabe poco, vale poco, tiene poco y es para poco, haga entender a todos que es para mucho, sabe mucho, puede mucho y vale mucho, y desta manera todos aplicarán la honra a ella. Parece muy mal a las mujeres poner lengua en sus maridos, porque no pueden a ellos amagar sin que hieran a sí mismas; conviene a saber: que si llamamos a nuestros maridos borrachos, dirán que somos mujeres del borracho, si le llamamos loco, disoluto, endemoniado, dirán que somos mujeres del disoluto, loco y endemoniado; así que la resolución desto segundo es que ni el marido se deje mandar de la mujer, ni la mujer presuma de

mandar a su marido, porque es querer comer con los pies, y andar con las manos. Concluyo en este artículo con un ejemplo que a una romana aconteció, el cual cuenta Séneca en una tragedia, y dice que en el tiempo de la guerra de Nutridates, aconteció en Roma que los cónsules mandaron a los caballeros veteranos que todos fuesen a la guerra con el cónsul Sila, aconteció que como llegasen en Roma a notificar aquel edicto en una casa, en la cual no hallaron al marido sino a la mujer, respondióles ella que su marido ni podía ni debía ir a la guerra, y que si por caso él pudiese ir a ella que ella no le había de dar lugar, porque él era caballero veterano y de la guerra eximido; fueron los que oyeron esta respuesta muy maravillados, y los del senado muy escandalizados, y mandaron que el marido fuese desterrado de Roma, y que la mujer estuviese todo el tiempo del destierro del marido en la cárcel mamortina, y esto no porque se excusaba de ir a la guerra, sino porque se dejaba mandar de su mujer.

EUL. Pasa adelante con tu plática, que no hay en esta vida cosa que tanto me alegre como ella.

DOR. Conviene también la mujer honrada tener reposo en su casa, y no andar derramada por casas ajenas, porque si la mujer es buena estando en su casa gana mucha reputación, y si es mala quita mucha ocasión[11]. Agora esté el marido presente, agora ausente, es cosa muy necesaria que la mujer esté en su casa, porque de aquella manera las cosas de casa irán bien gobernadas, y del corazón del marido se quitarán muchas sospechas. El oficio del marido es llegar la hacienda, y el de la mujer es conservarla. La hora que ella sale de casa ha de pensar que los hijos se han de derramar, las hijas se han de descuidar, los mozos se han de desmandar, y los vecinos han de tener qué decir, lo que peor es que los unos meten mano en la hacienda y los otros queman la fama. Gran merced hizo Dios al hombre que le dio mujer que de suyo huelga de estarse en casa, porque le excusa muchos enojos, y aun le ahorra muchos dineros, porque ni le gasta los dineros en se vestir, ni da lugar a las malas lenguas para hablar.

EUL. Han de ser todas las mujeres como yo, que ni se han de vestir ni aun bien tocar.

DOR. La más doméstica rencilla, y más común, entre el marido y la mujer es sobre que él querría guardar la hacienda para comer, y para sus hijos criar, y ella no querría sino gastarla toda en vestir; porque somos todas tan curiosas y amigas de vestirnos que de buena gana ayunaremos un año, no por amor de Dios ni de los santos, sino por sacar una ropa nueva un día de fiesta. Naturalmente todas las mujeres somos amigas de guardar, y enemigas de gastar, si no es en caso del vestir porque de veinticuatro horas que hay en el día, para cada hora querríamos una ropa nueva. Pocas veces tenemos envidia de una mujer porque es más hermosa, o porque es más generosa, o porque es más valerosa, o porque es mejor casada, y mucho menos porque es más virtuosa, y tenemos mucha envidia de que ande mejor vestida, porque en caso de vestir no hay mujer ninguna que tenga paciencia y que otra tan buena se le iguale, ni aunque otra mejor le sobrepuje. El buen Licurgo so graves penas mandó que las mujeres no saliesen de sus casas entre año, sino los días señalados de fiestas, porque decía él que las mujeres o habían de ir al templo a orar a los dioses, o se habían de estar en sus casas criando sus hijos, porque andar las mujeres por las calles a ruar, o por las huertas a se festejar, ni a ellas es honesto ni a sus casas provechoso. No hay virtud en que una mujer alcance tanta reputación en la república como es con verla estar en su casa retraída. No se maraville ninguna mujer si en soltando los pies para andar, sus enemigos y aun amigos suelten las lenguas para la infamar y juzgar. Bueno es que el marido ame, quiera, y regale a su mujer, y lóolo por bueno, mas tengo por malo que no ose o no quieran quitarles que no anden fuera de casa, porque dado caso que sean buenas dan ocasión a que las tengan por malas. Séneca dice en una epístola que el excelente romano Catón Censorino ordenó que ninguna mujer pudiese salir de su casa sola, y que si fuese de noche que no pudiese salir sola ni acompañada, y la compañía que había de sacar no había de ser cual ella quisiese, sino cual su marido, o el pariente más propincuo del marido, le señalase, en ausencia del marido; de forma que con los ojos que agora miramos una mujer ramera miraban entonces a una mujer muy salidera. Mas envidia tengo a una mujer, a la honra que andando fuera de su casa pierde que no al pasatiempo que toma. Lucrecia, la muy excelente romana, como otra vez te dije, con conformidad de todos los

romanos fue declarada por la más excelente romana, no por ser más fermosa, ni más generosa, ni más emparentada, sino porque era más retraída, porque ella era tal que en las virtudes no había más que pedir, y en las flaquezas mujeriles no había que enmendar. Como sabes a ella sola hallaron tejendo, y a todas las otras holgando, cuando los romanos enviaron a ver qué hacían sus mujeres.

EUL. Ya me acuerdo que lo dijiste.

DOR. Deben también las mujeres honradas guardarse de deshonestas compañías, porque las cosas hedientes y sucias, si no dañan el gusto porque no se comen, ofenden el odorato de sólo tocarlas[12]. Es tan mirada, es tan delicada la honra de las mujeres, que no sólo no se les debe de dar licencia para que todas las veces que quisieren salgan de sus casas a visitar, mas también no se les debe de dar para ser visitadas; especial de hombres, porque visitarnos unas mujeres a otras parece piedad, mas visitar hombres a mujeres es grande deshonestidad. En presencia de nuestros maridos, o de sus hermanos podemos las mujeres ser visitadas y esto se entiende de personas aprobadas y honradas, mas no estando nuestros maridos en casa, cosa sacrilega es que ningún varón ose atravesar la puerta. En el libro de la alabanza de las mujeres dice Plutarco que las mujeres de los numidianos siempre tenían cerradas las puertas mientras sus maridos no estaban en casa, y tenían por ley inviolable que todo hombre que llamase a puerta cerrada le fuese cortada la mano. Cicerón, en el libro *De legibus*, dice que era ley muy usada entre los romanos que ninguno llegase a la puerta ajena estando cerrada, aunque se le debiese alguna deuda, porque so color de cobrar su deuda no pudiese recebir el otro algún detrimento en su honra. Pues si entonces no se daba licencia para que el acreedor cobrase su hacienda, mucho menos se había de dar agora para que ninguno fuese a casa de ninguna mujer honrada, especialmente casada, por sólo su pasatiempo. El excelente Platón, en el libro de su república, por muchas razones persuade a las mujeres que no tomen para sí especiales amistades, porque dice que la mujer no ha de tener más amigo de a su marido, ni ha de tener licencia para elegir amigos, ni condición para cobrar enemigos. Cada una de nosotras cuando nos casamos damos a nuestros maridos el cuerpo, damos la hacienda, damos la libertad, pues

razón sería que les diésemos la voluntad, porque ¿qué aprovecha un marido y una mujer que tengan la hacienda de por medio si cada uno tiene su voluntad diferente? Para que Dios sea servido y el pueblo edificado, en una mesa han de comer, en una casa han de morar, y en una cama han de dormir; y junto con esto una misma cosa han de amar, porque si en amar son diferentes jamás vivirán conformes. Concluyo en esto con decir que cosa muy extraña ha de ser a la mujer honrada tomar placer fuera de su casa, porque en su casa tiene a su marido con quien hablar, a sus hijos a quien enseñar, a sus hijas a quien doctrinar, su familia con quien conversar, a sus parientes a quienes contentar, y los de su marido con quien cumplir, y a sus vecinos a quien no dar qué decir. Pues si una mujer tiene dentro de su casa tantos pasatiempos, ¿para qué quiere visitaciones extrañas, ni de hombres extraños? De tener las mujeres particulares amistades, y holgar de ser visitadas, suele suceder que Dios sea ofendido, y el marido injuriado, y el pueblo escandalizado, y aun la mujer casada saca poco provecho dello, y no pequeño daño; y lo que peor es, saca no buen casamiento, porque si muchos la piden por la hacienda, la desechan muchos más por la mala fama. ¿Qué ha de hacer el marido que sin qué ni para qué ve entrar en su casa una vieja de grandes haldas y mayores cuentas? Sino que en tal caso, ya que por la boca no ose hablar, en su corazón no se dejará de podrir y aun maldecir, en especial si es hombre leído o experimentado. Estas son, hermana Eulalia, las cosas con que una mujer se ha de componer de dentro para contentar a su marido, sin las cuales las de fuera valen muy poco.

EUL. De fuera querría ser fermosa, que de dentro nadie me ve.

DOR. Engañada vives; antes entre personas sabias y cristianas más se mira la fermosura interior que no la exterior.

EUL. Pues que así es, ya que me has mostrado cómo me he de componer de dentro, muéstrame cómo tengo de hacer de fuera.

DOR. Soy contenta, que aún creo que lugar habrá para volver a mi casa con sol, que hoy me dio licencia mi marido para visitarte. Cosa que pocas veces se la suelo yo pedir ni él dármela, mas nuestra verdadera amistad no lo sufre menos.

EUL. En crecida merced te lo tengo, y ruego a Dios me dé lugar que yo te pueda pagar en sola la obra de tu vista más tus muy saludables consejos.

DOR. Después que había compuesto mi persona como te tengo dicho, conformando mi voluntad con la de mi marido tenía gran vigilancia en las cosas de mi casa[13], porque este es el oficio proprio de las mujeres; no solamente que ninguna cosa quedase por hacer, más aun que todo se hiciese a su voluntad hasta en las cosas de muy poquita importancia.

EUL. ¿En qué cosas?

DOR. Miraba cómo le sabía mejor cada cosa: si asada, si frita o cocida o de qué manera, y que en todas las cosas de casa nada se hiciese fuera de su propósito.

EUL. ¿Cómo te conformarías con aquel que jamás estuviese en casa, o cuando estuviese fuese borracho?

DOR. Ya te lo iba a decir. El marido es espejo de la mujer, y la mujer del marido, pues si el que se mira al espejo está triste, triste está el espejo, y si alegre alegre; pues así hacía yo, que si mi marido estaba triste, poníame yo triste, y si alegre alegre. Cuando lo veía más fuera de razón, entonces lo halagaba, y si lo sentía por dicha venir algún tanto desmandado, con halagos lo hacía acostar en la cama, y después con blandas palabras lo corregía, de manera que pensase que más procedía aquella corrección de amor que no de odio ni mal querer.

EUL. ¡Oh desventurado estado de las mujeres si contino habemos de andar al paladar de nuestros maridos, hora estén alegres, hora estén tristes, agora sean cuerdos, agora no lo sean, agora estén borrachos, agora no lo estén, o que tengan razón, o que no tengan ninguna!

DOR. ¿No nos pagan ellos por ventura en la misma moneda, sufriéndonos mil importunidades por una que a ellos sufrimos? También habemos de mirar cuándo a nuestros maridos reprehendemos en cosa de gran importancia; que en las de poca mejor es disimularlas y callarlas.

EUL. ¿Qué habemos de mirar?

DOR. El tiempo, el lugar, el modo. El tiempo que no esté airado, ni enojado, el marido cuando le reprehendieren, y la reprehensión no ha de ser riñendo, sino burlando y jugando, que no le parezca a él que lo hacemos con odio y mala voluntad, y al mejor tiempo mudar la plática en otras cosas de pasatiempo, porque de punto en punto no venga a causarse algún enojo. Lo segundo ha de mirar la mujer el lugar, que no sea delante de nadie, porque si el marido es cuerdo de ninguna cosa le pesa tanto como de que su mujer lo reprehenda en público, porque no parezca que ella lo manda a él. Lo tercero ha de mirar el modo de la reprehensión, que no sea venenosa ni airada, salvo amorosa, y abrazándolo; y esto por la mayor parte es mejor en la cama, y aun sacarle por partido; que de lo que quieres decir no se enoje, porque dice lo que se le entiende y que se somete a su corrección.

EUL. ¡Bien que me corregirá a mí él, que así ni sabe ni puede corregirse!

DOR. Cuando ya su vida no llevare medio ni remedio no se debe ninguna mujer de andar quejando a nadie, porque más vale sufrir alguna cosa que no poner a su marido en voz del pueblo; y ya que nos hayamos de quejar, más vale y mejor es quejarnos a sus parientes dél que no a los nuestros.

EUL. ¡A sus parientes mal fuego que los queme! ¡Y quejarme había a ellos, a quien no me puede ver, si no fuese la cabeza donde traigo los pies?

DOR. No lo creas que así sea, porque ¿quién quiere más bien para el pariente que sus parientes? ¿Quién lo ama más que ellos? Pues amando a él amarían a ti, y queriendo a él querrán a ti; y si no fuere por su mala condición, será por tu buena condición, gracia y conversación; y a lo menos si no te quisieren amar, no tendrán razón para de ti decir mal, porque si dijeren falsedad todo el mundo verá lo contrario.

EUL. Jamás estudié filosofía ni estuve en Atenas, para eso filósofa había de ser.

DOR. Menos lo estudié yo, ni estuve en ningún cabo desos, mas la misma razón lo dice y enseña.

EUL. No me mandes guardar tantos ritos como esos, que los romanos no tuvieron en sus tiempos tantas leyes como tú me mandas guardar.

DOR. Antes haciendo esto nosotras convidaremos a nuestros maridos a que hagan eso y mucho más.

EUL. Algunos hay que no basta crianza para corregirlos.

DOR. Yo ciertamente no lo creo, mas pongo por caso que sea ello así, has de pensar lo primero que el marido tal cual es se ha de sufrir. Pues si se ha de sufrir malo, o bueno, desperdiciado, o cobrado, o de cualquiera calidad, más vale volverlo manso con nuestra afabilidad que hacerlo peor con nuestra mala condición y rezura. Muchos ejemplos de mujeres de nuestros tiempos te contaré, dejados aparte los antiguos, las cuales teniendo sus maridos tan recios como tú pintas el tuyo, con las mismas artes los corrigeron y enmendaron.

EUL. No hay marido ya que quiera usar de bondad si con él la usan.

DOR. Engañada vives, que yo conozco y tú conoces un caballero el cual es de muy buena parte y acostumbraba a ir muchas veces a caza, que como todos sabemos es aficionado a ella, y en una aldea topó con una moza de buen gesto hija de una mujercilla pobre, a cuya causa so color de la caza muchas noches se quedaba fuera de casa, y su mujer, la cual como sabes no sólo es dotada de fermosura mas también es muy sabia honrada y virtuosa, por sospecha y por rastro sacó lo que su marido en la caza hacía, y habiéndose como mujer cuerda no dio cuenta ninguna a nadie, ni menos mostró mala cara a su marido, mas antes yendo su marido a otro cabo algo lejos, ella se fue a casa de la moza, e informóse muy bien della, de todo lo que pasaba, y en qué cama y lugar dormía, y cómo vivía, y qué aparejo tenían para comer, y vio que ninguna cosa había en toda la casa ni aun cosa en que tropezar, porque la cama en que su marido dormía apenas tenía un almadraque viejo en ella, volvióse pues la señora a su casa.

EUL. ¡Negra cena tuviera él conmigo si fuera mi marido!

DOR. Más cuerda fue ella que tú no fueras si eso hicieras, porque vuelta a su casa tomó una buena cama con todo su aderezo, y algunas piezas de plata, y tapices, y aun algunos dineros, y con ello se fue a casa de la moza amonestándoles que si aquel señor allí viniese que lo tratasen mejor que no lo habían tratado, y en todo esto escondió que era su mujer y fingió que era su hermana.

EUL. ¡Antes les cruzara las caras yo a entrambas a dos, y a él le pelara las barbas!

DOR. Mira cuánto mejor sucedió, que vuelto el señor a su casa, y de allí ido a cazar, entrando en casa de la mujercilla vido todo aquel ajuar tan rico, y preguntó que de dónde lo habían habido, y fuele dicho que una señora hermana suya lo había traído, y les había amonestado que de ahí adelante lo tratasen mejor; entonces el marido por las señas conoció que era su mujer, y vuelto a su casa preguntóle si había estado ella allí, y ella no lo negó, preguntole él que a qué propósito había enviado allí aquel ajuar. «Señor, dijo ella, yo veía que vos estábades acostumbrado a vivir delicadamente, y allí vide que érades acogido groseramente, quise proveer de manera que cuando allá fuérdes seáis acogido bien, porque no os venga algún mal».

EUL. ¡Un hace de ortigas y aulagas le pusiera yo por cama!

DOR. Pues mira que ganaras en eso, que la cabeza quebrada el otro siguiera su propósito, y la otra ganó que viendo el marido la virtud de la mujer, nunca más anduvo con otra antes se contentó con la suya en su casa.

EUL. ¡Igual fuera lavarle la cabeza desde la ventana con orines, porque lavado y perfumado fuera a estar con la señora! ¡Donosa estaba yo si había de ser alcagüeta de mi marido, eso me parece sobre cuernos siete sueldos!

DOR. ¿No es mejor sufrir un poco para tornar lo bueno, que no enajenarlo del todo punto de ti?

EUL. Menos mal era, mas yo no lo pudiera acabar conmigo.

DOR. Con un ejemplo pondré fin a mi plática. Este vecino nuestro, como sabes hombre virtuoso, un día airado puso manos en su mujer persona muy honrada;

retrájose ella a una cámara, y allí llorando y sollozando gastaba su mal enconía; entrando el marido de ahí a poco en aquella cámara, y viéndola llorar le dijo: «¿Qué haces ahí llorando como niña?», respondió la mujer: «Más vale que aquí a solas llore mi mala ventura, que a voces apellide la vecindad»; con esta buena respuesta se quebrantó tanto el corazón del marido, que prometió de ahí adelante de no hacerle mal ninguno, y así lo hizo.

EUL. Bien está, más yo ya alcancé eso de mi marido, mas por otra vía.

DOR. ¿Por qué vía lo pudiste alcanzar?

EUL. Con hacerle entender que era yo mujer que si una me diese, había menester llevar él otra.

DOR. ¿Qué aprovecha pues que continuo estáis en guerra, que a esa paz más aína le llamaría yo perpetua guerra?

EUL. ¿Pues qué tengo de hacer, tengo de sufrir que me dé él a mí?

DOR. Sí, que has de disimular y sufrir cualquiera injuria que te hiciere tu marido, y poco a poco has de ganarle la voluntad con servicios, amor y mansedumbre, desta manera o le vencerás o le tornarás más conversable.

EUL. Es tan feroz que con buenas palabras no hay quien le amanse.

DOR. No hay bestia tan fiera, cruel y brava, que no se amanse con halagos: leones, toros, osos, todos veemos que se amansan. Pues ¿por qué no amansarás tú con una cosa que tan poco te cuesta, y tanto te aprovecha, a tu marido? Por mi amor que pruebes lo que te digo, siquiera quince días, y si no vieres que te aprovecha, cúlpame por ello: algunas cosas has de disimular y hacer que no las ves; y sobre todo has de procurar que ninguna rencilla muevas al tiempo del acostar, antes si él las moviere tú con burlas y mil juegos lo has de echar por alto; has de procurar que lo que entonces hablares sean cosas de pasatiempo, porque si en aquel lugar que es dedicado para quitar los enojos y malenconía se mezclan cuistiones, ya no queda lugar para tornar a la amistad; y algunas mujeres que en aquel lugar, que

habían de procurar de contentar y agradar más a sus maridos, si se les muestran más esquivas y mal acondicionadas, mostrando no sólo que no les place mas aun aborrecimiento, lo que de allí sacan es que o el marido piense que por contentar más a otro aborrece a él, o por ventura vaya él a buscar otra que le contente más a él. Y vista la rusticidad de la mujer, y la alegría y pasatiempo del amiga, como aquellas que lo saben bien fingir, no sólo no querrá ver la mujer, mas aún blasfemará della.

EUL. Más de diez pares de veces me ha acontecido a mí eso.

DOR. Pues yo te digo que aunque la mujer se haya de mostrar en toda parte alegre, mayormente ha de ser allí, que debe procurar de mostrar todo amor a su marido. Los que escriben fábulas, en especial Ovidio, cuenta que la diosa Venus tiene hecho un cinto hecho por arte de Bulcano su marido, el cual se ciñe cada vez que ha de tener que hacer con su marido, y en este cinto están labrados y tejidos todos los remedios de los amores.

EUL. Son fábulas.

DOR. Verdad es que es fábula, mas la sentencia dello no es fábula, que nos da a entender que en aquel santo matrimonio y ayuntamiento la mujer se ha de mostrar muy contenta y alegre a su marido, y aun me harán decir que la mujer que con su marido no se regocija, que guarda sus pasatiempos para otro, o quiere dar lugar a que él busque otra, creyendo no ser amado della.

EUL. ¡Oh quién conociera a Venus para pedirle prestado aquel cinto!

DOR. Haciendo todo lo que te tengo dicho, no has menester el cinto de Venus, que las yerbas y piedra que te mostré tienen mayor virtud que no él. Tu marido quieres o no quieras tuyo ha de ser. Si lo hicieres bueno, tu provecho será, y si malo, tu daño. No mires a los vicios que tiene, porque si por aquel cabo lo tomas, por un solo vicio que un hombre tenga merece que huya todo el mundo dél; más tómalo por las cosas buenas que tiene, y verás cómo no es tan malo como lo pintas.

EUL. Pocas virtudes hay en él por dónde tomarlo, que por ese cabo yo lo doy por suelto.

DOR. Antes que con él te casaras habías de mirar eso, especular eso. Entonces era tiempo de escoger el marido, no sólo con los ojos, mas también con las orejas, que agora ya no tienes tiempo de quejarte sino de remediarle y valerte.

EUL. ¡Con las orejas había de escoger a mi marido! Nunca tal escoger vide.

DOR. Si te acuerdas el día que hablamos tan largamente, poco antes que te casases, te dije que la mujer cuerda no solo escoge el marido con los ojos, mas también con las orejas, y por el consiguiente el marido; porque como te dije con los ojos escoge quien solamente mira la hermosura, y con las orejas escoge el que oye la fama de aquel con quien se casa. Bueno es, y agradable cosa, que da contento, que el marido o la mujer sean de buen gesto, mas si siendo de buen gesto son viciosos, y mal acondicionados, ¿qué aprovecha?, o ¿qué es el gusto que nos daría una hermosa manzana, la cual mordiendo en ella nos dejara la boca llena de podre?

EUL. Tarde es ya.

DOR. Engañada vives, que no es tarde sino temprano, si pones en ejecución mis consejos; y por cierto haría mucho al caso si parieses.

EUL. Dos veces he estado preñada, pero he movido de poquito.

DOR. Deso me pesa a mí, y más si fue por culpa de la madre. Mas dejado esto aparte para cuando estés preñada, ¿qué es lo que dicen de tu marido sus amigos y los otros con quien él trata y conversa? ¿Tiénenlo por ventura en la opinión que tú lo tienes, o júzganlo como tú lo juzgas?

EUL. No por cierto, antes lo tienen por bueno, liberal, gracioso, amigo de sus amigos. Solo conmigo, contra mí, ha convocado todos sus vicios.

DOR. Mucho me huelgo deso; grande esperanza me da que será tal cual lo deseamos todos.

EUL. Jamás creo que será bueno para mí.

DOR. Sé tú para él tal cual yo te tengo dicho; y no me tengas por quien soy si él no es otro tal para tí, y aún mejor. Y también has de pensar que es aún muy mancebo, y que si algún desabrimiento trae es con la carga que sobre sí vee, porque no era acostumbrado a mantener casa y harásele agora de mal. Un caballo, en comenzándole a echar la silla, y a un buey el arado, hacésele de mal, mas en comenzándolo a tener algunos días, no lo soporta con tanto trabajo.

EUL. Antes querría apartarme dél si pudiese, por ante el juez de la iglesia.

DOR. ¡No te venga tal por Dios al pensamiento!, antes, si alguna vez te viniese, considera de cuán poco valor, y cuán tenida en poco es una mujer apartada de su marido, y cuán honrada está con él. Y mira que así lo ordenó natura, y así lo quiso Dios, que la mujer toda cuelgue del marido. Piensa que tal cual es tu marido ya no puedes tener otro, y haciendo esto que te aconsejo alegrarás a los que te queremos bien, y quebrarás los ojos a los que te quieren mal, si alguno tienes.

EUL. ¿Cómo si tengo algunos? Tengo una suegra que me querría ver muerta, y otros cuñados no mejores.

DOR. ¿Pues quiérente mal esos?

EUL. Tal les dé Dios la salud, cual ellos me quieren.

DOR. Pues haciendo tú lo que te digo, antes te amarán que no te aborrecerán. Y ya que no puedan acabar consigo de amarte, no tendrán razón de aborrecerte. Y haciendo tú ese divorcio que decías les harás muy gran placer, queriéndote como te quieren mal; pues considera con qué les harás mayor pesar, y verás que es con estar con tu marido, agradar a tu marido, contentar a tu marido. Y desta manera tomarás venganza de tus enemigos, que es harto placer; tanto que el sabio Tales, uno de los siete sabios de Grecia, puso su bienaventuranza en vengarse de sus enemigos. Pues ¿qué mayor vergüenza quieres tú, ni qué mayor quebrantamiento, sino que vean ellas a sus ojos lo que no deseaban? Cuánto más que yo fío que

si mala voluntad te tenían, no sería sino por tu mala condición pasada; y vista tu buena y afable conversación, antes te servirán y honrarán que no te querrán mal, ni harán cosa con que te pese, porque yo las conozco a esas personas que dices, y son tenidas en la ciudad por muy honradas.

EUL. Así se suena; mas es gran trabajo hacer eso que me dices.

DOR. ¿Cómo tan gran trabajo te parece? Tomamos trabajo por hacer una cosa para sólo nuestro deleite, y no lo tomaremos para amansar a un marido, con quien toda la vida habemos de vivir, o en cuyo poder habemos de morir.

EUL. Esos cuando no lo hacen por bien, hácenlo a palos.

DOR. Bien has dicho. Prueba tú el bien, y cuando no te sucediere bien, hazlo por mal.

EUL. ¿Crees que sucederá así, si lo pruebo?

DOR. Mírame acá: yo lo tomo a mi cargo, y te empeño mi palabra. Y entre tanto yo procuraré de haber tu marido a la mano, y le reñiré y aconsejaré todo lo que debe hacer.

EUL. Bien me parece. Mas mira que tengas aviso que no sienta él cosa alguna de las que aquí habemos pasado.

DOR. Pierde cuidado, que yo lo haré como cumple, y aunque mienta le diré que le quieres muy mucho.

EUL. En buena fe si él hiciese lo que debe, que harto lo querría yo. Y plega a Dios que él te guíe, y ponga la mano en ello y vaya contigo.

DOR. Así haga a ti, y te dé buenas noches.

Fin del segundo coloquio

NOTAS DEL COLOQUIO SEGUNDO

1 Sigue aquí el modelo dialogal de Erasmo, coincidiendo en temas y expresiones en este largo principio introductorio: (*Mempsigamos*, pág. 202 b).

2 Luján aumenta hábilmente el diálogo de Erasmo, y utiliza sus efectivas frases y expresiones: (*Mempsigamos*, pág. 203 a).

3 (*Mempsigamos*, pág. 203).

4 (*Relox* II, V, fol. LXXVI).

5 (*Mempsigamos*, pág. 204 a).

6 (*Relox* II, IV, fol. LXXIIII y vto.). Luján prescinde de algunos párrafos de Guevara quizá por considerarlos digresiones o reiteraciones.

7 (*Relox* II, IV, fols. LXXIIII vto. y LXXV). Luján añade al caso de Fernán González que se encuentra en la *Silva* II, XV, pág. 351.

8 (*Silva* II, XV, págs. 348-349). Luján trastrueca el orden que los ejemplos tienen en la obra de Mejía: Paulina, Triara, mujer de Ademeto, mujer del pescador. Por otro lado, los casos de maridos fieles aducidos por Mejía en este mismo capítulo, son utilizados por Luján en su *Coloquio* III.

9 Puede referirse a los ejemplos que no aduce y que, sin embargo, hay en los dos libros que sigue. Así del Relox II, cap. III, y todo el cap. V, que trata «de la venganza que tomó una mujer greciana del que mató a su marido por casarse con ella»; o también de la Silva II, XV, págs. 350-351.

10 (Relox II, VI, fols. LXXVI-LXXVIII). Luján, que sigue muy de cerca a Guevara, prescinde de algunos párrafos explicativos, quizá demasiado pesados para un «Coloquio». Transforma asimismo algunas aclaraciones en intervenciones del interlocutor.

11 (Relox II, VII y VIII, fols. LXXVIII y vto.).

12 (Relox II, VIII, fols. LXXVIII vto.-LXXIX vto.). Prescinde Luján de todo lo contenido en el folio LXXIX vto., para acabar con la conclusión del capítulo guevariano.

13 Sigue desde aquí hasta el final a Erasmo. (Mempsigamos, págs. 204-208).


ERCER

ARGUMENTO DEL TERCERO COLOQUIO

Coloquio tercero, en el cual, habiendo Doroctea prometido a su amiga Eulalia de hablar con su marido Marcelo, y reñirle lo que hacía contra ella, viéndolo venir por la calle, determina de hablarle; y hablándole le cuenta él los enojos que con su mujer tenía. Reprehéndele Doroctea lo que hacía, aconséjale lo que debe hacer. Tratan entre sí qué virtudes ha de tener el hombre, y de qué vicios ha de huir, cómo se debe haber con su mujer para conservar la paz y amistad. Trátanse muchos ejemplos sobre cada cosa, así de sagrada escritura como de historias antiguas. Es coloquio que debe ser notado de cualquier hombre, en especial casado.

Son interlocutores:

DOROCTEA, casada

MARCELO, marido de Eulalia

DOR. Mucho deseo poder ver por aquí a Marcelo, para poderle hablar en lo que a Eulalia su mujer le prometí, porque con toda afección deseo unirlos a verdadera paz. Mas no sé cómo nuestro coloquio se pueda hacer sin dar que decir a la gente, porque si en casa lo meto no estando aquí mi marido parecerá mal, y si en la calle no olerá muy bien. Mas al fin, por cumplir con lo que debo a verdadera amiga, no dejaré de hablarle si le veo, y decirle mi parecer. Mas si los ojos no me engañan aquí lo veo venir: él es, la gorra trae en la mano por hablarme, mas yo quiero ganar por la mano.

DOR. Felices y muy dichosos días te dé Dios, señor Marcello.

MARC. Los mismos te dé Dios, señora Doroctea; que muchos días ha que no te vi, ni menos te hablé, habiéndonos criado juntos.

DOR. No te maravilles, señor Marcelo, deso, que puesto que algún tanto seamos parientes, y amigos que es más, no me hayas visto ni hablado hartos días, porque después de casada yo, y casado tú, que me dicen que casaste con mi verdadera amiga Eulalia, yo en servir a mi marido e hijos, y tú con tu mujer, hayamos tenido harto que hacer; porque a los buenos casados más les es dado mirar lo que en sus casas han menester que no andar a buscar parientes.

MARC. Ha, ha.

DOR. ¿Qué has, o por qué sospiras?

MARC. Es verdad que me casé con tu gran amiga Eulalia, mas ¡ay que mis dichas me han sido contrarias!

DOR. ¿Cómo contrarias? Que por cierto no hallo yo razón alguna por donde tú sientas descontento alguno, porque Eulalia tu mujer es muchacha, es hermosa, hubiste con ella buen dote, y es de buen linaje y sobre todo es virtuosa.

MARC. Esa es la causa por donde ella más se ensorberbece, porque como se vee moza quiere ser amada, como se vee fermosa quiere ser estimada, como se vee buena quiere ser reverenciada; como me dio dote, quiere tenerme por su esclavo.

DOR. ¡Cómo así! ¿Ya estáis desavenidos?

MARC. Mas como por dicha tenemos algún avenencia, o convenencia, antes perpetua diferencia.

DOR. ¿En qué cosas te ofende ella, ni qué puede ella hacer para que así tú estés malenconioso contra ella?

MARC. ¡Cómo! ¿Y no es razón que tenga enojo conmigo mismo, y con ella, pues jamás le siento amistad, ante todo su fin es verdadera cuistión?

DOR. ¡Cómo así! Cuéntamelo tú todo por extenso.

MARC. Yo te lo quiero decir. Las otras mujeres son obligadas a amar a sus maridos, ella me desama a mí; las otras mujeres son obligadas a contentar a sus maridos, ella me descontenta a mí; las otras mujeres son obligadas a servir a sus maridos, ella me desirve a mí; las otras mujeres son obligadas a no dar enojos a sus maridos, ella me da a mí cien mil; las otras mujeres son obligadas a regir su casa y familia, ella antes la disipa y desbarata.

DOR. Admirada me tienes con eso que dices. No sé de qué procede o de qué causas, porque su buena condición la disculpa si ya de tu parte no estuviese la culpa.

MARC. No sé yo qué culpa hay, ni puede haber, para que deje un marido de ser de su mujer amado y obedecido, ni aun siento qué paciencia pueda el hombre tener teniendo la mujer muy diferente de las mujeres de los otros, a lo menos de las honradas.

DOR. Pues ¿qué ocasión le das tú para ello?

MARC. Al principio muy poca, mas después muy mucha, porque si primero conversando con un amigo me tardaba un poquito, luego eran tantas las voces que me daba, y tanta su braveza, que ni buenas palabras ni buenas obras me valían; decía que con alguna puta me había estado, o que me estaba jugando, o lo que se le antojaba. ¿Qué quieres más sino que porque hombre por oír sus voces

me echaba a dormir, me proponía que venía borracho? Mil medios y aun mil remedios he tomado con ella, mas jamás me han aprovechado. No sé qué me haga ni qué consejo me tome.

DOR. ¡Cómo! ¿Tan adelante pasa la desconformidad?

MARC. ¿Cómo si pasa? Es tanta que mil veces me maldigo a mí; porque sólo aquél puede decirlo el que sabe sentirlo qué cosa es tener mujer brava, descomedida, malcriada y peor aliñada.

DOR. Más abiertamente quiero hablar contigo que no pensé; mas a la clara quiero andar, aunque esto parece falta de seso, una mujer querer aconsejar a un hombre, porque comúnmente falta en nosotras. Mas ya sabes la crianza que cuando niños tuvimos, y aun el parentesco que nos tenemos, y aun el amistad que como amigo te tengo dende nuestra tierna edad, la cual, aunque con conversación no se prodiga, no se debe perder en ninguna manera del mundo. De lo cual el divino Platón[1] nos da un notable ejemplo, el cual, como tuviese un ateniense por amigo en edad viejo, y aun vicioso, y como Platón le reprehendiese de las vanidades que hacía y él no se enmendase de sus vicios, díjole a Platón un discípulo: «Di, maestro, ¿pará qué gastas en corregir a este viejo tanto tiempo pues que jamás se enmienda?». Respondió entonces Platón: «Razón tienes en lo que me dices, mas tampoco estoy fuera de ello en lo que hago, porque al amigo antes debe el hombre perder su trabajo, que poner escrúpulo en la ley del amistad». No digo esto, Marcelo, porque creo que en tí no habrá enmienda, sino porque creo que si tanta no fuera nuestra amistad, no me pusiera contigo tan familiarmente a hablar. Porque el que una vez por amigo se obliga, por toda su vida se ata para ser obligado a decir al amigo la verdad. La ley de los buenos amigos es sentir en el alma lo que el amigo siente en el cuerpo. Mimo el filósofo[2] decía que en igualdad sentía él el dolor que su amigo tenía en los calcañares, que el dolor que él sentía en su corazón propio. Somos obligados a sentir los infortunios de los amigos en el grado que sentimos los nuestros proprios. Y no solo el amigo es obligado a sentir el daño de su amigo,

mas también a remediarlo si puede con las obras, y si no con el consejo. El consejo del buen amigo en mucho se ha de tener, y mucho más obliga. Gravemente yerran los que quieren más el dinero que el consejo, pues con lo uno se puede cobrar lo otro y sin lo otro se puede perder lo otro. Ley fue entre los romanos que el que no pudiese socorrer a otro, o remediar, que no curase de lo aconsejar. Mas por cierto el buen Tulio en el libro *De amicitia* mucho condena esta ley, porque mayor deudo tiene el amigo con el amigo, que no el pariente con el pariente. He conocido, oh señor Marcelo, parte de nuestra amistad en tan a la clara haberme descubierto vuestra enfermedad, porque de verdadero amigo es descubrir a su amigo los secretos del corazón. El hombre sabio huelga de ser avisado, y de cuando en cuando pregunta al amigo: «¿Qué dicen de mí en el pueblo?». Ejemplo tenemos de Christo, que preguntó a sus discípulos: «¿Qué dicen de mí las gentes?». Y si es ansí que el amigo es obligado avisar a su amigo, también es verdad que el amigo es obligado a no se enojar ni escandalizar de cosa que su amigo le diga, ni aun que haga, porque ha de pensar que con buen celo lo ha dicho, y aun hecho. Aunque vos señor Marcelo no me pidáis el consejo, yo como amiga os lo quiero dar, y deciros en todo mi parecer, pues para ello no sola vuestra amistad me obliga, mas también la de vuestra mujer Eulalia, que dende su niñez ha sido muy grande amiga mía.

MARC. Antes por cierto recibiría yo en ello especial gracia, pues sé que a tu saber no sólo pocas mujeres, mas aun pocos hombres, igualan. Y dende aquí protesto no sólo de estar atento a todo lo que me dijeres, mas de obrar cuanto mandares; porque en balde se curaría hombre con un médico si no obrase la medicina, y la aplicase como le es mandado.

DOR. Debajo desta protestación yo quiero deciros mi parecer sin en nada lisonjearos, porque el amigo no ha de lisonjear a su amigo. Es pues el caso que en cuatro cosas se conoce el hombre, conviene a saber: en las obras que hace, y en las palabras que dice, en los amigos que tiene, y en saber regir su casa. Y primero quiero decir delos vicios que el hombre ha de huir, y luego las condiciones que ha de tener, y aun cómo se ha de haber con su mujer. Digo más, que en cuatro

cosas se conoce el hombre de bien: la primera (como dije) es en los tratos que trae, porque muy mal parece al hombre honrado andar en malos tratos, porque el hombre honrado, especial el que es casado, debe huir de contratos de rameras, y aun de tratos de alcahuetas. ¿Qué paz puede tener en su casa el hombre que tiene amiga, porque a la una ha de contentar, y a la otra desagradar? No digo esto, señor Marcelo, sin causa sino porque hallo mucha causa, y porque tengo larga información que andáis tras mujercillas perdidas. El hombre que acertó a casar, como vos casastes, poco tiene de que se quejar, ni aun que buscar. Lo primero que en los casamientos se ha de mirar es la igualdad, pues ésta no creo que entre vosotros falta, así de años, como de lo demás, porque vos no llegáis a veinte y cuatro años, y ella no pasa de diez y ocho. Allende deso ella es de buen linaje, rica, moza, hermosa y virtuosa[3]. De manera que más es casamiento para que os tengan vuestros vecinos envidia, que no mancilla. ¡Oh cuántas y cuántas veemos cada día que si son ricas no son generosas, y si generosas no son virtuosas. Así que si algún defecto hay, es de otra parte y no de Eulalia vuestra mujer, la cual ella no escogió a vos sino vos a ella, ella no os pidió a vos sino vos a ella; razón es, pues, que conforméis vuestra voluntad con la suya, y ella conformará la suya con la vuestra. Decisme que no os ama, ¿cómo queréis que ame ella a quien no la ama, y quiera a quien no la quiere? Dos cosas son las que una mujer no puede sufrir, ni con ninguna paciencia soportar, y son que la tenga su marido por mala de su persona, ni por fea de su cara; pues puesto que vos no tengáis a vuestra mujer por mala de su persona, haceisle entender ser fea en su cara, yendo a buscar otras, andar con otras, y festejar a otras. El hombre que tiene la mujer que vos tenéis, si al tal viéremos andar con otra no podemos decir sino que o le falta cordura, o le sobra muy gran locura. Torno a decir que digo esto porque me han dicho, y aun vos me habéis confesado, que andáis de noche, dormís fuera de casa, o si venís, venís tan tarde que más parece querer madrugar, que no dormir. Andáis de casa en casa de enamoradas, o por mejor decir de desamoradas; tenéis alcahuetas, dáis músicas, y aunque no dejáis el naipe, ni aun la taza y jarro. Y lo que peor de todo esto es que traéis en peligro vuestra persona, y en perdición vuestra

hacienda; debéis de mirar que tenéis casa que mantener, y parientes y amigos, y aun al mundo, y mayormente a Dios con quien cumplir. Las travesuras que hacen siendo mozos, todas se atrebuyen a mocedades, mas las que hacen los hombres casados no se atribuyen sino a liviandades; al hombre mozo y soltero todos son a le desculpar, mas al casado todos son a le condenar. Osaré decir, y con verdad os afirmar, quel hombre casado que con su mujer y casa no tiene cuenta, no se debe del hacer cuenta, porque el tal desventurado o no tiene ser, o del todo se ha de perder. Andar en los pasos que andáis, ir a las romerías o ramerías que is, no puede traer esto provecho sino daño de vuestra honra, disipación de vuestra casa, perdimiento de vuestra hacienda, porque a la hora que una mujer vee que no se puede con vos casar, no ha de procurar sino de os pelar. Si no tenéis piedad de vuestra ánima, tenedla de vuestra hacienda; grave cosa es que quiera ser uno honrado, y estimado por hombre casado, y quiera andar como liviano soltero. Justa cosa es que cada uno sea no el que es, sino el que presume ser; el día que el hombre casado se determina a amigar, y servir amiga, ese día pone fuego a su honra y hacienda. Ya que un hombre por otro fin no dejase los amores, debíalos dejar por el perjuicio que a su persona acarrean, porque si no me engaño el hombre que se precia de quitar a otro su honra, no espera sino que el otro le procure quitar la vida. Sufrirá una mujer que la maten de hambre, que la traigan rota, o la tengan retraída, le digan injurias, y aun pongan en ella las manos, con tal que a ella sola amen, y con otras no anden, porque para una mujer casada no hay mayor desesperación que venir a quebrar en ella los enojos, y guardar para otra los pasatiempos. No sé cuál tiene mayor corazón, el marido que lo hace, o la mujer que lo sufre: gran desesperación es que un hombre ría fuera de casa, y llore dentro; hurte a la mujer para dar a la amiga; regale a otra, y maltrate a ella; falte para sus hijos, y sobre para las alcahuetas. En la ley de Christo la fidelidad que debe la mujer al marido, esa misma debe el marido a la mujer; aunque en la ley civil tienen más poder los maridos que no las mujeres, no para ofender mas para castigar, yo fío que si la mujer pudiese castigar al marido, como el marido a la mujer, pocas mujeres habría quejosas, y aun pocos maridos que osasen ser traviesos.

MARC. Yo ya sería muerto días ha si esa ley se guardase.

DOR. Desde la misma hora que entre el marido y la mujer se contrae el matrimonio, tienen tan poca juresdición sobre sí, que ni él se puede dar a otra ni ella a otro. Mirad, señor Marcello, que Eulalia, mi amiga y vuestra mujer, es moza, es fermosa, es aseada, y aun deseada; y el marido que tal mujer tiene dale muy gran ocasión para que sea otra de la que debe ser. Queréis los hombres que nosotras las mujeres no sólo no tengamos las hechas, ni aun las sospechas; pues también será razón que los hombres no tengan siquiera las hechas.

MARC. Gran deleite es oírte; por bienaventurado tengo a Iulio tu marido, pues tal mujer le cayó en suerte.

DOR. Por más bienaventurada me puedo yo tener, pues tal marido me dio a mí la mía. Es pues la segunda cosa, y aun el segundo vicio que al hombre daña el naipe; aunque a la verdad más aína sufrirá éste la mujer que no el otro, conviene a saber: que su marido sea amigado. Grave cosa es que un hombre quiera perder en una hora lo que por ventura él no ganó; el jugador poco provecho puede sacar de su juego, porque si gana gana con enojos, y si pierde pierde con desesperaciones. El hombre que es jugador muchas veces trae en peligro no sólo su hacienda, mas su honra, porque el día que no tiene qué jugar ha de hurtar, o ha de trampear. Y lo que es mayor mal, que cien ducados que pierdan jugando los dan por bien perdidos, y un real que en su casa gasten lo dan por mal empleado. Vicio es el jugar que no sólo destruye cuerpo y hacienda, mas también el ánima; desterrados habían de ser de los pueblos los hombres jugadores. Yo te digo, Marcelo, cristianamente hablando, que no hay polilla en la república que más daño haga que los tableros; y ha venido a tanta rotura que veemos jugar en público los que rigen y castigan a los que juegan en secreto. Y lo que peor es, sin vergüenza alguna, pasar tiempo el hombre un día de fiesta jugando; pues por nuestra mala inclinación no lo gastamos como debríamos rezando, no lo repruebo (siendo en poca cuantía), mas pasar días y noches jugando cosa monstruosa es. Pues veemos que la noche todos, hasta los brutos animales, la toman para dormir, solos los hombres para

jugar; y lo que peor es, para renegar, porque jamás vide jugador que no fuese renegador, o blasfemador; con lo uno detesta a los hombres, y con lo otro aíra contra él a Dios. Si no fuese por no serte prolija contarte hía grandes castigos que Dios ha hecho en jugadores, y ten tú aquel castigo por mayor cuando Dios alza la mano de castigar, dejándolos a la corriente de su mala vida, reservando la pena para la otra. Cosa de abominar es que oír una misa rezada se les haga larga, y estar toda la noche y el día jugando no les dé pena. No pueden sufrir que les pidan una limosna, y sin pesadumbre juegan la hacienda de su mujer e hijos.

MARC. No hay duda en lo que, señora Doroctea, dices.

DOR. La tercera cosa que al hombre daña es el comer y banquetear, porque aun el refrán nos lo enseña, que tres cosas matan al hombre. Es tan malo el vicio de la embriaguez que hace del hombre no hombre, porque qué ser de hombre tiene aquél que, privado de su sentido, está caído borracho. El vino siendo conforme a razón y regla bueno es; pero demasiado, cosa aborrecible es. Gran infamia es para un hombre que le digan «un borracho es», porque en decirle borracho no le quieren decir sino privado de toda virtud. Ejemplos te podría decir de muchos que por su borrachez perdieron vida, honra, y hacienda, si no fuese por no darte fastidio.

MARC. Antes recebiré las mercedes más por entero.

DOR. Mas que querría contarte y avisarte de las veras, aunque fuesen palabras ásperas, y recibieses pena en oírlas que no contarte cuentos, mas pues para todo habrá lugar, digo que muchos, y muy muchos, daños causa el triste del vino; dejado aparte la invención del vino[4], y quien fue el primero que lo halló, porque como todos los cristianos sabemos fue Noé, aunque algunos gentiles lo atribuyeron a diversos: unos decían que fue Dionisio, hijo de Júpiter; otros que Ycano, padre de Penélope; otros que en Ytalia lo trujo Saturno, y que por eso lo llamaron Dios; todo lo cual es burlería, porque, como dije, Noé lo halló.

MARC. Si Noé no hallara la viña no hubiera agora borrachos.

DOR. No tienes razón en eso, que entre los licores del mundo todo el mejor es el vino, si es templado, y el más malo siendo de otra manera[5]; y por eso decía Amachersis filósofo que la viña llevaba tres uvas: la primera de placer, la segunda de embriaguez, la tercera de llanto y tristeza. De manera que pasando la primera, que es beber templado y poco, todo lo otro es malo. El primero que inventó aguar el vino fue Filona[6], natural de Candia, porque al principio, como pocos experimentados en aquélla, bebíanlo sin agua; pero muchos quisieran tener agora esa experiencia por hallar, y beberlo puro. El primero que experimentó la embriaguez fue el patriarca Noé, y el postrero en quien se acabará Dios lo sabe. Mas hay gran diferencia que no supo más de beberlo puro, y nosotros lo bebemos no porque no lo sabemos, mas porque no lo queremos aguar. Grandes son por cierto los provechos que del vino, siendo templado, se siguen; de los cuales te contaré algunos. La primero: bebido en poca cantidad aviva y adelgaza el ingenio, y augmenta la fuerza, y esfuerza y alegra el corazón, quita la congoja y cuidado (según Ploro), multiplica las fuerzas y la sangre y la color del rostro, fortifícanse los nervios, ayuda a la vista delos ojos, esfuérzase el estómago para su digestión, despierta el apetito, provoca la orina, atrae el sueño, quita el pasmo, y quita la tristeza, da alegría al corazón; concluyo en las propiedades del vino con san Pablo, que escribiendo a Timotheo, enfermo del estómago, le aconseja que beba un poco de vino templado para esforzar el estómago; esta templanza es mala de comenzar, y por eso san Pablo en otro cabo alaba el no beber vino. Los antiguos romanos totalmente quitaron a los niños y mujeres que no bebiesen vino, y en tiempo de Rómulo, por sólo que una mujer romana bebió vino, su marido la mató, y por ser por aquella causa Rómulo libró al marido. Tan aborrecido tenían los romanos que sus mujeres bebiesen vino que, según escribe Fabio pictor, porque una mujer romana hurtó a su marido la llave de una bodega para beber del vino, su marido y deudos le quitaron la comida hasta que murió. Y por esto se usaba en Roma que todos los deudos de la mujer la saludaban besándola en la boca, porque en el olor se viese si había bebido vino. Fulvio Domicio, siendo juez en Roma, condenó a una mujer en Roma a perdimiento de su dote, porque bebió más vino de lo

que por medicina le había sido mandado. El sapientísimo Salomón vedó a los reyes el vino. A los reyes de Egypto por medida les daban el vino. Rómulo, seyendo una vez convidado, no quiso beber vino diciendo que tenía otro día un arduo negocio. Aristóteles veda el vino a los niños y a las amas que los crían. Licurgo en las leyes que dio a los lacedemones manda quel hombre menor de diez y ocho años no beba vino, y de diez y ocho hasta cuarenta que lo beba muy templado, delante de hombres viejos que lo reprehendan.

MARC. Mal reprehenderá quien lo hace muy peor.

DOR. Decía también que en pasando de cuarenta pudiesen alargarse un poco más.

MARC. Por esa ley se alargan agora más de lo que debían. Mas las mujeres según la ley de Licurgo ¿tenían esa mesma regla?

DOR. No sólo no les era lícito beberlo, mas ni aun olerlo, si posible era. También vedaba el vino a los mozos que estudiaban, y a los esclavos, y a los que eran jueces y tienen cargo de judicaturas. La misma ley contra los esclavos se guardaba en Roma, por ley que no podían beber vino ninguno. Si bien lo notas en los bebedores el mismo vino da pena a sus bebedores[7], porque subiendo sus vapores a la cabeza los priva de sus sentidos, y los torna locos, y bajando y distilando de allí hincha las venas, opila, entorpece los nervios, tapa los espíritus vitales, ensangosta el resuello, y acontece matar, o acarrea mil enfermedades, tal como gota coral, da temblores de pies y manos, gasta y enronquece la voz, estraga la fermosura y gesto. Y aunque no hubiese otra razón por ésta lo debían huir las mujeres, y también porque las hace estériles para parir, quita la color del rostro, acorta la vista, embermejece los ojos, quema y daña el higado, da mal olor a la boca, quema la sangre, causa la gota de pies y manos. Estos son los frutos que se sacan de beber el vino sin templanza. De muchas y notables personas leemos haberse perdido por el vino; los primeros ejemplos desto fueron Noé y Loth, de los cuales Noé de la embriaguez escapó reído, y escarnido de sus mismos hijos, y Loth durmió con sus mismas hijas. Aunque en estos dos no fue tan grande el descuido, como en los otros es la culpa, por no haber hallado el

modo de templar el vino. Solón Solonnino entre las leyes que dio a los atenienses fue una: que al príncipe que se emborrachase lo matasen por ello, dando por razón que no merecía reinar quien así no sabía gobernar. Muchos grandes hombres desdoraron la inmortal fama que tenían alcanzada con la embriaguez: el excelente Alejandro magno fue notado deste vicio, y con él hizo matar a los mayores amigos suyos, por lo cual él se quiso después matar a sí, y después por aquella mesma causa le dieron yerbas con que murió. Marco Antonio Triunvir, una de las tres cabezas del imperio, cuñado del emperador Octaviano César, diose tanto al vino, y por causa dél a placeres con su amiga Cleopatra, que habiendo seído primero excelente capitán fue al fin vencido y muerto por su cuñado el emperador Octaviano César. El emperador Tiberio entre otras maldades suyas fue tan gran bebedor que Suetonio Tranquilo en muchas partes lo llamaba Biuerio. Dionisio el mozo tirano, primero que fue de Cecilia, fue tan dado al vino que vino a cegar, y después de ciego lo mataron sus enemigos. Cleomedes, rey de los esparcianos, de beber mucho vino quedó loco. Arquisilao filósofo murió de una embriaguez. Anacleón poeta tan gran bebedor fue, que al fin hubo de morir ahogado con un hueso de una uva. Bonoso emperador tanto vino bebía que dicen los historiadores que él no nació para vivir sino para beber. Muchos ejemplos te pudiera contar, mas déjolo porque no se nos vaya el tiempo en contar cosas, que más parezca que contamos consejas que no que decimos lo que cumple. Y pues que hasta agora habemos estado en pie siéntate, señor Marcelo, en esa silla porque podamos mejor hablar.

MARC. Soy contento, señora Doroctea, que plática tan provechosa, y de tan sabia persona, especialmente tan gran amiga, ninguna persona no debe no sólo dejarla de oír mas aun procurarla de obrar.

DOR. Plega a Dios, señor Marcelo, que con el ánimo que yo lo digo lo tomes tú; que por cierto yo no querría sino tu provecho, tu paz, tu sosiego por lo que a ti toca, y a mi entrañable amiga Eulalia. Volviendo pues al propósito, diez propriedades ha de tener el hombre para que sea buen casado, las cuales son éstas: la primera reposado en el hablar, la segunda manso en la conversación, la

tercera que sea fiel en lo que se le confiare, la cuarta que sea prudente en lo que aconsejare, lo quinto cuidadoso en proveer su casa, lo sexto diligente en curar su hacienda, lo séptimo sufrido en las importunidades de la mujer, lo octavo celoso en la crianza de sus hijos, lo nono recatado en las cosas de la honra, lo décimo muy cierto con todos los que tratare. Estas diez cosa debe tener un marido para ser buen marido, y un casado para ser buen casado.

MARC. Por cierto yo quisiera mucho saber cada cosa desas por sí, y recebiría en que me lo declarases gran merced.

DOR. Soy contenta. Lo primero que el hombre ha de tener ha de ser reposado en el hablar, y no muy apresurado; porque todo hombre que apresuradamente habla, apresuradamente yerra; jamás yerra quien calla, y muchas veces yerra quien mucho habla. A los filósofos en el academia no les mostraban a hablar hasta que primero deprendían a callar. No es menester esto que nos lo muestren autoridades profanas, pues la sagrada escritura nos lo enseña; Salomón dice[8] que el mucho hablar no puede ser sin pecado, y que aquél que refrena su lengua es prudentísimo, y en otro proverbio dice: el que guarda la lengua y boca, guarda su ánima, y el que habla sin consideración acaecerle han, y pasará muchos males; y el mismo Dios dice: «De cualquier palabra ociosa daréis cuenta en el día del juicio». Pitágoras lo primero[9] que mostraba a sus discípulos era callar, y ansí los tenía ciertos años que no hablaban, porque aprendiesen a callar, y a no hablar sino a su tiempo. Preguntado Aristóteles qué cosa le parecía a él de gran dificultad, respondió él que el callar. Y por esto santo Ambrosio entre los principales fundamentos de las virtudes pone el callar. El filósofo Sóc[r]ates[10] dice que dos tiempos hay de hablar, el uno es cuando habla hombre en lo que sabe y entiende, y el otro cuando es necesario que hable. Xenón filósofo dice que la causa porque naturaleza nos dio dos oídos y una boca fue porque debemos de oír más que no hablar. Digo en fin que el hombre callado pocas veces importuna, y el muy hablador no hay lengua que lo sufra. Mucho podría decir en cada cosa destas, mas no quiero tocar más de una palabra en cada una, porque temo nos faltará el tiempo; y aun porque en muchos lugares así latinos como castellanos

lo fallarás escrito, si lo quieres leer. La segunda cosa que el hombre casado ha de tener es que sea manso en la conversación, y no bravo, pues veemos que los animales bravos y ponzoñosos los aborrecemos, como es el león, el toro, la culebra, la serpiente y la víbora, y al animal manso no sólo le damos lugar en nuestra casa, más aun los criamos para servirnos dellos, como son perros, gatos, caballos, palomas, pajaritos, y otras animalias y aves. El marido no debe ser bravo con su mujer, ni desabrido[11], porque jamás tendrán paz entre los dos si la mujer no deprende a callar, y el marido no sabe sufrir, osaré decir, y con verdad afirmar y si necesario es jurar, que más parece casa de locos la casa a donde al marido falta la prudencia y a la mujer la paciencia, que de hombres cuerdos, porque no hay duda sino que se han de apartar con tiempo o cadaldía han de andar al pelo. Nosotras las mujeres naturalmente somos flacas de complisión y tiernas de condición, y para eso es el hombre, para que sepa tolerar sus faltas y encubrir nuestras flaquezas; de manera que nos han de llevar una vez mordiendo, y ciento lamiendo. Si se tiene compasión al hombre que tiene su mujer brava más se ha de tener a la mujer que le cupo marido recio, porque hay algunos tan bravos y mal sufridos, que a las pobres de sus mugeres no les basta cordura para servirlos, ni paciencia para sufrirlos. El hombre enojado puede salir de su casa a desenojar, mas la mujer ni tiene con quien se desenojar, ni aun con quien se consolar. Dos mil causas hay por donde no pueden faltar enojos entre marido y mujer: ora por las esclavas, ora por los esclavos, ora por los hijos, ora por los criados, o por otras mil causas. Entonces digo que ha menester el hombre su cordura para cuando está su mujer airada, es a saber, o echárselo todo a burla, o no le responder palabra. La tercera cosa es que el hombre sea fiel en lo que se le confiare, conviene a saber, que ningún secreto que le fuere descubierto[12] no le descubra en ninguna manera, ni aun cosa que se le encomendare no la niegue. La cosa más estimada entre los antiguos era el secreto; una de las más ciertas señales del hombre sabio y cuerdo es que guarde el secreto que otro le encomienda, y en los suyos proprios sea muy secreto. Que el secreto sea cosa loable el mismo Dios nos lo enseña, pues muchas cosas guardó para su providencia divina, porque claro está que sabemos lo que hoy es, mas no lo que mañana será, ni en los tiempos

pasados se pudo saber lo que agora es; así que el mismo Dios ama el secreto. Y por esto los sabios usaron el secreto muy mucho; de tres cosas se arrepentía el buen Catón Censorino, la primera de haber descubierto secreto, especialmente a mujer, lo segundo de haber andado por mar lo que pudiera andar por tierra, y lo tercero de haberse pasado algún día sin hacer alguna obra buena. Por cosa muy dificultosa tenían algunos el secreto, tanto que no se querían confiar dél; del poeta Filipides se cuenta que, siendo muy acepto al rey Lisimacho, el rey le hizo un día un gran ofrecimiento, diciendo que pidiese de su casa y reino lo que quisiese, que él se la otorgaría, el poeta Felipides le respondió: «Oh rey Lisimacho, de grado aceptaré cualquier beneficio que tú me hagas, con tal que no me descubras ningún secreto de tu corazón». Notable ejemplo es el que Antonio Sabelico cuenta del senado veneciano, el cual como tuviese sentenciado a un capitán suyo a degollar, y el negocio se dilatase por ocho meses, fue tanto el secreto de todos los senadores, que nunca el otro lo supo hasta que la sentencia fue ejecutada, habiendo como había allí tanto número de senadores, y estando y comiendo y bebiendo con él cada día. Fulvino Romano dijo a su mujer un gran secreto que el emperador Octaviano Augusto le había dicho, la cual lo descubrió; sabido por el emperador, trató muy mal a Fulvino, el cual de desesperado se determinó de matar, y díjolo a su mujer. «Tienes razón», dijo ella, «pues a cabo de tantos años no conocías mi liviandad, o si la conocías te fiaste della, pero aunque la culpa fue tuya, yo quiero llevar la pena primero», y ansí se mató, y lo mismo hizo el marido luego. El cruel emperador Nerón, estando una vez conjurado de lo matar (cosa bien necesaria al mundo), por el mal secreto del que lo había de hacer, no sólo él no murió, mas hizo tales cosas en Roma que mereció nombre de crudelísimo. Anaxágoras filósofo, como tuviese una vez él y otros concertado de matar a un tirano, y por barruntos él lo supiese, puso al filósofo a tormentos muy crudelísimos, el cual, visto que su gravedad de los tormentos era insufrible, se cortó la lengua con los dientes por no descubrir. Lo mismo se cuenta de una mujer de Athenas, por no descubrir cierta conjuración en la cual entraba su marido, llamado Plocho. Pozio blanco tuvo dos esclavos de tanta bondad, que queriéndolo matar sus enemigos, y sabiendo ellos donde

estaba escondido, jamás por tormento lo quisieron descubrir. Lo mismo se dice de Catón Censorino, que como hubiese hecho cierto delito en presencia de un esclavo suyo, por tormentos que en el senado le dieron, jamás lo descubrió. El magno Alexandro, estando leyendo una carta que le había venido de grande importancia de su tierra, de la reina su madre, un privado suyo llegose a leerla con él, y él jamás se lo estorbó, mas después de leída, sacando un anillo dela mano, se lo puso en la boca, y era el anillo con que solía sellar sus cartas, dándole a entender que, pues había leído, que guardase el secreto. Al fin, para remate de la excelencia del secreto, fue el extraño fecho del muchacho Papiro, que ya creo que lo habrás oído por estar todas las historias romanas llenas dello.

MARC. No he oído; antes recebiré gran merced me lo cuentes tú.

DOR. Soy contenta. Era costumbre en Roma que los senadores que quisiesen pudiesen meter a sus hijos en el senado seyendo pequeños, para que después, de grandes, supiesen los negocios del senado como se habían de hacer, y esto era en el tiempo que se ponían la[s] toga prelextil, que era vestidura de los hijos de los nobles, y ésta traían hasta que habían diez y siete años. Tenían los romanos tan bien castigados y bien disciplinados a sus hijos que ansí guardaban el secreto de lo que en el senado pasaba como ellos propios, y aun mejor. Entre los otros mozos que en el senado entraban fue uno un Papiro, hijo de un ilustre romano de muy ilustre familia, aconteció, pues, que un día se trató en el senado cierta cosa de gran importancia, y porque aquel día no se pudo acabar de determinar, fue mandado que se tuviese silencio y secreto en ello. La madre de aquel Papiro como viese que aquel día se tardasen en el senado más de lo acostumbrado, tomando al niño aparte (que apenas tenía diez años), le preguntó qué se había tratado aquel día en el senado que tanto habían tardado, el mozo le dijo que no se lo preguntase porque era precepto de silencio; puesta la madre en esto, tuvo mucha más cudicia de lo saber, y unas veces con halagos, otras veces con amenazas, otras con obras, lo quiso saber del niño. El niño Papiro viéndose tan molestado de su madre, determinó de burlarla, y ansí le dijo: «Señora lo que hoy se trató en el senado, cuya resolución queda para mañana,

es que ha parecido a los senadores que es bien que la gente se multiplique por causa de las guerras, y querrían ordenar que cada hombre tomase dos mujeres, otros decían que sería mejor que cada mujer tomase dos maridos, y con esto no se acabó de determinar, queda la resolución para mañana». La buena matrona romana creyólo, y luego aquella tarde y aquella noche avisó a todas las más de las ilustres romanas de todo lo que pasaba, avisándolas que cada una procurase por su parte que tal cosa no pasase; y aun también es de notar lo que todas hicieron, porque sobre ser más de diez mil romanas las que unas a otras se habían avisado, ninguna descubrió cosa alguna, porque no les estorbasen lo que querían hacer; venido pues el siguiente día, viérades gran número de señoras romanas a la puerta del senado, procurando con grandes voces que no se hiciese tan injusta ley, como en que un hombre casase con dos mujeres, y que ya que hobiese de ser, fuese lo contrario, pues sabían que más apta era una mujer para dos hombres, que no un hombre para dos mujeres. Los senadores, espantados de tan gran novedad y aun liviandad como sus mujeres traían y aun pedían (no sabiendo el principio dello), se preguntaban unos a otros qué era. El muchacho Papiro los sacó de aquel deseo contándoles lo que pasaba, lo cual fue muy reído en el senado, y fue luego ordenado que ningún muchacho entrase en el senado si no era Papiro porque no descubriese el secreto, y no sólo esto, le dieron más, le hicieron estatua, y dende niño le dieron grandes oficios, mirando más a su cordura que a su edad; y las señoras romanas, sabida la burla, se tornaron a sus casas corridas y afrentadas y aun avergonzadas.

MARC. ¡Extraño hecho de niño fue ese por mi vida!, y grande ejemplo para los hombres de agora.

DOR. La cuarta cosa que un hombre ha de tener es que sea prudente en lo que aconsejare[13]. Oficio es el aconsejar que lo facen muchos, y lo saben hacer pocos; cosa de reír es que tan en breve se pone uno a dar un consejo, como si lo tuviera de toda su vida bien estudiado. En el que demanda el consejo ha de haber diligencia y no pereza, y en el que lo ha de haber prudencia para darlo, y poca diligencia para pronunciarlo, y mucho estudio para estudiarlo. El buen

Platón más estudio, decía, que había menester para aconsejar a su amigo, que no para leer a los filósofos en el academia. El que ha de dar consejos ha de ser hombre cuerdo por el buen juicio que tiene, hombre sabio por lo mucho que ha leído, hombre anciano por lo mucho que ha visto, y hombre sufrido por lo que por él ha pasado. Hale de dar hombre sin pasión, porque no le ciegue la malicia; hase de dar sin interese, porque no le impida cudicia; y hale de dar hombre vergonzoso, porque no aconseje cosa desvergonzada. Habiendo de tener estas cosas el que aconseja, paréceme a mí que menos mal sería darle parte de la hacienda, que no un consejo; y por esto bien osaré decir que es oficio tan común, que lo usan muy muchos y lo saben hacer muy pocos: cosa de reír, y aun de rabiar y de burlar, es que venga un hombre a pedir un consejo a otro, en que le va la vida, la honra y la hacienda, en dárselo de una manera o de otra, y sin quitarse de allí, ni aun mudarse de un lugar, tan sin asco le da el consejo como si le prestase un real. Cosa prohibida es hasta en los legistas dar consejo sin verla, y tratándolas y leyéndolas cada día; pues más grave es que un hombre aconseje una cosa que jamás vio ni oyó.

MARC. No se usa otra cosa sino dar consejos a maravedí.

DOR. No lo debría hacer, especial el hombre que presume de bueno.

MARC. Yo me guardaré deso de hoy más.

DOR. Cierto harás Marcelo tu provecho. Mas pasemos adelante. La cuarta cosa que un hombre de bien ha de tener, y aun debe de hacer el casado, es ser cuidadoso en proveer su casa[14], conviene saber: vestir a su mujer, criar a sus hijos, y pagar a sus criados, porque en las cosas voluntarias puédense los hombres descuidar; mas en las necesarias no se deben descuidar, ni olvidar. El oficio del varón es ganar la hacienda, y el dela mujer allegarla y guardarla. El oficio del marido es andar fuera a buscar la vida, y el de la mujer guardar la casa. El oficio del marido es buscar dineros, y el dela mujer no malgastarlos, porque tener mujer desperdiciada y gastadora, es tener una tinaja sin suelo. El oficio del marido es tratar con todos, y el de la mujer hablar con pocos. El oficio del marido es

ser dado y amigable a todos, y el dela mujer ser zahareña con todos. El oficio del marido es saber bien hablar, y el de la mujer preciarse de callar. Y el oficio del marido es celar la honra, y el de la mujer preciarse de muy honrada. El oficio del marido es ser dadivoso, y el dela mujer ser guardadora. El oficio del marido vestirse como puede, y el dela mujer como debe. El oficio del marido es ser señor de todo, y el dela mujer dar cuenta de todo. El oficio del marido es despachar todo lo de la puerta a fuera, y el de la mujer dar recaudo a todo lo de dentro de casa. Finalmente digo que el oficio del marido es granjear la hacienda, y el de la mujer es gobernar la familia. La casa del casado donde esto se hace llamarémosla bien afortunada, y la casa donde no se hace no puede estar sino mal afortunada; que la mujer pida al marido cosas superfluas y costosas, no se las debe dar, mas si pide cosas necesarias no se las debe negar, porque tan gran necedad sería negarle lo uno, como darle lo otro. Ha de pensar el marido que muchas veces provee la mujer su casa sobre prendas de la honra. El marido que no da a su mujer cuando es razón, y conviene, para la saya, para la toca, para el chapín, para la servilla, para vestir a sus hijos, ni para pagar los criados, ni para comer la familia, y lo vee todo mejorado, antes ha de pensar que lo ganó trotando, o malbaratando la hacienda, que no hilando. Algunas mujeres hay que son malas no porque lo querrían ser, sino que por falta de sus maridos, a trueque de su castidad, suplen su extrema necesidad. Para mantener la casa poco aprovecha lo que la mujer labra ni hila, sino que también es menester que el marido afane, sude, y trabaje; donde no, crea que o se ha de padecer gran necesidad, o que la cosa se proveerá a costa de la honra del marido, y de la persona de la mujer. Por ninguna cosa debe la mujer hacer cosa que sea deshonra suya, y de su marido y de sus parientes, mas muchas veces los maridos causan la disolución de las mujeres: ¿con qué razón podrá reñir y apalear el marido a la mujer, que jamás le vido ella echar mano a la bolsa para traer de comer? El marido que conforme a su estado mantiene su familia, y sustenta su casa, justamente puede reñir a la mujer los descuidos; mas el que no, con razón callará lo que dijere, sufrirá lo que oyere y sospechare, y aun alguna vez acertará lo que sospechare.

MARC. Muchas veces acontece eso, especialmente en algunos que van a las Indias, y dejan las mujeres mozas y hermosas solas.

DOR. Dices la verdad, que como te diré adelante gran cosa es el aparejo. Mas pasando adelante, la sexta cosa que el marido ha de hacer es que sea enemigo de malas compañías, mayormente de llevarlas a su casa, porque el hombre casado es bien que sea amigo de buena compañía[15]. Muchos y muchos hay que son mal casados, no por las faltas que en sus mujeres veen, sino por lo que muchas personas levantan. Si el marido es bobo pasará, mas si es discreto por afrenta ha de tomar que ningún hombre diga mal de su mujer, pues él la tiene en casa, y en la mesa cada día, y en la cama cada noche, y el otro por ventura no la vee una vez en la semana. Si la mujer es una loca, parlera, derramada, andariega, liviana, absoluta y disoluta, el marido de razón es el que primero lo ha de ver y saber, y el que lo ha de remediar, y si no al tal muy bien le está cualquier daño, pues él lo quiere sufrir; una de las grandes ofensas que a Dios nuestro señor se pueden hacer es cizañar al marido con la mujer, o a la mujer con el marido, porque si algún descuido viéremos en él, o alguna flaqueza viéremos en ella, como cada día acontece, tenemos licencia para avisarlos, mas no la tenemos para cizañarlos. Muy culpados son los maridos que de ligero dan crédito a los parientes, a los amigos, a los vecinos y a los criados; los cuales, si algún mal les dicen de la mujer, no es tanto por su honra dél, como por el mal que a ella quieren. Es dañoso el marido tratar con malos hombres, por la infamia que de su compañía se les puede seguir, y de su conversación allegar, porque hay algunos tan sagaces, y tan malos, que procuran tomar amistad con el marido, no por otra cosa sino por tener la entrada segura con su mujer. Bien se sufre que el amigo, el conocido, y el pariente del marido, conozcan a la mujer, mas no es bien que tengan con ella amistad, porque la amistad para en familiaridad, y aun en conversación, y esto en todos estados y maneras de gentes. No es mi parecer que ninguno con verdad ose ni pueda decir: «Yo entro en casa de fulano, y con su mujer como, burlo, parlo, y paso tiempo, porque es mucho mi señora amiga y devota». Reniego y blasfemo yo del amigo que no tiene otro pasatiempo, sino con la mujer

del amigo. Lo que se puede y sufre decir es: «Fulano es mi amigo, y a su mujer pocas veces la he visto, porque veo que dice el refrán que la mujer y el espada puede ser mostrada mas no confiada». Si al marido se le sigue alguna infamia por llevar al amigo a su casa, débese de quejar de sí porque lo llevó, y no de su mujer porque tropezó. Entre los egipcios era ley que la mujer no pudiese tener otro amigo, sino a los del marido, y aquéllos no podían ver a la mujer, sino una vez en la vida. El marido debe honrar a los parientes de su mujer, y la mujer a los del marido, porque de la mujer se debe servir y de los parientes honrar. No deben los parientes ir a visitar a la parienta muchas veces, mas cuando fuere, lícito es que el marido los honre y muy bien los hable. Algunas veces las mujeres emprenden amistades excusadas, aunque no son provechosas, y entonces con buenas palabras lo debe el marido estorbar, que la mujer a nadie ha de tener por enemigo, y a solo su marido ha de tener por amigo.

MARC. No se usa ya otra cosa en el mundo.

DOR. Tienes razón. Y desto era tanta la malicia humana que ya se imprimían libros no sólo de cómo el amigo engañaría al amigo, mas también cómo una ramera había de engañar a todo el mundo; cosa detestada, sino fuera remediado por señores de la Santa Inquisición, como celosos de la honra de Dios Nuestro Señor, y de la buena reformación de los cristianos, y como verdaderos padres que son, pues por ser padres de las ánimas gozan deste nombre. Mas pasemos adelante.

MARC. Sea así.

DOR. Lo séptimo ha de ser el marido sufrido en las importunidades de la mujer[16], unas veces disimulando, y en las cosas de poca calidad condescendiendo; porque si a todas las cosas de que una mujer tiene queja y forma querella, el marido ha de responder y satisfacer, tenga creído que ha menester las fuerzas de Sansón y la sabiduría de Salomón. Una cosa deben los maridos pensar en este caso: que la mujer o es cuerda, o es loca; si la mujer te cupo en suerte loca, poco le aprovecha responderle, ni aun reprehenderla; si te cupo muy cuerda, abasta una

palabra que le digas, porque regla cierta es que si la mujer no se corrige por una palabra que le digan, no se corregirá con cuantos palos le puedan dar. El hombre cuerdo más ha de usar con su mujer de sagacidad que de crueldad, porque es de tal calidad la mujer que al cabo de treinta años que están casados, cada día hallará el marido reveses en la condición, y mudanzas en la conversación.

MARC. No sé yo qué será adelante, mas hasta agora no digo reveses mas tajos y estocadas, y todo, tiene mi mujer.

DOR. Bien será, placiendo a Dios, haciendo lo que debes, porque entonces ella hará lo que vee.

MARC. Prosigue las otras tres condiciones que ha de tener el hombre, que yo todas las quiero obrar.

DOR. Plega a Dios que tú lo hagas con el deseo que yo te lo digo. Es pues la octava cosa que sea el hombre celoso en la crianza de sus hijos.

MARC. Esa poco es menester agora, porque hasta agora ninguno tengo.

DOR. Plega a Dios que te vea yo en tiempo que con ellos te alegres, que entonces yo te prometo de avisarte muy largo de todo lo que para su costumbre y crianza debes hacer.

MARC. Haga Dios lo que fuere servido.

DOR. La nona cosa es que el marido sea recatado en las cosas dela honra, y no muy celoso con su mujer[17]. A dos géneros de gentes veemos ser muy celosos, conviene a saber: a los que son mal acondicionados, o a los que siendo mozos fueron muy traviesos. Tienen por imaginación los hombres (que cuando mozos fueron traviesos) que lo que las mujeres de los otros hicieron con ellos, han de hacer las suyas con los otros; lo cual es grande vanidad pensarlo, y no pequeña locura decirlo, porque si hay mujeres disolutas también hay otras muchas muy honestas, muy buenas, y muy recatadas. Decir que todas las mujeres son buenas parece afición, mas decir que todas son malas es falta de seso y de razón;

basta decir que entre los hombres no falta de reprehender, y entre las mujeres tampoco faltan algunas cosas que loar. No tengo yo por malo que a una mujer, si es algo liviana, la pongan en razón, y la quiten la ocasión, mas tengo por malo que la pongan en tanto estrecho, y le den tan mala vida, que la traigan a desesperar. No niego yo que no hay mujeres en esta vida tan malas de regir, y aun de enmendar, que más parece que nacieron para deshonra de su marido y de sus deudos, que para otra cosa. Por otra parte veemos que hay otras mujeres de tan limpia condición y tan casta, e inclinación, que parece que nacieron en el mundo para honra de sus maridos y de sus deudos, y para espejo de todas las mujeres. De cuando en cuando no es malo a la mujer cerrarle la puerta, y quitarle la ventana, y vedarle alguna salida, y aun apartarle de alguna sospechosa compañía, mas esto ha de hacer el marido de tal manera que piense la mujer que fía más della que no de la guarda que la pone, dando algunas justas excusas para lo que hace. Alabo y tengo por bueno ser los hombres con sus mujeres cautelosos, mas desalabo y repruebo ser celosos, porque ninguna cosa procura tanto una mujer como la que le es vedada; cuando el marido tiene de la mujer sospecha, débese aprovechar de cautelas no mostrándolo en palabras, porque si la mujer una vez se vee del marido afrentada, no procura otra cosa sino cómo afrentar al marido en aquello que le impuso, y esto no tanto por el apetito que tenía, como por verse vengada. Las fuerzas de Sansón, la ciencia de Homero, la sabiduría de Salomón, la prudencia de Augusto, las cautelas de Pirro, la paciencia de Job, ni la sagacidad de Aníbal, no bastan a forzar a una mujer, si quiere ser mala, a que por fuerza sea buena. Los descuidos y flaquezas que viere un marido en su mujer, no es lícito pregonarlas, ni aun luego castigarlas, sino que dellas debe reñir, dellas corregir, otras avisar, y otras castigar, dellas atajar, y las más dellas disimular. Dos cosas son las que una mujer no puede con ninguna paciencia sufrir: que la tengan por mala de su cuerpo, ni por fea de su cara. Es la conclusión desto que cuando el marido supiere que su mujer no hace plaza de su persona, ni anda por las calles su fama, que no la trate como celoso, ni la hable como malicioso, porque gran obligación tiene la mujer cuerda a ser buena, cuando el marido hace della gran confianza.

MARC. Pocos celos pido yo a Eulalia mi mujer, porque soy poco celoso.

DOR. Bien parece que eres poco celoso, pues que en toda la noche apenas vienes a casa. Mas prosiguiendo nuestro cuento la décima, y primera y más principal, cosa que el marido ha de tener y ha de hacer es amar a su mujer, porque todas las cosas fundadas con amor, aunque muy ásperas, al fin se acaban, y con poco trabajo. Nuestro Dios, con el amor que por su infinita bondad tuvo al linaje humano, no sólo se vistió de nuestra humana carne, mas aun con aquel amor sufrió muerte y pasión por nosotros. Créeme que si amor falta en el matrimonio todos los bienes faltan. Mucho se debe el marido evitar de trabar enojos con su mujer[18], y mucho más los debe de evitar cuando son recién casados, porque si a los principios la mujer comienza aborrecer al marido tarde o nunca le tornará a amar; a los principios de su casamiento debe el sagaz marido alegrar, regalar, y enamorar, a su muger porque si después vienen a reñir o a gruñir será por enojo nuevo que pasa presto, y no por enojo antiguo. Son muy grandes enemigos el amor y desamor, y el que primero toma posada, ése queda aposentado toda la vida, porque los primeros amores puédense de la persona apartar, mas no del corazón olvidar. Muchos maridos hay que se alaban que son servidos y temidos de sus mujeres, y engáñanse, que más valdría que fuesen amados, porque la mujer que está aborrida teme y sirve a su marido, mas la que está contenta ámale y regálale. Mucho debemos las mujeres trabajar por estar en gracia de nuestros maridos, y mucho más deben nuestros maridos por no caer en nuestra desgracia, porque si una mujer se determina a poner los ojos en otro, otro la gozará, aunque pese a su marido. Para tan larga jornada y tan trabajosa cosa como la del matrimonio, no se ha de contentar el marido con haber a su mujer la virginidad, mas también procurar de robarle la voluntad, porque poco aprovecha vivir casados, si no está de por medio el vivir contentos. El marido que no es bien quisto de su mujer tiene en peligro la vida, en condición su hacienda, en sospecha su honra, y en perdición su casa; porque piadosamente podemos creer que no deseará larga la vida al marido la mujer que con él la pasa tan mala, ni mirará por la hacienda y casa la que tiene puesta la afeción y corazón en otros.

MARC. Esa es la cosa más cierta del mundo, que donde no hay amor no falta arrepentimiento, y aun dolor. Yo por Dios, que si mi mujer mudase la condición, yo la amaría mucho.

DOR. Múdala tú, que yo sé que ella también la mudará. Mas allende destas diez cosas otra deben hacer ansí los maridos como las mujeres, y es: de cosa que entre ellos pasare no dar cuenta a nadie, mas ya que sea cosa que se debe quejar, como de un descuido (habiéndolo corregido muchas veces y no viéndolo emendado), débese quejar no a sus parientes, sino a los de su mujer, y la mujer por el contrario. Mas mucho mejor es no quejarse, sino con amorosas palabras reprehenderse; quejarnos a nuestros vecinos no es otra cosa sino dar ocasión a que si nos quieren mal tomen placer[19], y si nos quien bien tengan que decir. Hay hombres tan mal mirados, y mujeres tan mal sufridas que ni ellos saben reñir sino voceando como locos, ni ellas responder sino gritando como desatinadas, de forma que el oficio de los vecinos es apaciguarlos entre semana, y oír sus quejas cada día. Quéjase el marido diciendo que su mujer es brava, que no hay demonio que con ella pueda; quéjase que es celosa y sospechosa, que no puede con ella hacer vida, quéjase que es impaciente, deslenguada, y a cada paso lo deshonra; quéjanse también los maridos que su mujer es flaca y enferma, y que gasta cuanto tiene en curarla, quéjase que es perezosa, dormilona, desaliñada, comadrera y mal casada, y que si una vez toma la puerta hasta ver las estrellas no torna a casa; y otras dos mil quejas. Por otra parte como la mujer no tenga manos para se vengar, sino lengua para hablar, quéjase de su marido que es triste, cetrino, malencónico, mal acondicionado, que no caben con él los vecinos, ni le pueden sufrir los de casa, que es bravo, mal sufrido, que a las mozas apalea y a ella destoca; quéjase que la llama fea, y otras injurias que en contarlas le faltan lágrimas del corazón, quéjase que no la deja ir a ver a sus padres, ni aun a misa; quéjase que es celoso, sospechoso, que no la deja parar a la puerta ni a la ventana, ni vestir una saya, ni poner una toca, sino que la hace estar guardada como una doncella; quéjase que no le agradece servicio que le haga, ni le cree cosa que le dice, porque si está enojado a todos desmien-

te, y cuanto tiene en las manos arroja, quéjase que no deja mujer casada, ni viuda, ni soltera, ni moza, a quien no sirva y a quien no siga; quéjase que es un tablajero, jugador, borracho; y cuantas otras quejas vos quisierdes pensar. Dar cuenta destas cosas a quien no las puede remediar, ni aun las conviene saber, parece que en el hombre es poquedad y en la mujer liviandad. Cosa brava es que no quiera un hombre mostrar lo que tiene en sus arcas, y que diga lo que tiene en sus entrañas. En mostrar el amigo a un amigo el dinero, el oro, la plata, y las joyas no hay inconveniente ninguno, mas en mostrar lo que tiene el corazón de amor o desamor hay gran inconveniente; aquello es menester estar cerrado, pues está en el corazón que en lo otro no hay necesidad. Al que nos ama de corazón, a él sólo habemos de manifestar las penas del corazón, en las pasiones e infortunios que se ofrecen no debemos manifestarles sino a quien ayude a remediarlas, o a lo menos a llorarlas, porque las lágrimas del amigo mucho ayudan a pasar el trabajo. Pues si esto es verdad, como es verdad, ¿para qué el marido se queja de la mujer, ni la mujer del marido, a quien no los ha de remediar, antes los ha de burlar y mofar? Si alguna locura hiciere el marido, y alguna liviandad viere en la mujer, gran locura y poca cordura es decirlo a los que no lo saben, más vale al fin que lo sospechen los otros, que no que lo sepan de la boca dellos. Quiero en fin concluir con dos o tres ejemplos antiguos de hombres que mucho amaron a sus mujeres[20]. El primero fue nuestro padre Adán, el cual siendo puesto en el Paraíso Terrenal, y siéndole por Dios vedado, y aun so pena de muerte prohibido, que no comiese de un solo árbol, fue tanto lo que quiso a su mujer Eva, y tanto su atrevimiento, que por complacerla se atrevió a comerla, y ponerse a riesgo de morir. De Dario escribe Quinto Curcio, que siendo vencido por Alexandre magno y despojado de su reino, a todo mostró grande ánimo, sino cuando supo que su mujer era captiva, que entonces comenzó a llorar, como por cosa que quería más que su vida y estado. El buen casado Tiberio Graco, cuenta Valerio Máximo, que fue tanto lo que amó a su mujer que hallando un día en la cama donde dormían dos culebras, fue a preguntar al aurípice qué cosa era, porque entonces miraban mucho en agüeros, y fue respondido por el auréspice que si mataban el macho

primero que moriría él primero que su mujer, y que si mataban la hembra que su mujer moriría primero; oído esto por él, eligió antes su muerte que la de su mujer y así mató al macho, y después aconteció así, que él murió primero y ella quedó viva; mas ella fue después tan casta que bien conoció ser mujer de tan excelente marido. De unos pobres hombres, cuenta Baptista Fulgoso, que andándose por la ribera cogendo almejas para vender para llevar su pobreza, la mujer fue presa por unos cosarios del rey de Túnez; viendo el marido la prisión de la mujer se echó a nado, llamando a los cosarios que lo llevasen tambien que más quería ser captivo con su mujer, que libre sin ella; los cosarios los tomaron espantados dello, e hicieron mucha honra a los pobres hombres; y llegados a Túnez, no sólo los llevaron al rey mas le contaron lo que pasaba, el cual movido de piedad, de ver lo mucho que se amaban, no sólo les dio la libertad mas muy ricos los envió a su tierra. Esto te he querido contar, señor Marcelo, porque tomes ejemplo en estos y ames a tu mujer, pues tú la escogiste, y Dios te la dio, que viváis en paz como Dios manda.

MARC. Mucho he holgado por Dios, señora Doroctea, con la tu ilustre plática, y mucho me ha vuelto la voluntad para ser otro de lo que solía ser, y cuasi puedo decir que por ti soy tornado hombre. Lo que te suplico es que visites a tu amiga Eulalia, y la encamines en lo que debe hacer, que de mi parte yo te prometo que no haya descuido.

DOR. Pierde el cuidado de eso, y Dios te guíe.

MARC. El quede contigo. Amén.

Fin del tercero coloquio



NOTAS DEL COLOQUIO TERCERO

1 (*Epístolas*, II, 35, págs. 376-377).

2 (*Epístolas*, II, 41, pág. 436).

3 (*Epístolas*, I, 63, págs. 440-441).

4 (*Silva* III, XVI, págs. 83-84).

5 (*Silva* III, XVI, pág. 83).

6 (*Silva* III, XVI, págs. 84-87).

7 Luján selecciona algunas cosas de las contenidas en la *Silva* III, XVII, págs. 92-93.

8 (*Silva* I, V, pág. 39).

9 (*Silva* I, IV, pág. 38).

10 (*Silva* I, V, pág. 42). Luján prescinde de las opiniones de otros autores que aduce Mexía (Plinio, Suetonio, Cicerón, etc.).

11 (*Epístolas*, I, 55, págs. 376-377).

12 (*Silva* I, IV, págs. 31-35).

13 (*Epístolas*, I, 42, págs. 268-269).

14 (*Epístolas*, I, 55, págs. 384-385).

15 (*Epístolas*, I, 55, págs. 386-388).

16 (*Epístolas*, I, 55, pág. 377).

17 (*Epístolas*, I, 55, págs. 379-381).

18 (*Epístola*, I, 55, págs. 377-378).

19 (*Epístolas*, I, 55, págs. 381-383).

20 (*Silva* II, XV, páginas 348-351).


UARTO

ARGUMENTO DEL CUARTO COLOQUIO

Coloquio cuarto, en el cual siguiéndose los pasados, y habiendo Marcelo ido con voluntad de obrar todo lo que Doroctea le había aconsejado, y habiéndolo puesto por obra, y estando ya muy conformes él y su mujer Eulalia, Eulalia va a visitar a su amiga Doroctea, y dale las gracias dela paz que mediante ella Dios nuestro señor había sido servido de poner entre ella y su marido. Y diciéndole como estaba preñada, dícele Doroctea cómo se debe haber la mujer preñada en su preñez, y estando hablando en esto entra Marcelo, marido de Eulalia, y queriendo saber en lo que hablaban, dícele cómo se ha de haber el marido con su mujer cuando está preñada, y en su parto, en el criar de la criatura, en dalle los maestros y amas, y en doctrinarlos. Trátanse materias sabrosas de leer, y provechosas para obrar. Van muchos acontecimientos acaecidos así de Sagrada Escritura como humana.

Son interlocutores:

EULALIA, mujer de Marcelo

DOROCTEA

MARCELO, marido de Eulalia

DOR. Paz, amor, y perpetua concordia sea siempre contigo, señora Eulalia.

EUL. La misma paz, amor, y concordia te dé Dios a ti, señora Doroctea, que bien creo que donde quiera que tú entrares, o pusieres las manos, con tus saludables consejos no puede faltar.

DOR. Mucho huelgo por cierto de verte vestida de tan alegre y hermosa vestidura, como es esa púrpura.

EUL. La alegría del corazón no puede dejar de mostrarla el cuerpo de fuera.

DOR. En grande grado huelgo deso que me dices, hermana Eulalia, pues mis consejos bastaron para poner paz entre vosotros. Digo que me gozo, lo uno por haber aprovechado a mis amigos, y lo otro por haber hecho servicio a Dios, en haber, mediante mis amonestaciones, en algo os conformado.

EUL. ¿Cómo en algo? Antes está todo al revés de lo que solía, porque mi marido, que antes era dado a mujeres, y antes me aborrecía, y no me amaba, agora ha aborrecido a todas para amarme a mí sola, digo las malas mujeres.

DOR. ¡Oh dichoso suceso!

EUL. Él, que antes era jugador, ya es tornado enemigo de jugadores, que no sólo no vellos mas ni oírlos mentar no querría; él, que antes era amigo de alcahuetas, agora es enemigo de ellas que ni aun solamente de oírlas mentar; él, que antes venía a media noche, y aun a veces no lo vía, agora su mayor deleite es estar en casa; él, que antes apenas tenía cuidado de venir a casa, agora la tiene muy proveída; él, que antes no me miraba a la cara, agora no se alegra más con otra cosa; él, que antes era bravo, agora se ha tornado muy manso, amigable, qué te diré que ni soy quien era, ni mi marido es quien era: él es gracioso, amigable, regocijado, proveedor de su casa, allegador de su hacienda, cierto con todos, prudente, sufridor, celoso de su honra, enemigo de malas compañías. ¿Qué te diré, sino que a mí sola ama, en mí piensa, a mí quiere, a mí desea, conmigo se contenta, y aun se halla muy dichoso? Y yo con él la más bienaventurada

del mundo, pues me veo libre de captiverio, y puesta en libertad y libre de ser sierva, y hecha amiga y compañera, libre de enojos, y llegada a mil placeres. Dichoso fue el día en que fuimos amigas, dichosa fue nuestra conociencia, y dichoso el día en que te conocí, y más dichoso el día que tú me aconsejaste y yo te creí; por lo cual te pido, como mi señora, mi amiga, mi libertadora, y como triunfadora y vencedora de mis vicios, y de mi marido, me des las manos porque te las quiero besar.

DOR. No se sufre, señora Eulalia, en nuestra amistad que tú te humilles a hacerme tal reverencia, antes me abraza, que harto premio es para mí y hartas gracias doy a Dios por haber puesto concordia entre marido y mujer tan discordes, que ciertamente ésta es la mayor cosa, y el mayor servicio que a Dios se puede hacer. Mas por tu vida que me cuentes por extenso cómo os avenistes, cuál se humilló al otro, y cómo os conformastes.

EUL. El mismo día que tú, señora Doroctea, le hablaste se vino a casa muy temprano, y no con la ferocidad acostumbrada sino con una domesticidad nunca vista me dijo: «Señora, ¿qué tenemos que cenar?». Yo que de aquel modo le oí hablar, admiréme así de verle venir a cenar a casa, lo que nunca hacía, como de verle hablarme tan bien; yo que vide que entonces era tiempo de usar de tus amonestamientos, respondí que no cosa ninguna mas que presto se aderezaría, y yéndome al corral de las gallinas, presto hice a la moza matar una, y yo misma la aderecé, con lo cual él se mostraba tan alegre que yo daba gracias a Dios; y habiendo cenado, aquella misma noche nos prometimos el uno al otro de vivir la vida conformes, haciendo lo que debíamos. Así que comencé a poner en obra las artes que tú me enseñaste, conviene a saber: amarle de tal modo que ninguna cosa en esta vida amo ni precio sino a él, y a sus parientes que apenas antes los podía oír mentar agora los amo como a mí misma. Y no pienso que no me pagan en la misma moneda, antes mejor; aun de tal suerte nos habemos que yo le obedezco cuanto manda, y él viendo mi obediencia muchas veces muda el parecer y toma mis consejos y amonestamientos, que de la suerte que tú me enseñaste le doy. Ya no procuro yo de abrir la puerta de la calle para salir, sino de

tenerla cerrada porque nadie pueda entrar. La cosa de que más me precio es la vergüenza, la cual me parece tal joya cual tú me alabaste, no sólo decir mas ni oír no querría palabra sucia, fea, ni deshonesta. Todo mi cuidado es en mirar por mi casa, por mi hacienda, por mi familia, procurar que nada se pierda, procurar que todo se aproveche, procurar que todo se haga a propósito de mi marido. Injurias que nos digamos, ni aun mala cara que nos mostremos tan anejo[1] es de nosotros que no tenemos cosa más olvidada. Tan alegre estoy, tan alegre ando, tan alegre vivo, que ruego a Dios dé a ti tanta alegría como a mí has causado.

DOR. Harta alegría es para mí verte alegre, verte gorda, verte conforme a tu marido. Y agora más que nunca has de procurar vivir recatada, andar recatada, y ser bien hablada y bien mirada; mayor gloria merece el que conserva lo que ha ganado, que no el que lo sabe ganar, porque el que lo gana gánalo con un vaivén que la rueda de la fortuna da, mas el que lo sabe conservar, y el que lo sabe tener, es por cordura, y no lo digo por agora que si estáis en paz habéis de procurar de aumentarlo, con aumentar amor, agora que tenéis sembrado el amor y es comenzado a nacer conviene que lo regaléis, para que nazca y tome fuerzas y eche sus raíces, porque después de una vez arraigado, ningún viento de mal querencia, ni ningún agua de celos, ni ningún sol de desabrimiento, será poderoso de alanzar; porque, como dice un poeta, las iras de los enamorados son paz para todo el año. No digo esto porque te fíes en ello para darle enojos a tu marido, mas para que siempre estés en tu comenzado amor. Dulce cosa es el matrimonio si con amor se prosigue, y cosa aborrecible si el enemistad anda de por medio. Agora que estáis en paz, agora que estáis conformes, haced que se acreciente el amor entre entrambos. Cosa era de pensar que por la vía que llevabades habíades jamás de tener un buen día; no siente tanto el marido ver el rostro tuerto de la mujer por el enojo que le causa, como por pensar que aborrece a él por amar a otro.

EUL. Ciertamente yo haré en eso todo lo que debo.

DOR. Muy crecida me parece que tienes la barriga. Algo debe de haber obrado la nueva amistad.

EUL. Antes me parece que estoy preñada.

DOR. Plega a Dios que sea verdad, que mucho hará para acrecentamiento de vuestra amistad tener un fijo de por medio.

EUL. Tengo gran miedo de mal parir, como he hecho otras dos veces.

DOR. Ya me acuerdo que me dijiste que habías mal parido dos veces. Mas dime por tu vida de qué causa fue.

EUL. También me acuerdo que me prometiste contarme todo lo que una mujer preñada debe de hacer.

DOR. Es verdad que te lo prometí, y no me salgo afuera, antes digo que estoy presta de hacerlo.

EUL. La causa porque yo mal parí aquellas dos veces, la una fue por apretarme mucho una saya, y la otra creo que por…

DOR. ¿Por qué fue?

EUL. Por ocasión de un enojo que tomé.

DOR. Gran culpa tuviste en eso. Por cierto en así por dos cosas tan livianas, como apretarte el cuerpo y tomar un enojo de no nada por ventura, mataste a la criatura que engendraste, y pusiste en peligro tu vida.

EUL. Pues cuéntame tú lo que debo de hacer.

DOR. Soy contenta. Por dos causas de la parte agente puede venir aborto, a mi ver (lo que comúnmente acaece), la una por causa de la mujer y la otra del marido. Pues agora no estamos sino mujeres, quierote contar las de las mujeres; y digo que toda mujer que la criatura siente viva en su vientre debe vivir muy recatada, y andar muy sobre aviso. Bien me pueden decir que cómo oso hablar en mal que no he probado[2], y digo que el médico tampoco ha probado todas las enfermedades, y por las letras que tiene, y por lo que ha visto y curado, las

curan; así yo hablaré en esto según lo que he visto, oído, y aun leído. Volviendo pues al propósito, digo que cuanto el licor es más precioso y de más valor, y el vaso en que está es más delicado, mas se debe temer el peligro[3]; quiero decir por esto que el vientre donde la criatura anda, y la misma criatura anda, son tan delicados que debemos con razón temer el peligro: cuando uno siembra alguna preciada simiente en un huerto, no sólo pone pena a quien entrare dentro y la pisare, mas también la hace cercar de cañas por evitarle el peligro; pues si esto se hace por quitar el peligro de una yerbecita que apenas aprovecha algo, cuánto en mayor cobro y más la debe cercar la mujer a su criatura, de la cual ha de dar cuenta al sumo criador, y no sólo ha de dar cuenta a Dios, más a la iglesia de su cristiano y a su marido del hijo; pues donde tan estrecha cuenta nos han de demandar, si por nuestra culpa o negligencia lo perdemos, razón es que pongamos gran guarda en ello. No sé qué paciencia ni qué razón lo puede soportar, que se vea un hombre con lo que más deseaba, que es tener a su mujer preñada, y que quiera una mujer por una poca cosa perderse así y a la criatura que había de parir, porque pocas veces acontece peligrar la criatura y quedar viva la madre. Cuando una mujer es sana, y en el preñado no tiene zozobra, digna es de mucha culpa cuando por liviandad le sucede alguna desdicha. Si el padre no engendrase el fijo nunca tendría tanta pena, como en verlo después de engendrado perecer. Mucha razón tiene el marido, y más la mujer, pues por su causa aconteció de llorar semejante caso; porque mucho enojo tiene un hortelano cuando vee el árbol cargado de flor la primavera, y después lo vee perdido por una pequeña helada. Dignas somos de culpa, y aun de muy gran culpa, todas las mujeres que por nuestra culpa perdemos el fruto que Dios ha sido servido de nos dar. En esto no quiero que tomemos experiencia de los hombres, mas de los animales[4], y aun de los árboles, porque no hay animal tan bruto en las selvas que no se aparte de donde quiera que su vida corre peligro: las osas, las leonas, las lobas, por maravilla salen de sus cuevas el tiempo que están preñadas, por evitar el peligro que con los pastores y cazadores les ocurriría. Pues si esto hacen los brutos animales por guardar los partos que son en perjuicio nuestro, cuánto más se debe de guardar la mujer, cuyo parto es en

aumento de todo el pueblo cristiano. Si las mujeres no pariesen, si los niños no se criasen, aunque hubiese tierra no habría quien la poblase, porque Dios todas las cosas crio para servicio de la criatura, y la criatura para servicio del criador.

DOR. Tomen ejemplo las mujeres preñadas en los nogales, castaños, y avellanos, los cuales en habiendo dejado la flor, ya que sienten el fruto, lo guardan y encierran dentro de unos capullos o erizos, porque ni las aves los coman, ni las aguas, ni los vientos los empezcan. Pues los árboles que no tienen sino vida vegetativa, y los animales que no tienen sino vida sensitiva, ponen tanta vigilancia en parir y guardar sus preñeces, mucho más deben las mujeres preñadas, pues tienen ánimas racionales para por sola su culpa perdella. Juzgue cada uno cuán poco va en que se pierdan las nueces, o las castañas, y mire cuánto va en que la iglesia pierda un cristiano; la iglesia no pone luto porque se yelen ni se pierdan las viñas ni los sembrados, mas pónelo por las ánimas que se pierden. Pues si así es mucho debe de hacer una mujer preñada por no mal parir, y siempre mal paren por su causa, o por la mayor parte. Siete causas hay por donde una mujer mal pare[5]: la primera causa por salir fuera demasiado, ir a ver juegos y fiestas, que entonces acontece por ir la madre a ver fiestas, viéndose muy apretada, allí deja la criatura, y ella algunas veces pierde la vida. Cosa muy injusta es que por ver una mujer los hijos ajenos, y lo que le va poco, pierda ella la vida, y deje a sus mismos hijos huérfanos. Cada día acontece en nuestros tiempos apretar a una mujer tanto, que no sólo mal pare mas con la gran angustia muere. No es lícito a una mujer vacía ir a ver semejantes cosas, cuánto menos lícito le será a una mujer preñada. Entre otros muchos ejemplos que de nuestros tiempos podría contar, te diré uno antiguo porque es muy contado de los romanos e historiadores, en especial Tito Livio[6], y fue que como los de la ciudad de Samo hubiesen vencido en batalla a Tito Veturior y a Espurio Postumo, capitanes que eran romanos, y no contentos con haberlos vencido, aquel capitán de Samo que Poncio era llamado, a todos los romanos que tomó en su triunfo los hizo entrar en Samo con yugos a los cuellos, y en los yugos una letra que decía: «Aunque pese a Roma estará so el yugo de Samo». Fue tan sentida esta injuria

en Roma que destinaron contra ellos a Lucio Papiro, excelente romano, el cual habidas sus batallas con los capitanes de Samo, especial con Poncio, venció a los de Samo, y no sólo los venció mas el día de su triunfo los metió en Roma, no sólo con yugos en los cuellos mas también atados con sus coyundas. Este Lucio Papiro tenía una sola y única hija asaz muy hermosa, y llamada Ypólita, y casada con un senador romano llamado Lucio Torcuato, hombre muy esforzado; pues como esta Ypólita saliese al triunfo de su padre, fue tanta la gente que cargó a la entrada de una puerta, que a la pobre de Ypólita no sólo le convino lanzar la criatura, mas junto con ella el ánima. Caso tan repentino y tan triste que lastimó tanto al buen Lucio Papiro su padre, que las lástimas que hacía a toda Roma escandalizó con ellas, cosa asaz lastimera, y más por venir en tiempo de tanta alegría como era aquél.

EUL. Desdichada fue Ypólita por cierto.

DOR. Muchos ejemplos te pudiera contar mas paréceme que basta de cada cosa uno. La segunda cosa por donde una mujer pierde su criatura es por oír una repentina nueva. Muchas veces acontece por oír una mala nueva peligrar una mujer preñada, y a veces va muy poco en saberla o no saberla; más daño causa el oírla que provecho causa lo contrario. Muchas mujeres hay que por hacer cosas en que por dicha les va poco, pierden a veces mucho que no puede ser más sino el hijo y la vida; a una mujer preñada ya que no sea nueva que la pueda dejar de saber ha de ir templada con rodeos, que no haga tanto mal, porque para tomar una purga primero mordemos en una lima agria. Asaz ejemplos tenemos desto, mas entre otros sólo uno te contaré, y es que el segundo belo púnico entre Roma y Cartago[7] fue año de cuarenta *ab urbe condita* (que era una cuenta usada entre los romanos que quería decir dende el año que su ciudad fue edificada); en este belo primero fueron capitanes Paulo Mitio y Publio Varrón, y estos dos cónsules dieron la muy nombrada batalla de Canas en la provincia de Apulla, en esta batalla fue donde mayor pérdida los romanos hobieron de toda su nobleza. De los dos romanos cónsules Paulo Emilio fue muerto y Publio Varón vencido, y el animoso Anibal quedó vencedor; allí fueron muertos

treinta senadores y trecientos oficiales del senado. Poco antes de que Publio Varrón se partiese a la guerra habíase casado con una romana moza y hermosa llamada Sofía, y al tiempo que el cónsul se partió a la guerra quedó la hermosa Sofía de siete meses preñada, y como le dijeron que Paulo Emilio era muerto y su marido vencido, súbitamente cayó muerta, quedándole el hijo vivo en el vientre. Fue este caso sobre todos muy lastimoso, en que después que Publio fue vencido y vio muerto al cónsul su compañero, y vio tan gran estrago en el pueblo romano (queriendo la fortuna llegarlo hasta el cabo), llegó a tiempo que vio con sus ojos abrir las entrañas de la madre para sacar el hijo, y abrir la tierra para enterrar la madre; quedó el padre tan lastimado que según cuenta Tito Livio todo el tiempo que vivió no se quiso hacer la barba, ni dormir en cama, ni comer en mesa.

EUL. En grande grado amaba a su mujer.

DOR. No por cierto, sino que como hombre agradecido pagaba el amor que su mujer le había tenido pues por su causa murió.

EUL. Pues ¿pudiéronle sacar viva la criatura a aquella romana de forma que pudiese vivir?

DOR. No hay duda sino que pudiese hacerse (según medicina), y aun en nuestras corónicas españolas tenemos ejemplo, si bien lo queremos mirar[8]: Doña Urraca, mujer de don García Yñiguez, capitán sexto delos castellanos, varón asaz noble y esforzado y no menos virtuoso, yendo por los lugares ásperos de los montes de Navarra, y llevando consigo a su mujer preñada en días de parir, los moros le salieron al encuentro y al cabo de haber gran rato varonilmente peleado Garci Yñiguez fue muerto, y su gente (la más) muerta y desbaratada, y la infanta su mujer yendo huyendo fue muerta de una lanzada en el vientre, partida la pelea y los moros idos, un caballero del rey halló a la reina Urraca muerta, y habiendo llorado sobre ella vio que el niño sacaba un brazo por el lugar de la lanzada, esforzándose a nacer. Guevara que vido esto abrió la madre, y sacó la criatura viva del vientre, y envuelta en unos paños la llevó y baptizó sin decir

quién era, y púsole por nombre Sancho Garcés, y criose muy secretamente hasta que fue rey; y porque cuando se criaba andaba con abarcas llamábase el rey Abarca, que fue tan esforzado y magnánimo que muchas veces decía que él no podía morir pues nunca había nacido. Y al caballero Guevara por excelencia llamáronle Ladrón de donde ahora descienden los Ladrones de Guevara.

EUL. Muy excelente cosa fue ésa por cierto, mas pasa adelante con lo que primero decías.

DOR. Volviendo a mi plática, la tercera cosa que una mujer debe hacer es no ceñirse, ni ponerse muy apretada, ni metida en cintura, porque en verdad que hay muchas mujeres que por parecer hermosas se ponen tanto en cinturas que vienen a morir sus criaturas, no quedando ellas muy sanas. Cosa muy injusta es que pierda un niño la vida sólo por querer su madre parecer hermosa; ciertamente o la mujer quiere parecer hermosa para agradar a todo el mundo, o para servir a Dios, o para contentar a su marido: si para agradar al pueblo no lo debe de hacer, pues que en ello gana poco con peligro de ofender a Dios, y puesto que se contente ella porque la tiene por hermosa, más será el daño que su honra recibirá sabiendo que fue causa de la muerte de su único hijo que no el provecho de ser tenida por fermosa; pues si para agradar a Dios, Dios no se agrada de las limpias y frescas vestiduras, sino de los limpios corazones; pues para agradar al marido claro está que no le contentará tanto verla hermosa, cuanto le aborrecerá ver su hijo que piensa tener perdido. Cosa deleitable es que por parecer una mujer hermosa, quiera condenar la vida del hijo, y Dios sabe si el ánima y poner su vida en peligro. Desta manera fue la nieta de Quinto Marcio que por apretarse mucho murió.

EUL. ¿Cómo pasó?

DOR. Fue el caso que de tres hijos de Roma[9] que contra ella vinieron con mano armada el primero fue Tarquino el soberbio, el segundo fue este Quinto Marcio, y el tercero fue Silla el cruel; fueron tantos y tan grandes los males que estos tres hijos hicieron a su madre Roma, que se tuvieron en poco las tres

guerras de Africa, porque los enemigos no pudieron ver los muros de Roma, mas estos otros apenas dejaron piedra sobre piedra. Destos tres romanos el Quinto Marcio había seído tres veces cónsul y una vez ditador, y cuatro veces censor, y al fin fue desterrado con gran ignominia de Roma, y él por vengar esta injuria vino con gran ejército contra Roma, porque el corazón soberbio y lastimado jamás toma reposo hasta que de sus enemigos toma venganza. Estando pues ya a las puertas de Roma muy furioso, fue rogado no quisiese destruir a su madre Roma, y él no quiso condecender a ningún ruego hasta que salió su madre, y una hija suya que él mucho amaba, a intercesión y lágrimas, de las cuales perdió el enojo que tenía, y alzó el cerco de sobre Roma, porque muchos corazones más se ablandan con ruegos piadosos que no con ánimos feroces. Tenían pues las romanas por gran hermosura tener la cintura alta y delgada, y los cabellos muy rubios y muy largos, y como esta nieta de Quinto Marcio estuviese preñada, y aquel día de las paces se apretase mucho (por parecer hermosa), fue el caso que mal parió una criatura, y no contenta con esto la fortuna habiendo mal parido la madre luego perdió la vida, y el abuelo con la tristeza también murió.

EUL. ¡Oh desastrado caso, por mi vida que de hoy más, más quiero andar floja que no atada!

DOR. No poco provecho te harás en eso.

EUL. Hasta aquí mucho me apretaba, porque me parecía que era de personas flojas traer el cuerpo flojo.

DOR. Pues de hoy más guarte de hacerlo. Es pues la cuarta cosa de que se debe guardar la mujer preñada de ir a muchos banquetes ni cenas, porque muchas y muy muchas veces acontece por una breve cena, o por mejor decir desdichada madre e hijo perder la vida. No niego yo quel cenar o comer templado que no sea bueno, mas repruebo yo la demasía por malo; allende de ser pecado, trae al cuerpo poco deleite ni provecho, porque si es hombre o mujer que no esté preñada para en vómitos y desmayos tales que harían juramento de no cenar

seis días por no verse con ellos, y si es mujer preñada muchas veces, y aun cuasi siempre, para en aborto; de suerte que por no ganar nada se pierde mucho. Semejante caso que éste aconteció a una romana[10], que por cenar demasiado ella y su criatura perdieron las vidas: en las guerras de Roma con Cartago el primero capitán romano fue Gayo Duecio, y el primero por parte de los cartagineses fue Aunon; cuarenta años tuvieron guerra los cartaginenses con los romanos, y todo sobre la posesión de las islas de Mallorca. La primera batalla que por mar los romanos vencieron fue una que venció este Gayo, y fue en tanto lo que aquella guerra los romanos tuvieron, que tuvieron en mucho a Gayo, y por aquello le dieron triunfo; y aquella misma noche del triunfo, una única hermana deste Gayo, asaz hermosa y virtuosa, hizo convite a su hermano y a todos los capitanes que con él venían de la guerra, y a otros muchos romanos, y con el regocijo ella cenó más de lo que debiera ni era razón, y como estuviese preñada le dieron unos vómitos con los cuales allí, entre los convidados, no sólo movió la criatura, mas también perdió la vida. Fue caso muy desastrado que por ocasión de una cena Gayo perdió su hermana, y el marido su mujer, y el padre al hijo, y todos perdieron a la madre, y la madre a todos.

EUL. Buena cosa es la templanza.

DOR. La quinta cosa que una mujer debe hacer es no entrar en huerta donde hay mucha fruta, porque no la coma mayormente verde, porque no es razón que por la golosina de la madre, madre e hijo pierdan la vida. No se debe vedar a una mujer preñada que no coma alguna fruta nueva aunque muy verde, mas con todo eso no ha de ser tanta que le cause daño. Una mujer preñada igual es a un enfermo que no puede ver cosa que los médicos mandan, a este tal enfermo no se lo debe de quitar que no coma de cualquiera cosa, aunque mala, muy poquito; tampoco se le debe vedar a una mujer preñada que no coma también, por causa del antojo, de cualquiera cosa, mas poco. Si la sustancia que la madre toma y come es la misma que a la criatura sustenta (según regla de medicina), claro está que si la madre come cosas buenas que dará buena sustancia, y si malas mala. Largio Mamirto ditador[11] fue distinado contra los Bolcos; al cabo de

muchas guerras les destruyó sus ciudades y villas, y al fin hubo tributo dellos, y entre todas las otras cosas que allí hubo ganó una muy hermosa doncella a la cual amó mucho, y teníala en Roma muy regalada; y vino a ser que estando preñada de poca su amigo llevóla a una su huerta que tenía fuera de la ciudad, donde había mucha fruta que entonces comenzaba a venir, pues como la moza con el preñado comiese de aquella fruta más que no había menester, ni aun debiera, diole un vómito, y con el vómito no sólo lanzó la criatura mas también perdió la vida, y Publio Mamilio como tanto la amase también murió. Caso bien lastimoso y aun bien llorado en Roma, porque Publio Mamilio era muy amado y la moza no menos.

EUL. Gran desastre fue ése por cierto, y cosa muy común es a las preñadas comer esas frutas.

DOR. Muchas veces es ocasión el comerlas, ya que el aborto no se siga, salen las criaturas mal acomplisionadas, y aun mal acondicionadas, y aun con malas enfermedades, porque muchos médicos hay que dicen que la mujer preñada aun vino no debe beber, por las enfermedades de gota coral y mal de corazón que en el niño salen. Mas pasemos a la sexta y última cosa que la mujer preñada debe hacer, la cual es que la mujer preñada se guarde de saltar, bailar, correr, ni hacer ningún acto de fuerza, pues vemos que a los hombres les quita la habla, y a las mujeres preñadas la vida. Grave cosa es que por la locura de la madre el hijo y ella pierdan la vida. Cosa inhonesta le es a una mujer bailar, no sólo con hombre que no sea su marido, mas ni aun con mujer, mas a la mujer preñada no sólo le es deshonesto mas también muy dañoso. Yo conocí un marido que por sólo que su mujer bailó en un desposorio la mató.

EUL. Es verdad, que según tú me dijiste la mujer con todos ha de tener gravedad, y con sólo su marido alegría.

DOR. A la mujer de autoridad excusados le son bailes, los cuales se deben dejar para mozas livianas, o para los que andan a decir farsas. Deben todas las mujeres honradas[12] andar muy reposadas, y estar muy quietas, porque el cuerpo sose-

gado muestra tener la persona buen seso. Naturalmente todas las mujeres deseamos ser honradas y autorizadas, y para esto no hay cosa que a la mujer más autorice que es ser mansa en el hablar y reposada en el andar, porque es imposible que sea en algo tenida quien en el andar es liviana, y en la lengua maliciosa. En el *ab urbe conditor* de cuatrocientos y sesenta y seis, los romanos enviaron a Publio Dentao a que hiciese guerra al rey Pirro, el cual tenía la ciudad de Taranto, y desde allí hacía mucho daño al pueblo romano, porque los romanos tenían ánimo para conquistar las tierras extrañas, y no tenían paciencia si los extraños entraban en las suyas proprias. Este Julio Dentato fue el que venció al rey Pirro, y el primero que en su triunfo metió elefantes (cosa nunca vista en Roma). Tenía este Publio Dentato una hermana sola, a la cual únicamente amaba, porque de siete hermanos solo ellos dos habían quedado; estaba esta hermana de Publio Dentato casada con un cónsul romano, y estaba preñada de siete meses, y acaso bailó y saltó aquella noche del triunfo del hermano, y fue el caso tan desastrado que el hijo fue movido y la madre no vivió, y al padre de la gran tristeza se le quitó la habla y toda la fiesta del triunfo cesó.

EUL. No menos desastre fue ése que esotros, y a la verdad no carece de culpa la madre, cuando por su culpa pierde su hijo.

DOR. Por eso nos debemos guardar. De mí te hago saber que una vez me he sentido preñada, y mediante el divino auxilio no dejó de salir a luz.

EUL. No sé quién viene, mas quién puede ser salvo Marcelo, mi marido. Él es.

MARC. Dios te guarde, señora Doroctea. ¡Es posible que en mi casa hallo yo tan preciada compañía como a ti!

DOR. Ansí haga a ti, señor Marcelo, y os conserve en paz. Gran rato ha que estoy aquí con tu mujer Eulalia hablando.

MARC. La cosa que en esta vida más me alegra es verte y hablarte, pues sé que de tu boca no pueden salir sino saludables consejos, con los cuales bastas a los más obstinados del mundo convertir a bien.

DOR. Harto dichosa me puedo llamar si en algo a mis prójimos puedo aprovechar, porque, como dice el apóstol y aun el filósofo, no nacimos para nosotros mesmos.

MARC. Por tu vida, señora Doroctea, y por vida del señor Julio tu marido, sepa yo en que hablabades.

DOR. Fácil es de decirlo, señor Marcelo, y aun sin mucho conjurarme, y es que viendo la barriga de mi Eulalia, o por mejor decir tuya, vino a coyuntura que estaba preñada y ella me lo declaró ser verdad.

MARC. Ansí me parece, y gran alegría tendría si no me la templase el recelo que tengo que no mal para.

DOR. ¡Pues como! ¿Suele mal parir?

MARC. Dos veces ha mal parido.

DOR. ¿Por cuya causa?

EUL. Por la suya.

MARC. Si por la mía fue, en grave culpa caí, y por muy culpado me siento.

DOR. En lo pasado no hay que hablar, en lo presente conviene poner el remedio y orden que se debe.

MARC. Cuéntame, señora Doroctea, lo que ambos debemos hacer.

DOR. Lo que a tu mujer conviene ya yo se lo tengo avisado. Lo que a ti cumple, pues tú lo mandas, yo te lo diré.

MARC. Antes recebiré muy gran merced.

DOR. Decía, señor Marcelo, que la mujer preñada ha de tener gran miramiento y mirar mucho por sí, y porque su criatura no peligre[13]; porque veemos muchas y muy muchas veces que cuando el hijo se pierde también la madre se muere. Para que el hombre vea el fruto que desea y la mujer se vea alumbrada, debe el

marido no ocupar a su mujer en mucho trabajo, y la mujer débese guardar de demasiado regalo, porque en las preñadas regla muy general es que el mucho trabajo las hace peligrar, y el mucho holgar les face parir con trabajo. Crudo y muy inhumano es el hombre que a su mujer quiere que trabaje tanto estando preñada como antes que lo estuviese, porque el hombre vestido o cargado no puede andar, ni correr, tan bien como el desnudo. Aristóteles, libro séptimo *De animalibus*, cuenta que después que el león tiene preñada a la leona no solamente caza para entrambos, mas siempre anda guardándola a la redonda de ella. Quiero decir que después que la mujer está preñada es cosa muy justa que sea de su marido regalada y servida, porque no puede él hacer a ella tanto servicio antes de parida como ella hace a él cuando le pare un hijo. Considerando el peligro que tiene la mujer en parir, considerando el trabajo que tiene el marido en la servir, sin comparación es mayor, y más, lo que ella pasa que no lo que él sufre, porque al fin la mujer en parir face más de lo que puede y el marido por bien que lo haga hace menos de lo que debe. El hombre honrado y virtuoso y piadoso, desde el tiempo que sintiese estar su mujer preñada, no debe hacer ausencia de su casa, porque en ley de buen marido cabe que emplee los ojos en mirarla, las manos en servirla, la hacienda en regalarla, y el corazón en contentarla. No se les haga trabajo a los hombres servir, contentar, y regalar a sus mujeres preñadas, porque el trabajo dellos consiste en fuerzas, y más en piedad, mas el trabajo dellas está en las entrañas, y lo que es mayor lástima es que cuando la triste mujer quiere dar con la carga en tierra da consigo en la sepultura. No quiero decir por esto que la mujer deba ser reservada de todos los trabajos de casa, lo cual ni ellas deben facer, ni sus maridos consentir, porque la ociosidad allende de ser dañoso al ánima y buenas costumbres es causa dela mujer tener mal parto, porque tomando por una parte a una mujer de un caballero que se mueva poco, y haga poco, y por otra parte otra que toma medianamente el trabajo, a mi parecer más peligran en los partos de señoras regaladas, que no de labradoras. La carne que es muy gruesa empalaga, la que es flaca es insípida, la que entreverada es sabrosa, quiero por esto decir que el hombre debe apartar a su mujer del trabajo, por lo que debe, y la mujer debe

excusar el mucho ocio y el mucho regalo, por lo que le conviene, porque el mediano ejercicio ocasión es de buen parto. Deben ansimismo los maridos cuando sus mujeres están preñadas traerles y darles buenas cosas que coman, porque la buena sustentación mantiene bien la criatura; mas deben las mujeres preñadas guardarse de comer demasiado, ni ser golosas, ni glotonas, porque la mujer golosa y muy comedora apenas puede ser sana, y carecer de otras faltas. El marido debe de traer a su mujer algunas cosas de frutas nuevas no porque le harán más provecho, sino porque se alegre, mas si mucho quisiere de lo que fuere malo comer no sólo se le debe dar mas estorbar, porque se suelen las mujeres preñadas desmandar en comer muchas golosinas, y so color que comen por sí y por el hijo, piensan que en el comer pueden hacer exceso, y esto no sólo es deshonesto mas muy injusto y al fijo no poco nocivo, porque a la verdad de los excesos que la madre hizo estando preñada, se le recrecieron al hijo muchas enfermedades en la vida.

MARC. Pues ¿cómo puede ser que lo que la madre come cause después en la vida al hijo daño?

DOR. ¡Pues cómo! ¿Agora sabes eso que el sello más aína emprime en la cera blanda que no en la dura y muy aneja? Mas aína recibe un mal, o un aire destemplado, un niño muy pequeño que no un hombre grande, y aunque entonces no lo sienta, siéntelo después de venido a la vejez. Así en una criatura, ya que luego no sienta el daño la madre siéntelo después el hijo.

MARC. Tienes muy gran razón en eso. Prosigue adelante.

DOR. Deben ansí mismo los maridos trabajar de no hacer enojo a sus mujeres después que las sienten que están preñadas, que hablando la verdad más mujeres mal paren por enojos que sus maridos les dan, que no por los manjares que comen. Caso que en el tiempo del preñado la mujer haga algún enojo a su marido, debe el marido como cuerdo disimularlo, teniendo respeto a la criatura de que está preñada, y no a la negligencia cometida, porque no puede tener la madre tan gran culpa que no tenga el hijo muy mayor inocencia. No debe

el marido negar a su mujer ninguna cosa que sea justa y vaya poco[14], estando preñada, porque en otorgársela va poco y en negársela peligra mucho. Solas cinco leyes hizo el rey Rómulo, fundador de la gran Roma, porque entonces con poco comprehendían mucho, y más corregida estaba la república con cinco leyes que agora con cinco millones dellas; era pues la quinta ley dellas que a ninguna mujer preñada se le negase cosa ninguna que justamente pidiese. Esta ley después, en tiempo del venturoso Camilo[15], confirmada por el servicio que las matronas romanas hicieron a Roma en darle toda su plata para hacer la figura de la madre Verecinta.

EUL. Por tu vida que me cuentes cómo pasó.

DOR. Tito Livio escribe en sus *Anales* o *Décadas*, dec. x, que Camilo, un capitán romano, partiéndose a la guerra, hizo voto a la madre Verecinta que si volvía con victoria que le haría una estatua de plata. Vuelto pues Camilo a Roma, y no pudiendo cumplir su promesa porque en el erario no había una onza de plata, estaba el más confuso del mundo, porque antes que los capitanes recibiesen el triunfo habían de cumplir el voto que habían hecho; las matronas romanas eran en aquel tiempo tan generosas y virtuosas que antes que nadie se lo dijese acordaron todas de ir al sacro senado, y allí ofrecieron todas sus joyas para hacer imagen, de lo cual los romanos fueron muy alegres ansí por cumplir su voto como por ver la liberalidad de sus mujeres porque en más se ha de tener una pequeña cosa de una mujer que no una muy grande de un hombre. Ordenó allí el senado de darles cinco libertades muy grandes en remuneración del servicio: la primera fue que en sus enterramientos pudiesen los oradores orar, que hasta entonces no se podía hacer salvo en los de los hombres, aquel orar era como predicar agora, donde relataban allí toda la buena vida del muerto; lo segundo que les concedieron fue que se pudiesen asentar en los templos, porque hasta allí, cuando ofrecían sacrificio, los viejos estaban asentados, los sacerdotes hincados de rodillas, los casados arrimados, mas a las mujeres ni les consentían estar en los templos sentadas, ni hincadas de rodillas, ni arrimadas, salvo en pie; la tercera cosa que les concedieron fue que pudiesen tener dos ropas ricas,

porque hasta entonces si la mujer mercaba ropa sin licencia del senado, la ropa tomaban y al marido porque lo consentían desterraban.

MARC. Si esa ley agora se usase no habría tantos hombres perdidos, ni aun tantas mujeres malas, que por haber las madres sido gastadoras quedaron los maridos pobres, y por cárceles y hospitales, y las hijas perdidas.

EUL. Ya se pasaron aquellos dorados tiempos.

DOR. Lo cuarto que les concedieron fue que en las graves enfermedades pudiesen beber vino, cosa hasta allí prohibida a las mujeres en ningún tiempo.

EUL. Agora no es menester que una mujer tenga enfermedad para beberlo, sino vicio, que ya tantas mujeres veemos borrachas como hombres, cosa muy fuera de honestidad que mujer que no sea vieja beba vino.

DOR. La quinta cosa que a las mujeres les concedieron fue que estando preñadas ninguna cosa que justamente pidiesen se les pudiese negar, porque antiguamente se hacía muy gran caso de las mujeres preñadas. El famoso filósofo Pulio[16], libro quinto *De Moribus Antiquorum*, dice que en el reino de Panonia, que agora es Ungría, eran en tanto tenidas las mujeres preñadas que desque una salía de su casa eran obligados todos los que la topaban a irse y volverse con ella. No en menos veneración eran tenidas las mujeres de Cartago que ansí como un mal hombre toma por refugio la iglesia, tenían entonces allegarse a una mujer preñada.

EUL. Grandes privilegios eran, y en mucho eran tenidas las mujeres preñadas; agora no tienen comedimiento viendo una mujer preñada, aun de no apretarla cuando está entre mucha gente.

DOR. Débese ella guardar; mas ya que por dicha se vee allí, debe de ser muy mirada y acatada. Diodoro Siculo[17] dice que en el reino de los mauritanos había tan pocos hombres y nacían tantas mujeres, que había cinco mujeres para un hombre, y ansí era ley entre ellos que a lo menos un marido no casase menos

de con tres mujeres, y tenían una costumbre muy cruel: que en muriendo el marido todas las mujeres se habían de enterrar con él dentro de un mes, y si esto no hacían por justicia las mataban, porque decían que la mujer viuda es le peligro estar sola y es le honesto estar en la sepoltura acompañada. En las islas de Canaria, que en otro tiempo fueron llamadas Baleares, había otra cosa muy diferente desta, y era que nacían tantos hombres, y había tan pocas mujeres que para una mujer había siete hombres, y ansí ninguna mujer podía casar menos que con cinco hombres.

MARC. ¡Oh deleitable costumbre y llena de mucha doctrina! que daban a entender que para entender a una mujer no basta seso de un hombre, ni aun de muchos.

DOR. Tenían también por costumbre que en estando la mujer preñada la encerraban en el templo para que allí pariese, porque Dios la guardase en aquel parto.

MARC. Aun seso bueno era.

DOR. También lo hacían porque sus maridos no tuviesen aceso con ellas después de preñadas, porque decían que las mujeres no debían de llegar a los hombres, ni los hombres a las mujeres, mas de para parir; y a la verdad tenían razón porque después de una mujer preñada su marido se había en algo de abstener, porque las animalias del campo lo enseñan, porque después que una está preñada no se llega más a ella el macho hasta que ha parido. Mucho más se pudiera hablar en esta materia mas con personas tan discretas creo que basta lo dicho.

MARC. Antes recibo tanta deleitación con tu plática que no querría que jamás cesases.

EUL. Si Dios es servido de dejarme parir una ama tengo que buscar que me críe lo que pariere, porque yo no me siento de mucha fuerza para poderlo criar.

DOR. ¡Oh hermana Eulalia, por Dios no hagas tal cosa como es dar a criar lo que parieres! Grave cosa me parece que la mujer que trujo el hijo en su vientre nueve meses con tanto trabajo[18], y después lo parió con tanto peligro, y por gracia de Dios alumbrada en el parto, tenga después en criarlo descuido, porque no

carece de gran locura que lo que con mucho hervor se procura después con liviandad se menosprecie; ya que Dios permitió que una mujer se hiciese preñada, ya que fue servido que se viese alumbrada, ¿por qué ha de ser tan ingrata que en pariendo el hijo lo eche de su casa, y lo envíe a criar a una triste aldea? Tres cosas debe de hacer cualquiera mujer cristiana en viéndose alumbrada: la primera dar gracias a Dios por el buen alumbramiento; lo segundo que la mujer ha de hacer es ofrecerle, pues tuvo por bien de dejarle salir a la luz desta vida sea servido de darle gracia con que continuo le sirva; debe ansímismo lo tercero la mujer, después que la leche le ha venido, dar della a mamar a su criatura, porque parece cosa muy monstruosa que haya ella parido la criatura de sus entrañas y que otra mujer extraña le dé sus tetas. Naturaleza no hizo a las mujeres hábiles para solamente parir, mas también les dio leche para criar. Ningún animal veo que deja de criar su hijo, antes cada día veemos una loba, o una gata, o una perra que no sólo cría uno mas siete, u ocho, y aun a veces sin tener que comer; y una mujer que no pare más de uno no ha vergüenza de decir: «No lo puedo criar». La mona todo el tiempo que cría no quita los monitos de los brazos, y a veces ella y el mono han crudas peleas sobre quién los tomará; una avecita cinco o seis hijos tiene en el nido, y para todos ellos trae de comer con su pico; y el cisne de día está la hembra con los pollitos en el nido, y a la noche el macho sobre sus hombros los lleva a pasear por el río, pues si fuera mujer bien creo que los trujera en sus brazos, y les diera a mamar de sus pechos. Ningún animal tiene tanta ferocidad como cuando le llegan a los hijos. Decía el divino Platón, libro tercero *De legibus*, que nunca los hijos son tan amados de sus padres como cuando la madre los cría a sus pechos, y los padres los tienen en los brazos; y no carece de razón porque el amor primero en todas las cosas es el amor verdadero. Muéstrase un ave madre piadosa en criar un hijo debajo de sus alas, y muéstrase una mujer madre cruel en darlo a criar por casas ajenas. Por muchas razones se debe mover una madre a criar a su hijo: porque ha de mirar que el niño nace solo, nace pequeño, nace pobre, nace delicado, nace desnudo, y nace tierno, y nace sin juicio, y pues la madre le parió con tan malas condiciones de sus entrañas, no es justo que en tiempo

de tanta necesidad lo fíe de otra mujer. La mujer que a su hijo con estas condiciones desampara, no se debe llamar madre piadosa sino madrastra cruel: si es obra de misericordia vestir al desnudo, y sería crueldad no vestirlo, ¿quién nace más desnudo que el niño recién nacido? Si es crueldad [no] consolar al triste y lloroso, ¿quién está más triste y lloroso que el niño que nace llorando? Si es crueldad no socorrer al pobre, ¿quién es más pobre que el niño que aún pedirlo no sabe? Si es mal hacer mal al inocente, ¿quién es más inocente que un niño que no sabe quejarse ni menos hablar? Quien echa de su casa los fijos proprios ¿qué esperanza tendremos que criará los extraños? Cuando ya el fijo es grande, sabe hablar y andar, y aun gana de comer, pocas gracias [dará] a la madre que cuando niño no lo crio, porque ya entonces más lo ha menester para que la sirva y honre, que no tiene necesidad el hijo della para que lo críe. No sé yo qué corazón lo basta que el hijo que nace de las mismas entrañas una madre lo ose fiar de manos ajenas. ¿Habrá ninguna mujer en el mundo que si tuviese una joya muy rica de oro la fiase de nadie? Pues cosa sacrílega es que no fíen el oro, y que fíen un fijo que parieron, y tan caro les costó. Poco aprovecha buscar a los niños buenas amas que los críen, porque decíme qué amor tendrá con el niño el ama que vee que su madre propria lo desecha de sí. Por tres causas debe una mujer criar a sus hijos[19]: la primera porque lo parió con dolor de sus entrañas; la segunda porque sea conforme a sus condiciones, porque claro está que por la mayor parte los hijos parecen a las amas que los crían. El maldito emperador Calígula criolo una mujer tan cruel que no sólo mató una hija suya, mas la teta con que había de dar a mamar al niño untó con aquella; pareciose tanto al ama el maldito de Calígula, que después que había muerto a los hombres, la sangre que en el cuchillo quedaba lamía con su lengua. Veemos que si a un león acaso lo cría una oveja, que sale muy malo, y por el contrario, si a un corderillo lo pudiese criar una leona saldría muy bravo. Lo tercero porque una mujer ha de criar a su fijo ha de ser por ser madre entera, y no media madre, porque la mujer que solamente pare es media madre mas la que lo cría es madre entera. Otra razón muy evidente hay para concluir, que la madre que no cría al hijo no es su madre, y es que si la madre lo pare, párelo porque es por fuerza, quiera que

no quiera lo ha de parir, mas si lo cría lo cría con el amor y buena voluntad que le tiene. Licurgo en sus leyes[20], y Platón en las suyas, mandaron que todas las mujeres menores criasen a sus hijos, y las reinas, ya que más no quisiesen, criasen al primogénito. El vj. rey de los lacedemones fue Othomestes, el cual tuvo dos hijos y al primogénito criaron amas y al segundo crió su madre, y siendo muerto el rey el segundo heredó el reino porque le crio su madre, y el primero quedó desheredado, y desde allí en toda Asia quedó por costumbre que el hijo que no mamase la leche de la madre no heredase la hacienda del padre. Tomen ejemplo todas las mujeres en la sacratísima madre de Dios, que ni ella quiso que otra criase su preciosísimo hijo sino ella, porque otra no fuese madre sino ella, ni él quiso ser de otra criado sino della no, para no tener ocasión de llamar a otra madre sino a la virgen María. Por otra causa deben las madres criar a sus hijos, y es por tenerlos a su servicio más obligados, porque si los padres viven largos años al fin han de venir a manos de sus hijos, pues el hijo que no se crio con su padre ni con su madre, y que jamás su madre le dio leche ¿qué amor ha de tener con ellos ni con sus hermanos? Para mover y atraer alguna cosa una madre a su hijo no le muestra el vientre en que lo trujo sino los pechos con que lo crio, porque a mucha más clemencia mueven los pechos que crían, que no padre, ni hermanos ni parientes. Scipión Africano fue hermano de Cornelio Scipión[21], al cual llamaron Asiano porque venció a los de Asia, como Scipión Africano porque venció a los de África; este Scipión Africano teniendo una vez sentenciados a diez capitanes a degollar porque habían escalado el templo de las virgines vestales, fueron grandes los ruegos de todos, y por nadie lo quiso hacer, ni aun por Scipión Africano su hermano, y veniendo el ama que lo había criado lo hizo por ella, que revocó la sentencia; de lo cual afrentado Scipión el africano que por él no lo había querido hacer, y lo había hecho por aquella mujer, el buen Scipión el Asiano respondió: «Hermano, fágote saber que por más madre tengo a la que me crio y sufrió mis importunidades, que no a la que me parió y luego me echó de sí». Los dos Gracos, valerosos romanos[22], tuvieron un tercero hermano bastardo el cual fue muy valeroso capitán en las guerras de África, veniendo pues éste una vez a Roma, halló juntas a su madre

que le parió y al ama que lo crio, y a la madre dio una cinta de plata y al ama dio una de oro, agraviándose desto la madre le dijo el hijo: «No te maravilles, madre, que haga esto porque tú trujísteme en el vientre nueve meses, pero ésta me crio a sus pechos tres años, y cuando siendo yo niño tú me echaste de tus ojos, ella me crio en sus brazos».

MARC. Por cierto altos dichos y excelentes sentencias fueron ésas.

EUL. No me pena otra cosa de las amas sino que son muy descuidadas.

DOR. Pues aunque otra cosa no hubiese, la madre debría criar a su fijo por tenerlo más seguro, porque al fin mira por él más que no el ama, que le dolió poco; y cada día veemos que más hijos se mueren en poder de amas que no viven.

EUL. Aquí a una vecina le trujeron un hijo muerto desta aldea de aquí junto.

[DOR.] Cosa escrupulosa es que tenga una mujer por estado tener un perrito en su halda, y en su cama[23], y lo que peor es, en sus pechos, y que tenga por cosa baja criar a sus hijos. ¡Oh madres crueles! No sé cómo lo sufren, a poder tener mil niñerías con que jugar y aun suciedades y echen a sus hijos a criar a las aldeas. No cabe en justicia ni en ley de Dios que la mujer a quien Dios fizo madre de hijo, se haga ella ama de un perrillo. Tanto se escandalizó el buen Censorino Aniovero de ver a un perrillo a los pechos de una mujer, que dijo en el senado que creía que presto vendría algún mal a Roma. Si las madres no gozan de los hijos cuando son niños ¿cuándo los han de gozar?[24]. ¡Qué gozo recibe una madre cuando ve a su hijo dar una risada, hacer un pucherito para llorar, pedir la papa, meterle las manos en las tetas, y aun tirarle de las tocas, traer las manos por las barbas a sus padres, decir mil palabritas graciosas, y otras infinitas cosas! Paréceme que no hay deleite que se le iguale a éste. La mujer que sabe qué cosa es criarlo, sabrá bien sentirlo; piensan algunas madres de decir: «Después que sean grandes me holgaré con ellos». ¿Qué certenidad tiene la madre que sean buenos, que sean virtuosos, que sean reposados, qué saben si irán a las guerras, si pasarán a las Indias? Cuando es niño se han de holgar con él, que cuando grande cadaldia

antes recebirá fatiga que no placeres, que uno le dirá que queda descalabrado, otro que está preso, otro que ha descalabrado a otro que queda retraído, otro que ha jugado la capa, otro que está amancebado, otro que está infamado. Paréceme que es tan grande el vínculo, y debía ser tan grande el amor entre madre e hijo, que no sólo lo había de criar otra, ni dar a criar fuera de casa, mas ni aun por espacio de una hora no lo había de apartar de su presencia; porque viéndole vee lo que nació de sus entrañas, vee lo que parió con tantos dolores, vee al que ha de heredar sus bienes, vee aquél en quien ha de quedar la memoria de su linaje, y vee aquél que ha de ser descargo de sus cargos. Concluyo con un dicho de Plutarco que la madre para ser madre ha de tener a su hijo cuando chequito entre los brazos para le criar, y cuando grande en las entrañas para lo remediar. Jamás veemos ninguno tan cruel que matase al ama que lo crio, y de Nero y Calígula y otros leemos que mataron a las madres que los parió.

MARC. Altamente has hablado, por Dios, en esta materia.

DOR. Más he por cierto leído en este caso que no he dicho, y aún más pudiera decir, mas por agora paréceme que basta cuanto a esto.

EUL. Señora Doroctea, ninguna causa desas me mueve a no criar a mi hijo, sino que temo que seré de la calidad de mi madre, la cual tenía tan poca leche que apenas podía darme una vez en el día de mamar.

DOR. Siendo ello ansí legítima causa es, y entonces debe eligir el ama tal cual cumple; y porque sepas que tal ha de ser has de mirar que tenga ciertas condiciones que son muy necesarias e importantes a tus hijos. Mas con todo eso no dejes de darle tú alguna leche, que más le aprovecha una gota de la madre que ciento del ama, porque al fin es el manjar proprio con que se engendró y con el que al mundo salió. La primera condición que la buena ama ha de tener es que sea virtuosa; ya que una mujer determina de secar las fuentes que naturaleza le dio[25], y que determina de no criar su hijo, ha de procurar buscar el ama con gran diligencia: no solamente ha de mirar que tenga la leche buena, mas también ha de mirar que sea de buena vida, porque de otra manera no hará al hijo

tanto provecho la leche blanca cuánto daño hará a la madre la mala vida del ama. Menos mal sería a la mujer honrada que el hijo se le muriese que no que en su casa una mujer mal infamada entrase por ama; la mujer honrada para elegir el ama no debe mirar que sea fea, que sea hermosa, porque si la leche es blanca, o dulce y buena, poco hace al caso la ama negra o hermosa. Todos los médico tienen que la leche de una mujer morena es mejor que la de la muy blanca; también es daño a la mujer que el ama sea hermosa (mayormente si el marido es algo amigo de probar de todas aguas), aunque a la verdad muchas mujeres hay muy honradas, mas suelen acontecer algunos desastres.

EUL. En buena fe, aunque no fuese más de por eso, querría tener leche para criar mi hijo.

MARC. No soy tan malo como solía, ni solía serlo tan malo como agora me pintas.

DOR. En el caso aconteció una cosa a la emperatriz Arielna[26], mujer del emperador Odoacer, la cual como estuviese preñada hizo traer de Panonia un ama en extremo muy hermosa, y vino a ser el caso que el ama parió del emperador tres hijos, y ella no parió más de uno, y aun estuvo casi toda su vida apartada del marido por causa de su hermosa ama. Bien es de creer que no sólo la emperatriz no hubiera querido traer aquel ama, mas ni aun parido aquella criatura porque tanto daño le vino. Sea pues la conclusión desta primera condición que el ama sea honesta y virtuosa, porque en ser fea ni hermosa va muy poco, y en ser virtuosa va muy mucho. Lo segundo es necesario que el ama sea no solamente muy buena de su vida, mas que sea muy sana de su persona[27]. Cuanto a la salud corporal porque regla muy infalible es que de la leche buena o mala que mamamos en nuestra niñez depende lo más de la salud de nuestra vida; como es el cimiento ansí es toda la obra, si el cimiento es malo toda la obra al fin es mala, y si el cimiento es bueno toda la obra al fin es buena, pues si al niño chiquito el cimiento se le hace con leche enferma, y en su tierna carne imprime aquella mala leche, claro está que todos los días de su vida vivirá la criatura enferma. Algunos de los niños que crían amas son de malas compli-

siones, y aun muy enfermos, por ocasión, por dicha de haber sido sus amas enfermas. La tercera cosa que en el ama se ha de buscar es que sea mujer reglada en el comer, y no comilona ni golosa ni tragona, porque claro está que la mujer que de muchas cosas come no puede tener buena leche. Espantosa cosa es de pensar que críe una loba ocho lobos y que no coma sino sólo un manjar, y una mujer que cría sólo un hijo quiere comer diez y ocho manjares; la causa desto es porque la loba come para se sustentar y la mujer para golosear. Muy gran vigilancia deben tener las mujeres en saber qué comen y cuánto comen las amas que crían a sus hijos, porque es la leche cosa tan delicada, y el niño que la mama tan tierno, que con comer de muchas cosas se daña, y con comer mucho se engruesa y no vale nada. De mamar los niños la leche gruesa vienen a vivir enfermos, y mamarla corrompida les acontece venirles la muerte temprana o la enfermedad muy larga. Cuenta el divino Ysidoro en el libro de sus *Ethimologías* que eran los de Tracia tan feroces que comían los hombres humanos, y más que en las calaveras de los hombres muertos bebían la sangre de los hombres que mataban, y aunque los hombres eran tan crueles y malos, las mujeres eran tan buenas y templadas que solamente comían hortigas cocidas en agua; a fama de su gran templanza el gran filósofo Licurgo llevó dellas a Lacedemonia que después fueron muy excelentes mujeres. Ansí que en todo ha de procurar el ama que cría la templanza y el sosiego. La cuarta cosa o condición que la buena ama ha de tener es que la mujer que cría no beba vino, porque para la criatura no la podemos llamar vino sino venino; clara está la razón por donde el vino es malo porque si el manjar siendo grueso se detiene en el estómago, el vino se derrama por el cuerpo, pues como el niño no toma otro mantenimiento sino la leche, y la leche se hace de la sangre, pues si la sangre es de natura de vino, claro está que será la leche de la misma naturaleza de vino, pues siendo el vino caliente no hay duda sino que abrasará la leche los higados del tierno niño. Verdad es que algunas mujeres tienen flaca la complisión, y entonces es menester ayudarles con un poco de vino para que la leche sea de buen nutrimento, mas ha de ser tan poco y tan aguado que más se tome para la salud de la criatura, que no para gusto del paladar del ama o de la madre. Eran de tanta bondad

las antiguas romanas que no sólo no bebían el vino, mas ni aun lo olían. Cosa muy de notar es que trecientos y veinte y cinco años antes se puso pena a las mujeres que bebiesen vino que no a las que cometiesen adulterio: porque entre solas cinco leyes que Rómulo hizo fue la una que la mujer que bebiese vino muriese por ello, y Ruptilio que fue trecientos y veinte y cinco años después puso la pena a la mujer adúltera, de forma que en más tuvo Rómulo que una mujer bebiese vino que no si hiciese adulterio a su marido. Pues si una mujer solamente por su honestidad no debe de beber vino, cuánto más lo debe de hacer una mujer que cría, en la cual concurren ambas cosas, la gravedad de su persona, y la salud de su criatura. Muy justa ley fue y aún sería que la mujer fuese totalmente privada del vino, pues por él la vida y honra traen en peligro. La otra cosa que la mujer ha de procurar es que su ama no se empreñe, porque como la leche se haga de la sangre y el men[i]struo se detenga en la mujer preñada para alimento de lo que está en el vientre, pensando criar al niño con leche mátanlo con la ponzoña que a las tetas viene. Cosa es maravillosa de ver que un animal ni un ave, en el tiempo que crían, no se consienten tomar del macho, y que una mujer habiendo de criar una criatura racional, cristiana y [a] la semejanza de Dios, no se abstengan siquiera para no matarla; no es precepto que lo deba hacer, mas ley de buen miramiento, así se había de obrar. Muy antigua ley era en Roma que la mujer que criando se hiciese preñada la matasen por ello; era la razón porque la mujer que se osaba empreñar criando osaba a su hijo quitar la vida. Gayo Fabricio fue un cónsul de los notables que hubo en Roma, el cual toda su vida vivió enfermo sólo por haber mamado cuatro meses de mala leche, y por ocasión desto luego encerraba el ama en el templo de las virgines Vestales, preguntado por qué lo hacía, respondió él que porque el ama no se hiciese preñada, porque si se hacía preñada por fuerza había de hacer della justicia, y había de perder el hijo, y que teniéndola allí dentro quitaba todas las ocasiones dello. En las ínsulas Baleares, que muchos quieren decir que son las Canarias, otros que Cicilia, había costumbre muy antigua, aunque muy fuera de nuestra religión cristiana, que todo el tiempo que la mujer criaba estaba apartada del marido, y tan gran infamia era juntarse con él como si con

otro le hiciera adulterio, y para quitar la ocasión del marido la ley le daba facultad que todo aquel tiempo que la mujer criaba, tomase el marido una amiga de que se aprovechase, o mercase una esclava; de forma que entre ellos eran las mujeres tenidas por muy castas, y los hombres por muy disolutos.

EUL. ¡Oh abominable ley! Entonces bueno fuera dar a criar la criatura.

MARC. ¡Ojalá que se usara agora aquella costumbre!

DOR. La sexta cosa que en el ama se ha de buscar y aun procurar es que sean bien acondicionadas. Poco aprovecha quitar el vino a la ama, darle a comer buenas cosas, apartarla del marido, si por otra parte es de mala condición, y aun de peor digistión, envidiosa, parlera, inquieta, sin sosiego y mal acondicionada. No es tanto peligro a la criatura lo otro cuanto le es estotro: si el ama no es virtuosa y es mal acondicionada, de todos es aborrecida y mal querida, y a veces daría el padre la vida del fijo por verse horro del ama. Nunca entre los emperadores romanos de tan buen padre como Drusio Germánico salió tan mal hijo como Calígula, cuarto emperador romano, al cual crio una ama de nación de Campania, llamada Precita, de la cual dice Dion el Griego, en el *Libro de los Césares*, que esta mujer contra toda naturaleza tenía tanto vello en el cuerpo como un hombre en las barbas, corría un caballo, y peleaba como un hombre muy esforzado. Acaeció que por un enojo que le hizo una muchacha la despernó, y con la sangre della untó la teta para dar de mamar al niño; y dice el mismo Dion que en la tierra de aquella ama primero que daban de mamar al niño untaban la teta con la sangre de erizos, porque se hiciesen más feroces; tal lo fue aquel emperador que, como antes dije, no sólo se contentaba con matar al hombre, mas la sangre del espada lamía. Homero para encarecer la crueldad de Pirro el Greciano dice que mamó leche de tigres, que son animales ferocísimos. Del emperador Tiberio[28] se lee que fue muy grande borracho, y todos los historiadores lo atribuyen a que lo mamó en la leche, porque una ama que lo crio era tan gran borracha que al mismo niño lo destetó con darle sopas en vino. Ansí que cosa muy necesaria es que las amas se busquen como te tengo dicho.

MARC. Por cierto excelente y altamente has hablado en lo de las amas, mas todavía quiero ser importuno en suplicarte me avises de dos cosas: la primera qué calidades ha de tener la buena leche y cómo la conoceré, la segunda cuánto tiempo ha de mamar la criatura.

DOR. Antes, señor Marcelo, me puedes creer que no me eres importuno, porque todo hombre no se puede llamar sabio por lo que sabe, sino por el gran deseo que tiene de más saber. Otros gastan el tiempo con sus amigos en decir mal de sus vecinos, yo huelgo de gastarlo en coloquios virtuosos. Viniendo pues al caso lo primero que deseas saber es qué calidades ha de tener la buena leche y en qué se conocerá. Cuanto a lo primero la leche no es otra cosa sino la sangre menstturada, que por ciertas venas destilando por los poros viene a salir por las tetas a manera de fuentes; la leche es buena o es mala por respecto de lo que antes habemos dicho en las amas, o por razón de las comidas. Algunas cosas hay que hacen buena leche y la multiplican, las que hacen buena leche son éstas, o algunas dellas: caldos de buenas carnes, polvos de cristal, vino muy mucho aguado, carnes frescas y buenas, anís, mucho dormir, pan no muy blanco, y pocos enojos; las cosas que dañan la leche son éstas: vino puro, comer o beber con otra mujer que críe quita la leche, mucha pimienta, simiente de romero, comer mucha sal o cosas saladas, comer pan seco, o comer mucho queso, vinagre, empreñarse, tomar mucha tristeza, o en dejar de dar de mamar algún día. En dos o tres cosas se parece si la leche es buena o no: la primera echada en un espejo se hace como gota o como perla blanca, no muy espesa y no correntía; probada con la boca la buena leche es dulce y no es salada; ha de ser de color blanca y no amarilla, con un circuito como azul. Cuanto a esto no me entremeto más, porque más es materia de médicos que no mía. Lo segundo que me preguntaste que era cuánto tiempo ha de mamar la criatura[29], en eso no se puede dar regla cierta, porque según la calidad o fortaleza, o debilitamiento de la criatura ha de mamar o no mamar; niño hay que un año le sobra y otro que en dos no tiene harto. Una cosa no dejaré de decir, y aun de reír, que hay muchas mujeres que para destetar su criatura buscan mil hechicerías y cédulas, y cartillas, y otras cosas semejantes.

EUL. Pues ¿no es bueno tener alguna cedulilla para quitarle que no llore?

DOR. No por cierto.

EUL. Pues a mí una me dio una vieja para cuando para, mas pues que ansí es yo la quemaré.

DOR. En eso harás como cristiana, y aun como sabia. El emperador Tiberio aunque fue muy malo hizo una cosa muy buena, que mandó por edicto público que cualquiera persona que diese cédula para las calenturas o para los niños que muriese por ello[30]. La verdadera cédula que habemos de poner a los niños es encomendarlos a Dios, y ponerles unos evangelios, que es buena, santa y provechosa cédula. Entre muchas naciones hubo muchas costumbres en dar a mamar a los niños, de los cuales buenamente quiero contar algunas[31]. En la isla de Cecilia antiguamente adoraban la luna, y no daban de mamar a sus hijos ningún día si primero no le habían dado la leche a la luna. Los egipcios adoraban al sol y también daban la leche a sus hijos al sol. Una cosa muy donosa tenían los caldeos, que adoraban al fuego por dios, y no daban a mamar a sus hijos sino al fuego, y no parando aquí su necedad, ninguno que no era casado podía tener fuego en su casa; el modo que en casarse tenían era éste, que el sacerdote del templo encendía el fuego en casa del que quería casarse, y ambos le tocaban con la mano, y lo que más donoso era que el día que aquel fuego se matase quedaban descasados y libres, de forma que cuando uno se quería descansar, no hacía otra cosa sino echar agua en el fuego y quedaban descasados.

MARC. ¡Oh donosa costumbre, muchos habría agora que cada día lo apagarían!

DOR. ¡Y cómo habría hartos! En el reino de Marruecos cada hombre tenía un dios para sí, según lo cuenta Latancio, y era desta manera que, en sintiéndose una mujer preñada, luego iba al sacerdote al templo, y aquél le daba un dios de piedra, o plata, o de oro, cada uno como tenía la posibilidad, y aquel dios tenía la madre sobre la barriga hasta que paría, y cuando criaba cada vez que mamaba se lo ponía al niño en la cara, mas si por dicha el niño moría chiquito

no seyendo viejo, luego sus padres o parientes apedreaban al dios porque no lo había guardado bien, y si moría viejo luego ponían el dios en el templo. Otras veinte locuras y vanidades destas hay escritas, mas para que conozcáis cuán gran burlería es basta lo dicho.

MARC. Si mi hijo no ha de ser virtuoso más querría que cuando niño muriese.

DOR. Tienes por cierto muy mucha razón, porque la muerte del fijo causa sólo un dolor, mas el hijo malo e inobediente cadaldía da cinco mil enojos y pasiones[32]. ¿Qué aprovecha a un hombre ser rico, ser bien fortunado, alcanzar grandes casamientos, ser de todos acatado, tener grandes tesoros, ver a su mujer preñada, verla alumbrada, que críe el niño a sus pechos, o acertar en tener buena ama, si después por falta de buen castigo el hijo sale vicioso. Los padres que con gran afición desean los hijos, ruegan por ellos a los santos, hacen sacrificios a Dios que se los dé, primero debían pensar para que los quieren y procuran. No lo debe de procurar para jugar con él, para chufar con él, ni para decir hijo tengo a quien haga heredero, mas debe procurarlo para que Dios tenga un siervo, y él a la vejez tenga un hijo que con honra le sustente la vida, y después de muerto viva en él su memoria. Debes pues de quererle en fin para que en la vejez honre tus canas, y en la muerte herede tus riquezas; y esto pocas o ninguna vez lo hace el hijo cuando grande si el padre no lo crio bien en la niñez, porque jamás coge buena fruta en el verano si el árbol no cargó de buena hoja en la primavera. Cada día veemos los padres dar crudas quejas de sus hijos diciendo que les son desobedientes, que son soberbios, que son viciosos, y no paran mientes que ellos mismos son causa de sus mismos daños, porque ¿qué otra cosa es el regalo en la niñez sino agüero de los vicios cuando grande? Si el fijo es bueno, bueno es que el padre procure de no echar a perder lo suyo, mas si el hijo es malo, necio es el padre que le allega riquezas que él desperdicie. Cosa es maravillosa de ver el gran cuidado que un padre pone en dejar muy rico a un hijo, y más de notar es la diligencia que el hijo trae en gastarlo mal gastado. El hijo con lo que hereda es más vicioso, y el padre en allegarlos va camino a las veces muy trabajoso. Obligados son los padres a criar bien a sus hijos,

porque son sus prójimos, y porque han de ser sus herederos, con gran lástima debe tomar la muerte el que a un hijo malo deja su hacienda. En el tiempo del buen Solón Solonino se venieron a quejar un padre de un hijo y un hijo de un padre, el padre quería desheredar al hijo porque era malo y desobediente, y el hijo alegaba que él no lo había castigado cuando niño, y que si entonces él era malo él tenía la culpa; el buen Solón Solonino dio por sentencia que el padre por haber criado sin castigo al hijo cuando muerto careciese de sepoltura (que era cosa muy rigurosa entrellos), y que el hijo por la inobediencia totalmente fuese privado de la herencia, con tal que la herencia se pusiese en secreto para que el nieto de aquél la heredase, porque no era cosa justa que el nieto pagase la culpa del padre y del agüelo.

MARC. ¡Oh excelente juicio! Por Dios te ruego, señora Doroctea, prosigas en tu plática, pues tan provechosa es.

DOR. Sí haría, sino que me parece que es algo tarde para dar la vuelta a casa. Mas por conde[s]cender a tu ruego, en este poco de tiempo que queda fasta que mi marido venga por mí, que dijo que vendría cabalgando, te quiero decir algo de lo que el padre con el pequeño hijo debe de hacer. Volviendo pues al dicho o sentencia de aquel famoso filósofo, y ojalá mereciésemos tenerlo por juez en nuestro siglo, que por cierto yo creo que él hallaría muchos padres que castigar y aun muchos fijos que desheredar, decía muchas veces este buen filósofo que no sabía él cuál era mayor maldad, la que el hijo comete en desobedecer a su padre, o la que el padre hacía en no castigar a su hijo. Preguntado el buen filósofo Diógenes[33] qué haría para estar bien con los dioses, y no estar mal con los hombres, respondió el buen filósofo Diógenes: «Más dices amigo de lo que piensas en decir que los dioses quieren uno y los hombres aman otro, tres cosas has de hacer si quieres gozar del reposo desta vida, y estar bien con los dioses y también con los hombres, la primera es honrar mucho a los dioses porque el hombre que a sus dioses no hace servicios en todas las cosas será desdichado, la segunda es criar bien los hijos porque un hombre no tiene enemigo tan enojoso como su mismo hijo si es mal criado, lo tercero es ser grato y bien agradecido a todos sus

bienhechores, porque el dios Apolo me dijo que todo hombre que fuese ingrato de todo el mundo sería aborrecido; y más te digo, amigo», dijo el buen filósofo, «que destas tres cosas la más trabajosa y más provechosa, y aun la más enojosa es criar bien los hijos». Ésta fue la respuesta del filósofo, y por cierto él tuvo razón, que la cosa más provechosa es la buena crianza de los hijos, porque si todos fuesen bien criados toda la república viviría en paz. El hombre que es hombre claro está que pasó por los casos de mancebos, y por eso los debe más apartar dellos. Bien sabe el padre, pues fue mozo, que al mozo la sangre le hierve, la carne le llama, la sensualidad le convida, el demonio le tienta, y el mundo ase dél; todos los vicios al fin le están convidando, pues aquel hora que el mancebo comienza a tener discreción, no entonces le han de querer apartar de los vicios, que dende antes han de ir muy retienados. Si a un caballo desde el día que le echan la silla, le pusiesen el mueso en la boca, no lo sufriría muy bien, y por eso primero le ponen el freno y le hacen saborear, y después la silla, y después cabalgan en él, y al fin hincan las espuelas. Digo esto en el propósito: si a un mancebo desde niño le encomienzan a enfrenar, al tiempo que le quieren ensillar o por mejor decir de los vicios apartar, ni tirará coces ni corcobos. Deben mirar los padres que son muchas las ocasiones, y que donde hay muchas ocasiones con gran dificultad son los hijos virtuosos. Un hombre no hay duda sino que primero que fuese padre fue hijo, primero que fuese viejo fue mozo, y aun por desdicha primero que virtuoso fuese vicioso, pues si el padre vee que en el mundo hay tantos peligros donde tropezar, tantos arroyos que vadear, y aun tantos mares en que se ahogar, razón es que pusiese diligencia en a su hijo guardar. Débelo hacer porque salió de sus lomos, débelo hacer como prójimo, que al fin al fin creo que no hay ningún mozo, que no siendo refrenado y ayudado, no dé hocicos en los vicios, con pena suya e infamia de su padre y casa. Entre los lidos era en tanto tenida la crianza de los hijos que había una ley que ansí decía: «Ordenamos y mandamos que si un padre tuviere muchos hijos, solamente hereden la hacienda los más virtuosos, y si no hubiere sino uno virtuoso él lo herede solo, y si acaso todos los hijos fueren viciosos todos sean desheredados, porque los bienes ganados con trabajos no es razón que los hereden los

hijos viciosos». No es de maravillar agora en nuestros tiempos que un hijo sea vicioso, pues tienen por cierto que no han de ser desheredados, sino que ya saben que buenos o malos la hacienda es suya. Para mí tengo que si la ley delos lidos se usase, no osarían muchos y muy muchos alargar tanto las riendas a los vicios. Muchos mozos hay que dende sus niñeces son buenos e inclinados a virtud, y otros millares de millares hay que son inclinados a maldades, y ansí a los unos como a los otros aprovecha el castigo dende que son chiquitos, porque al bueno y que naturaleza le dio buena inclinación, prevalescerá en ella, y al malo y que se la dio mala, enmendarla ha, porque casi siempre la buena costumbre prevalece contra la mala inclinación. Bienaventurado se puede llamar el hijo que jamás supo qué cosa era el regalo, porque los que no saben otra cosa sino regalos, ni saben qué cosa es lo bueno, ni aun tienen fortaleza para resistir a lo malo; cuanto un hombre es más regalado, tanto es de los vicios del mundo más combatido. Una cosa muy vana hubo en la vida que el padre no sabe mostrar al hijo el amor que le tiene sino en regalarlo mucho, y cierto el padre que ansí lo hace no se puede llamar padre piadoso, sino padrastro muy cruel, porque en el mozo que hay libertad, hay mocedad, hay regalo, hay dinero ¿qué ha de hacer sino irse tras de los vicios del mundo. Algunos ejemplos quiero contar de gentes que criaban a sus hijos muy fuera de regalo, y aun muy hechos al trabajo. El buen rey Licurgo en sus leyes[34] ordenó que todos los mozos que naciesen en las ciudades hasta que hubiesen veinte y cinco años se criasen en las aldeas, porque allí se criasen apartados del regalo de sus padres. Entre los ligures que fue una gente muy belicosa y aun indomable, muy enemiga de los romanos, había una ley que ninguna persona ganase sueldo en la guerra sino se hubiese criado en la guerra, y en los campos guardando ganado, de forma que estuviesen curtidos en los trabajos de los fríos, de los soles, de los vientos, y de los yelos. Los de las islas Baleares, que agora son llamadas Mallorca y Menorca, eran tan cuidadosos en criar sus hijos en los trabajos (aunque bárbaros), que los cartaginenses daban cinco prisioneros romanos por uno de aquellas islas; era tanto el cuidado con que a los hijos criaban que las madres no daban a sus hijos cosa ninguna en la mano que primero no se la pusiesen en un alto donde él no

la pudiese alcanzar, sino era con hondas, y desta manera eran tan diestros en tirar de hondas cuando grandes, que todo lo que querían derrocaban, y aun con ellas muchas batallas vencían. En la gran Bretaña las madres en medio del invierno lavaban a sus hijos con el yelo, porque se hiciesen fuertes. Los masagetas a sus hijos cuando chiquitos les daban leche de dromedarios a mamar, y pan de bellotas a comer, porque se hiciesen más fuertes para pelear, y más ligeros para correr, porque no podemos decir sino que el hombre muy harto muy poco puede correr, ni aun trabajar. El gran capitán y rey Viriato, rey que fue de España, primero que fuese rey electo fue cosario por tierra muchos años, y era ya tan ejercitado en los trabajos, que cuando fue rey lo supo bien mostrar, porque si él no muriera nunca los romanos enseñorearan a España. En la ciudad de Capua antiguamente era ley inviolable que ningún mozo por casar durmiese en cama, ni comiese en mesa sino que comiese en las manos, y dormían en los poyos, y a la verdad era justísima ley, porque descanso no se inventó para los mozos sin barbas, sino para los viejos cargados de años. Era ley muy usada y muy guardada en Roma[35] que todo ciudadano romano no fuese osado de dejar andar a su hijo en cumpliendo diez años por las calles de Roma, tenían por costumbre que los fijos de los buenos, y aun de todos los romanos fasta los dos años mamaban, hasta los cuatro los regalaban, hasta los seis leían, y hasta los ocho escribían, hasta los diez estudiaban gramática, de allí adelante o habían de deprender oficios, o irse a los ejércitos, o proseguir los estudios; de manera que por Roma ninguno anduviese vicioso. Había otra ley también en Roma que decía: «Ordenamos y mandamos que todo romano que en el ámbito de Roma fuere vecino, sea obligado a tener a su hijo muy recogido dende los diez años arriba, o si acaso el mozo por dejarle el padre andar ocioso, o por no le haber mostrado oficio hacía alguna travesura, padre y hijo recebían la pena porque la mayor ocasión de los vicios es ser los padres descuidados y los hijos muy atrevidos». Decía también otra ley: «Ordenamos y mandamos que la primer desorden que el hijo de diez años hiciere, el padre sea obligado a llevarle a criar fuera de Roma, o dar fianzas que su hijo sería pacífico de ahí adelante». Era tanta la bondad de Roma entonces que a más de cuatrocientos mil niños que había en Roma un hombre

que tenía cuidado dellos los tenía tan sojuzgados a todos, cuando uno tuviere agora. A un hijo de Catón Censorino porque quebró un cántaro a una moza, y a otro hijo de Clina porque hurtó cierta fruta en una huerta, a entrambos desterraron de Roma. En ninguna cosa trabajaban tanto los romanos como en que mozos ni viejos no estuviesen ociosos; es la ociosidad en fin madre de toda maldad. Si tantos mozos no anduviesen agora por las calles perdidos, no habría tantas mujeres perdidas, porque si ellos se ocupasen en buenas obras ellas por fuerza se apartarían de las malas. Ya que los padres no quitasen el regalo a sus hijos, debríanlo hacer por una cosa y es porque no se hagan enfermos, que al fin todos los hijos muy regalados por la mayor parte salen muy enfermos[36], si no el ejemplo tenemos en la mano, que un fijo de un labrador que se cría por el campo en cueros, sin mantillas, sin calzas, sin zapatos, sin bonete, al agua y al viento, y al frío, dormiendo en el suelo, y aun por el yelo, es placer ver cuán sano vive, y por el contrario un hijo de un rico entre pañales de Holanda, y guardándolo del viento, y vistiéndolo en palacio, con jarabes y dieta al ama, y zumos de gallinas, al hijo vive tan enfermo y aun muere tan temprano que da ocasión al padre después de llorarlo. A veces gasta más un padre en criar un hijo, que en su vida toda él había gastado, y a veces falta después para casarlo. Una cosa muy digna de notar y mucha más de llorar[37], que los padres so color que los hijos son donosos críanlos parleros y aun chocarreros, lo cual después es infamia del padre y peligro del hijo, porque el niño que cuando chiquito se cría como truhán, cuando grande en obligación queda por la costumbre de serlo. Cosa de ver es con cuanta afición las madres y las amas, y aun los padres, enseñan a los niños a decir algunas torpedades, que ni a los padres les es lícito oírlas, ni a los hijos les conviene cuando grandes haberlas dicho. Aquella excelente Mamea[38], madre del emperador Alejandro, veinte y seis emperador en Roma, el cual fue tan pequeño hecho emperador que lo traían en brazos algún día de gran fiesta por Roma, túvolo la madre tan encerrado y con tantas guardas, que siendo preguntada por un senador romano por qué ponía tantas guardas en el hijo respondió ella: «No le pongo guardas por miedo que de ojo no le maten, sino por miedo que malas lenguas no le muestren torpedades, ni deprenda sino verdades». Di-

cho por cierto de tal persona como fue aquella excelente Roma. El padre que quiere que su hijo sea bueno, también debe él de ser bueno[39], porque si el hijo ha de ser honesto, conviene que el padre y aun el maestro que le amostrare sea honesto; si el hijo ha de ser verdadero, conviene que el padre y el maestro sean verdaderos; si ha de ser hombre largo, conviene que el padre y maestro sean largos; si ha de ser cuerdo, conviene que sean cuerdos ellos, y conviene que los padres procuren de ser sabios porque a los hijos puedan dar buenas doctrinas; conviene también para que los hijos sean bien acondicionados, no en regalarlos como he dicho a ellos, sino tratar con todos los otros; conviene en fin que sean los padres y maestros muy corregidos, si quieren que los hijos sean corregidos; y por abreviar mi plática y medirla con el tiempo, digo que cuatro cosas debe de hacer el padre con el hijo, o el maestro con el discípulo[40]: la primera es enfrenarlo y corregirlo que en ninguna manera salga de su boca mentira, porque la mayor bondad en el bueno es ser verdadero, y la mayor vileza en el vil es ser mentiroso. Merula lib. V. *De Cesaribus* dice que habiendo vencido el emperador Augusto al rey Abato, el cual siendo vasallo de Roma se había rebelado y era mentiroso, le tomó criar a un hijo suyo en casa con propósito que si fuese bueno le daría el reino y si malo se lo quitaría, y aconteció un día que andando el mozo solo por una huerta, comiendo fruta, el emperador lo vido y él no vido al emperador, y mandándolo llamar, el emperador le preguntó de dónde venía y el mozo le respondió que del Academia, entonces el emperador por aquella mentira lo privó del reino totalmente. Por este ejemplo deben los padres mirar y considerar cuánto va en que sus hijos sean verdaderos y no mentirosos, porque ni hablando ellos, ni respondiéndoles, deben consentir ser mentirosos, porque de mentir burlando en la mocedad viene a mentir de veras en la vejez. La segunda es que no consienta el padre al hijo desde niño ser truhán ni jugar, porque gran indicio es que el niño que fuere jugador que perderá a sí y a su hacienda desque grande. Séneca compara el jugador a un perro que rabia, que al que una vez muerde siempre le hace rabiar, cuya rabia siempre dura hasta la muerte. No sin gran causa el buen Séneca comparó los jugadores a los perros que rabian, porque a los que una vez muerden, a los que por mejor decir se

llegan a su compaña, les hacen perder la conciencia, la honra y la hacienda, y aun la vida, porque muchas veces en los juegos se mueven rencillas que paran en crudas muertes. Dicen muchos padres: «Dejaldos jugar, que juegan dos maravedís»; sepan una cosa los padres, si no la saben, que el niño que cuando chiquito se atreve a jugar una agujeta, se atreverá cuando grande a jugar la capa y aun el sayo, no se ha de hacer caso de lo poco que juegan sino de lo mucho que se dañan. El emperador Claudio Lugano Eugeniano, sexto emperador de Roma, tenía un hijo de muy buen juicio, y bien hermoso de cuerpo, y aun valiente de su persona cuando grande, y era tan mal inclinado a jugar, que no teniendo un día que jugar hurtó de la cámara de su padre una joya muy rica, y deste hurto fue sabidor su maestro, venido a oídos del emperador, al hijo privó de la herencia y al maestro hizo cortar la cabeza, y a todos los que con él jugaban desterró de Roma; no por el valor dela joya que para él era una poca miseria, mas por la mala incinación del hijo y por la maldad del maestro, y por la torpedad de los compañeros. La tercera cosa que el padre ha de procurar es que su hijo no sea atrevido ni desvergonzado, porque de los mozos atrevidos se hacen los hombres revoltosos, y de los mozos desvergonzados se hacen los malos. La honestidad que un hombre trae de fuera le encubre muchas flaquezas secretas. ¿Qué aprovecha al padre con el hijo ser blanco, ser rubio, ser lindo, ser gentil hombre, y darse a la ciencia, si no tiene vergüenza, porque de desvergonzados vienen a ser atrevidos? Theodorio emperador fue uno de los virtuosos emperadores del mundo, y jamás se quiso servir de mancebos desvergonzados, ni de hombres revoltosos, ni de viejo deshonesto; tuvo dos hijos asaz desvergonzados, y jamás los quería mirar a la cara, y a dos hijos de dos criados suyos por ser vergonzosos los asentaba a su misma mesa. No se maraville nadie que el emperador hiciese eso, un don es la vergüenza que roba los corazones. La cuarta cosa que a un hijo han de vedar y por que han de procurar es que no se ensucie ni revuelque en los vicios de la carne, porque este maldito vicio llama muy temprano a la puerta, y si se la abren jamás quieren que se la cierren. Los árboles que antes de tiempo echan flores poca fruta se espera dellos; quiero decir que los hijos que desde niños son viciosos poca esperanza tendremos que cuando

viejos que serán castos. Mucho han de velar los padres a los hijos en este vicio, que a veces les dirán que andan romerías y andan en ramerías. El vicio de la carne es de tal calidad que no pueden los hombres andar en él sin escrúpulo de la conciencia, sin detrimento de la honra, sin pérdida de la hacienda, sin corrupción de la memoria, sin perdición a veces de la vida, y sin escándalo de la república, porque las más muertes que veemos son por ocasión de las mujeres. Mucho excelentes son las palabras de Séneca Ad neronem lib. II. *De Clemencia:* «Si supiese que los dioses me habían de perdonar, y los hombres no lo habían de saber, sólo por la vileza del vicio de la carne no pecaría en la carne». ¿Qué diremos de los padres que tienen por gloria que sus hijos sean con mujeres traviesos y aun rufianes, y a veces crían de mejor gana el hijo de la manceba de su hijo, que no si fuera de su mujer legítima? ¿Qué diré de las madres que no sólo sufren las mancebas de sus hijos, mas les ayudan a sustentarlas? No por cierto otra cosa sino que son madres de los cuerpos y madrastras de las ánimas.

EUL. Una cosa te quiero preguntar, hermana Doroctea, y es cómo has alcanzado a saber tantas y tan grandes sentencias, historias y ejemplos, como en diversas pláticas me has contado.

DOR. Aunque se alargue nuestra plática yo te lo diré. Bien sabes que mi padre era hombre de mediana condición, y vivía de su hacienda en la cual se ocupaba poco, porque con una vez que hablaba a su criado que en ella tenía de lo que había de facer bastaba para tres y cuatro meses, y como era desocupado tenía en casa un aposento do tenía sus libros, algunos de latín y muchos de romance, y cada día se ocupaba en leer especialmente en invierno en anocheciendo, antes de cena, se entraba en su estudio, y después que había él y toda la casa cenado hacía a todos venir a la chimenea, y estando todos ansí al fuego, hacía algunas veces alguno de mis hermanos leer, y otras contaba lo que en su estudio había leído; y lo mismo hacía en verano en la sala en la siesta, estando mi madre y nosotras en nuestra labor y costura, y como yo entonces tenía pocos cuidados y buena memoria, quedóseme mucho dello en la cabeza. Y también leo en algunos libros de romance buenos, de los que mi padre dejó.

EUL. Por tu vida, señora Doroctea, que me digas qué cosa decía allí vuestro padre, y cómo él se había en el vivir y gobierno de su casa.

DOR. Aunque me haces ser prolija no dejaré en breve de decirte lo más principal. Lo primero que hacía era enseñarnos y tomarnos cuenta si sabíamos las oraciones de la iglesia en romance, y los artículos y mandamientos y lo demás de la doctrina cristiana que enseñan a los niños, quería que en nuestra casa cada uno en su aposento tuviese agua bendita, para el tiempo del levantar y acostar, diciendo que para esto lo había ordenado la iglesia, y ansí se traía cada domingo de la iglesia. Tenía de costumbre en tañendo la campana del alba levantarse, y entrarse en su recámara y recogerse en oración, y mandaba que nosotros lo hiciésemos ansí, y acerca desto nos daba avisos porque el demonio no nos engañase, porque decía él que si para esto no era que para qué se tañía aquella campana a tal hora. No consentía que ningún día quedásemos sin oír misa, y ansí siendo de día, sin tomar otra ropa más de los mantos con lo que traíamos por casa, nos íbamos a la perroquia mis hermanas y yo con mi madre, y mis hermanos con mi padre, y dígote una cosa que en muchas veces miré que hacíamos más hacienda y mejor hecha y todo se aliñaba mejor oyendo misa, que si por hacer la hacienda la dejáramos de oír. Decía él: «Debe cualquiera cristiano oír misa y acompañar el santísimo sacramento, y ansí en tañendo la campana para comulgar en la perroquia luego él iba con todos sus hijos que a la sazón estaban en casa, y mi madre lo mismo con una de nosotras, cuando con una, cuando con otra, como le parecía; y cuando ansí iba acompañando el santísimo sacramento fuese invierno, fuese verano, siempre iba quitado el bonete, y siendo ya viejo diciéndole un día pues tenía tanta edad porqué no se cubría, respondió: «Hija la vida bien perdida no es perdida, y agora lo debo de facer mejor pues estoy más cerca de ir a dar cuenta a Dios». Ningún criado ni criada había de quedar sin confesarse y comulgar las tres pascuas del año, y los días de nuestra Señora de Agosto y todos santos; y mis hermanos y madre estos días y más los días de nuestra Señora, y si algunas veces nos confesábamos más a menudo, parecíale bueno y holgaba mucho dello, y decía que la tierra que menu-

do se cava, y la casa que muchas veces se barre y alimpia, ni en la una se arraigan malas yerbas, ni la otra cría telarañas, y pues cada día y hora nos puede la muerte llevar conviene cada día estar aparejados (como Cristo lo manda); para este aparejo la confesión era lo que más convenía, y que esto aunque no fuera para más de para nuestro descanso lo habíamos de hacer ansí, y en lo de la comunión decía lo mismo, con tal condición se recibiese, con aquella reverencia y aparejo que era razón, y siempre se hiciese con consejo del confesor sabio y prudente, y de buena vida, el cual confesor en esto y en otro era el juez. Cuando tañían en la iglesia a alzar, o en la noche a la oración, enojábase si no hacíamos oración hincadas ambas rodillas y juntas ambas las manos, porque decía él que estos eran actos muy encomendados en la sagrada escritura, y de que Dios mostraba ser servido, y que para sí tenía que no había cosa que más devoción le causase cuando rezaba que hincar las rodillas y levantar las manos. Tenía mandado en casa que ningún pobre llegase a la puerta que no se le diese limosna, y cuando no hubiese dineros de lo que hubiese por casa. Decía él que los mayores mercaderes, de mayor trato y más seguro, a quien él había envidia por no hacer otro tanto, eran los que en sus perrochias y colaciones tenían cuidado de pedir a ricos y dar a pobres, casar huérfanas, y socorrer y amparar viudas, porque estos poco a poco sin trabajo, cuando llegaba la hora de la muerte tenían cogido un gran caudal. Encargábanos mucho que fuésemos devotos de rogar a nuestro señor por las ánimas de purgatorio, porque era limosna muy agradable a Dios en ayudar a quien está en tanta necesidad sin se poder ayudar, y ponía ejemplo diciendo si viesedes estar en un fuego metido alguna persona, que ella no se pudiese valer, y la pudiesedes socorrer, ¿no sería crueldad grande no facerlo, mayormente si era vuestro amigo o pariente? Pues todos somos en Jesuchristo hermanos de los que están en purgatorio. Y contaba grandes favores y bienes que Dios había hecho a personas que esta devoción tenían, que sería largo de contar. Aconsejábanos mucho que después de nuestra señora tuviesemos algún abogado en el cielo de bien, y a quien cada día nos acordásemos y rogásemos, y que en ninguna manera creyésemos a los que otra cosa debajo de un barniz de Jesuchristo dicen, porque aunque en decir que rueguen

a Jesu Christo digan bien, en decir que no curen de rogar a los santos dicen mal. No es falta de crianza, ni menos de prudencia, el que va a negociar con el Rey rogará a su camarero lo ponga bien, y se halle presente a lo que le quiere pedir, interceda por él, porque quien al escudero por ser criado del conde honra, al señor más que al criado honra, y decir otra cosa que era caer en grandes errores, porque las cosas de la santa madre iglesia están trabadas unas con otras (mediante la virtud de Dios que la rige), y que ansí lo tenía la iglesia de la cual no nos hemos de apartar, porque el peso, la regla, la medida de la verdad allí la dejó Dios, y fuera de allí todos son juicios y opiniones de hombres, que lo que a uno parece bien a otro parece mal. Y con gran vehemencia decía: «Aunque veáis ángeles del cielo hablar contra la iglesia no los creáis, porque los tales no serán del cielo sino del infierno, tales parecían los luteranos, a lo primero ayunando, llorando, orando, desnudos, descalzos, con muchas letras, y con un Jesu Christo en la boca que nunca se les caía, que parecía que las entrañas se les resgaban, empero mira en que han parado, mira las locuras que dijeron, traición se comete con afrentar al rey o a su mujer, o a los que están cabe él, por eso no dejéis de rogar, acatar, y reverenciar a los santos». Con ser hombre de gran paciencia no podía sufrir sin airarse contra quien ponía lengua en la menor cerimonia que la iglesia tiene diciendo: «¡Oh soberbios engañados del demonio!, sin sentir lo que aunque habéis leído mucho habéis rumiado y gustado poco, ¿cómo os atrevéis a quitar la orden del servicio que el espíritu santo tiene puesto en su iglesia? y ¿cómo quitáis a la esposa las donas de ajorcas, manillas, zarcillos, collares, piedras y joyas con que Christo tiene hermoseada su esposa? Ciegos que dejáis el camino real por do ha caminado y camina la iglesia dende que Christo murió, con tan gran procesión de letrados santos y amigos de Dios, y tomáis unas sendas que no son sendas sino huella de raposas y otras fieras bestias que han andado y andan por la viña del señor, ¿cómo no miráis lo que Christo dijo a sus discípulos cuando murmuraron contra la Magdalena por aquella bendita cerimonia que fizo en derramar sobre su cabeza aquel ungüento de olores diciendo: «¿Por qué sois molestos a esta mujer, buena obra ha obrado en mí?». Y es claro que era cerimonia, pues era de olor y sin ella se pu-

diera pasar Christo como hasta allí se había pasado. Estos tales si se hallarán en el recibimiento del día de Ramos en Hierusalem, ni salieran con ellos, ni menos en el enterramiento de Christo no fueran tan bien criados como Ioseph Abarimatia Nicodemus. Antes les reprehendieran porque ni compraran sábana ni miraran si estaba limpia, ni menos para poner tal joya como aquel sacratísimo cuerpo, ni miraran si el sepulcro era nuevo o viejo, si estaba limpio, si estaba sucio. Pregunto a los tales: si un rey estuviese desposado, y cuando fuese a ver su esposa los que tuviesen cargo della, si la tuviesen desgreñada, con andrajos sucios, vestida en aposento sucio, los criados de su servicio desmelenados, mugrientos, en piernas sin zapatos, llenos de lodo, las manos negras, las uñas largas, ¿ternía el rey razón de enojarse con los que tenían a cargo la gobernación dela persona y casa de su esposa? Por cierto sí, y así decía él que todos cuantos esto oyesen lo habrían de contradecir y aun escupir, y sería christiana contradición según dice el profeta: «Extraño soy hecho a mis hermanos, y desconocido a los hijos de mi madre, porque el amor de tu casa me comió y abrasó, que las injurias y afrentas que a ti hicieron cayeron sobre mí». Dicen ellos: «Basta tener a Jesuchristo». ¡Oh locos y ¿para eso las cirimonias dañan? Cierto no, antes aprovechan. Quieren tener a Jesu Christo y no dan medios para alcanzarlo, antes excluyen los que la iglesia tiene para poseerlo y festejarlo después de poseído, y añadían no saber regir a sí mismos, y quieren reprehender y meter la mano en todo. Pésales a ellos cuando sus criados para hablarlos no se quitan el bonete, y cuando ante ellos no están en pie, dicen que no hace al caso estar al evangelio en pie o sentado, con bonete o sin él, y cuando alzan estar de rodillas o asentados, y concluía: «Guardaos de novedades, mayormente en este tiempo que todas son de Satanás». Mandábanos que a todos los ministros de justicia, así eclesiásticos como seglares, los tuviésemos en mucho, y los reverenciásemos y rogásemos a dios por ellos, porque los unos y los otros eran ministros de Dios, y en este mundo estaban en su lugar para servicio suyo y por bien nuestro. Cuando algún clérigo de misa le venía a hablar, por pobre que fuese le había de dar la mejor silla, y ponerlo a la mano derecha, y hasta que el clérigo se ponía el bonete nunca él se cubría la cabeza. Nunca acababa de loar a la

princesa doña María, mujer de nuestro príncipe don Philipe, porque nunca mientras vivió se pudo acabar con ella que diese a mano al sacerdote, cualquiera que fuese, y decía que aquellos apostólicos sacerdotes que estaban en el cielo le habían alcanzado con sus ruegos estuviese do ellos, por haber estimado en tanto su orden sacerdotal. Y cuando de algún gran señor o señora contaban que algún clérigo le había pedido la mano, y él se la había dado, decía: «Cortada la mano a quien la dio, y castigado el clérigo que la pidió». Y refería que en un libro llamado Plactuz eclesie el autor del libro que era clérigo hacía grandes exclamaciones y lástimas contra sí mismo, y con gran importunidad le hicieron que fuese a hablar a un rey cristiano y le pidiese la mano, y añadía: «¡Oh clérigos si supiésedes y entendiésedes vuestra dignidad seríades angeles, y nosotros besaríamos la tierra que hollasedes!».

EUL. Por cierto cuanto has dicho es de cristiandad y muy puesto en razón. Bien mostraba, señora Doroctea, tu padre en el reposo de su persona, en el sosiego de su habla, en el poco andar por las plazas, que era persona que haría y diría cosas semejantes. Ruégote que prosigas tu plática que no solamente no recibo pena antes merced.

DOR. Pues que lo mandas diré lo que más me acuerdo, y es que no consentía que en su presencia hombre dijese mal de otro, mayormente de eclesiásticos, y decía que nos acordásemos de los que murmuraron contra Moysen y Aron, que vivos los tragó la tierra, y que cuando oyésemos mal de alguno que nunca livianamente lo creyésemos hasta que lo viésemos, porque aquí entraba bien lo que dicen «ver y creer». En comenzando a hablar en su presencia cosas sin provecho, luego volvía la plática en cosas de Dios o de virtud; o si decían de alguna persona eclesiástica que tenía muchos bienes y mucha renta, y que estaba rico y que lo gastaba como si fuera patrimonio, o que hobiera heredado, rasábansele los ojos de agua y dando un sospiro decía: «¡ay!», y preguntándole una vez mi hermano el estudiante que por qué recebía pena en oír aquello, pues era verdad que pasaba así, y todos los veíamos y sabíamos, respondió: «Cuando oigo eso y veo lo que veo, digo entre mí, o los santos doctores en lo que escribieron y

los sagrados cánones en lo que ordenaron acerca de tener muchos beneficios y renta y acerca del gastarla no acertaron, o éstos van el camino errado, y como sea verdad que los doctores y decretos no erraron tengo para mí que éstos van perdidos, y que la hambre, la sed, la desnudez, la necesidad y pobreza de los que la padecen dan voces contra ellos ante Dios, y que contra los tales se entiende lo del sabio en los proverbios («Hay camino que parece bueno y al fin tiene mal paradero»), y como veo lo uno y considero lo otro no puedo conmigo acabar de recebir pena, porque no les hallo tanta sobre esto con Dios excusa el día de su muerte, y también la recibo porque veo este descuido en ciertos amigos míos a quien entrañablemente deseo salvación; que pluguiera a Dios que nunca por su casa entrara renta de iglesia, que cuando no tenían sino día y victo eran ángeles en su vida y deso que tenían repartían con los pobres, y después que enriquecieron viven mal y la hacienda gastan peor, el que más dellos se ha alargado a hacer obras de caridad según él piensa es que quiere hacer un sepulcro de costosa cantería en una pared de la iglesia para pasar allí los huesos de sus padres, aunque le cueste quinientos ducados, diciendo que no es razón habiéndole Dios dado en su iglesia tantos bienes y renta que estén sus padres en sepultura como están los que eran de su oficio y manera, y certificoos que aunque ha más de dos años que sus padres murieron no les han mandado decir una misa después del día de sus enterramientos, ni él la ha dicho porque después que es rico no ha cobrado, ni menos ha pagado sus deudas, aunque le dejaron bien de qué, y sintiendo y viendo esto no os maravilléis si se me saltan las lágrimas, antes os maravillad cómo no se me rompen las entrañas».

EUL. Todo me parece bien, empero una duda se me ha ofrecido agora en lo que arriba dijiste que tu padre quería que ningún criado ni criada quedase sin confesar ni comulgar las tres pascuas, porque me parece que no habría criado que lo hiciese o que los obligaba y ponía carga más de lo que la iglesia manda.

DOR. Bien parece que no conociste padre, y que eres hija de viuda. Mira cada uno en su casa es rey y perlado, y puede mandar lo justo y honesto que no es contra Dios ni contra sus leyes, y ansí mi padre mandaba esto en la suya, pues los

padres de los hijos y los señores de los criados a sus esclavos, y los amos de los criados han de dar cuenta a Dios de cómo viven, y si mandándolo alguno no lo hacía lo despedía, cuanto más que antes que recibiese el criado o criada se informaba muy por entero de sus costumbres, y al tiempo que venía a casa le decían la ley de mi casa es ésta: verdad, fidelidad, honestidad, y callar, si con estas condiciones queréis estar, si no andad con Dios, porque decía él que los que hablaban a voces o eran sordos o locos. Y ansí te digo, hermana Eulalia, que aunque en mi casa a la continua estábamos catorce o quince personas, mis padres, cuatro hermanos, cuatro hermanas, dos criados y dos criadas, y a las veces tres, no parecía que en ella había gente sino que era el monesterio más recogido y de más silencio, porque era sobre manera enemigo de oír voces, o que hablasen alto, mucho más quisiera hablar sino que me parece que viene el señor Iulio, mi marido, por mí.

MARC. Es verdad, y plega a Dios, señora Doroctea, te dé tanta alegría como a mí con tu plática has dado consolación.

EUL. Jamás quisiera, hermana Doroctea, que acabaras. Mas pues más no puede ser, cúbrete mientras hablamos al señor Julio.

DOR. Dios quede con vosotros.

EUL. Y vaya con vosotros.

Fin del cuarto coloquio

Laus deo & beate virginis exus genitrix



NOTAS DEL COLOQUIO CUARTO

1 Anejo. Posible error por ajeno.

2 (*Relox* II, IX, fol. LXXX). Esta justificación no tiene mucho sentido en boca de Doroctea, mujer y casada. Lo que no solo pone al descubierto cómo funciona de portavoz del autor, sino que también plantea la afloración no pertinente de la fuente guevariana.

3 (*Relox* II, IX, fol. LXXX).

4 (*Relox* II, XI, fols. LXXXII y vto.).

5 Sigue Luján muy de cerca la enumeración guevariana entremetiendo ejemplos que en el *Relox* han aparecido en el Cap. X de la segunda parte. (*Relox* II, XII, fol. LXXXIV).

6 (*Relox* II, X, fols. LXXXI vto.-LXXXII).

7 (*Relox* II, X, fol. LXXXI vto.).

8 Tal leyenda genealógica gozaba de común aceptación en el siglo XVI, comenzando por la propia familia a la que atañía. Fray Antonio de Guevara fundamenta implícitamente en ella su orgullosa proclama, respondiendo a micer Pero Pollastre: «De llamarme vos ladrón no me corro… por especial blasón tienen en España llamarse los Guevaras ladrones, como tienen los Mendozas llamarse hurtados» (Epístola, II, 42,

pág. 442). Un relato muy próximo al de Luján trae Pedro de Medina en su *Libro de las grandezas y cosas memorables de España* (1548): «Don García Iñiguez, pasando por unos despoblados con la reina su mujer, llevando poca gente salieron a ellos muchos moros, y como el rey no pudiese defenderse dellos, murió allí con los más de los suyos. La Reina, que iba en días de parir, como huyese, echáronle una lanza por el vientre de que cayó muerta; y como se hallase allí un caballero del Rey llamado Guevara, vio cómo por la misma herida de la lanza sacaba un niño el brazo, como que se esforzaba a nacer, viendo esto, el caballero abrió el vientre de la madre y sacó un infante muy hermoso y aderezándolo lo mejor que pudo, tomó destos algunos testigos de los que la pelea habían quedado vivos, y tuvo manera como lo más breve que él pudo llevó el niño a su casa, donde él y su mujer lo criaron y le pusieron nombre en el bautismo don Sancho Garcés. Después… este infante fue electo por rey» (*Obras de Pedro de Medina*, Ed. de A. González Palencia, Madrid, C.S.I.C., pág. 209).

9 (*Relox* II, IX, fol. LXXXI).

10 (*Relox* II, X, fols. LXXXI y vto.).

11 (*Relox* II, IX, fols. LXXX vto.-LXXXI).

12 (*Relox* II, IX, fol. LXXX vto.).

13 (*Relox* II, XI, folios LXXXII vto.-LXXXIII).

14 Reproduce ahora Luján la séptima causa de aborto, sin nombrarla como tal, cuando después de haber anunciado siete había solo enumerado seis. «Lo séptimo, guárdese el marido que tuviere muger preñada, no niegue a su muger quando le pidiere alguna cosa honesta, porque en concedérselo puede yr poco, y en negárselo puede recrescer en daño, y no sería justo, pues ella con su parto honra, y aumenta la República de Roma, Roma consintiesse que ninguna muger preñada rescibiesse afrenta.» (*Relox* II, XIII, fols. LXXXIV y vto.).

15 Guevara hace relator de esta historia a Marco Aurelio; Luján la corta para adaptarla a su diálogo. (*Relox* II, XVI, fols. XCIII y vto.).

16 (*Relox* II, XI, fols. LXXXIII y vto.).

17 (*Relox* II, XI, fol. LXXXIII).

18 (*Relox* II, XVII, fols. XCIV vto.-XCV vto.).

19 (*Relox* II, XVIII, fols. XCV vto.-XCVI vto.).

20 (*Relox* II, XIX, fol. XCVII).

21 (*Relox* II, XIX, fol. XCVI). Luján atribuye la anécdota al africano, leyendo mal a Guevara y en contradicción a lo que después se afirma.

22 (*Relox* II, XIX, fol. XCVI vto.).

23 (*Relox* II, XIX, fols. XCVII y vto.).

24 Luján extracta en algunos párrafos un largo razonamiento de Guevara. (*Relox* II, XIX, fols. XCVII vto.-XCVIII).

25 Guevara coloca en este razonamiento dos ejemplos. Uno de Marco Aurelio del cual prescinde Luján, y otro de la emperatriz Arielna, que reserva para más adelante. (*Relox* II, XX, folio XCVIII vto.).

26 (*Relox* II, XX, fol. XCVIII vto.).

27 La numeración de las condiciones no coincide exactamente con la guevariana porque Luján se salta algunas y resumen otras. (*Relox* II, XX-XXI, fols. XCVIII vto.-CI vto.).

28 (*Relox* II, XXI, fol. CI vto.).

29 (*Relox* II, XXII, fol. CII vto.).

30 Confunde Luján Tiberio con Calígula según el texto guevariano: «Calígula fijo que fue del buen Germánico, aunque fue entre los cesares el quarto y entre los tiranos el primero, como se diessen en Roma unas cédulas para quitar quartanas y para curar a las criaturas, proveyó por edicto público que el hombre o muger que las hiziesse muriesse por ello, y el que las comprasse, o truxesse por Roma fuesse açotado, y para siempre desterrado.» (*Relox* II, XXIV, fol. CV vto.).

31 Luján elimina todas las digresiones que dan colorido personal el texto guevariano. (*Relox* II, XXIII, fols. CII vto.-CIII).

32 De nuevo Luján resume y prescinde de algunos ejemplos. (*Relox* II, XXXII, fols. CXVI-CXVII).

33 (*Relox* II, XXX11-XXXIII, fols. CXVII-CXVIII vto.).

34 Luján resume a Guevara, pero a veces lo hace tanto que sus afirmaciones parecen inconexas e incluso faltas de sentido. Obsérvese, por ejemplo, el pasaje de Viriato que viene a explicar una incongruencia de los *Coloquios matrimoniales*. (Relox II, XXXIII, fols. CXIX-CXX).

35 (*Relox* I, II, fols. III y vto.).

36 Luján resume el razonamiento de Guevara: (*Relox* II, XXIII, fol. CXX vto.).

37 (*Relox* II, XXXIII, fols. CXX vto.-CXXI).

38 (*Relox* II, XXXIII, fol. CXX).

39 Luján resume enunciando las características que Guevara considera imprescindibles en el buen ayo. (*Relox* II, XXXIV, fols. CXXI vto.-CXXII).

40 (*Relox* II, XXXIX-XL, fols. CXXXII CXXXIV vto.).


UINTO

ARGUMENTO DEL QUINTO COLOQUIO

Coloquio quinto, en el cual Julio, hijo de Doroctea, hallándose acaso con Hipólito, hijo de Eulalia, hablan entre s[í] qué virtudes ha de tener el buen niño y de qué vicios se ha de apartar, cómo se ha de haber en el estudio y lo demás. Tratan materias cristianas y muy provechosas.

Son interlocutores:

JULIO, hijo de Doroctea

HIPÓLITO, hijo de Eulalia

JUL. Dios te salve, mi hermano Hipólito[1].

HIP. Salvo seas, hermano Julio.

JUL. ¿Qué te has hecho, hermano Hipólito, tantos días ha que no te podemos ver, si no es por jubileo?

HIP. He estado en la heredad con mis padres quince días ha.

JUL. Pues ¿en qué entendías en la heredad, cavábasla por dicha, sembrabas la hortaliza, trasponías las coles, o arrancabas los rábanos?

HIP. Ninguna cosa desas hacía.

JUL. Pues ¿en qué entendías estando allí? ¿Por ventura eras tú astrólogo que estabas contemplando las estrellas?

HIP. Ni aun eso soy.

JUL. ¿Pues qué hacías?

HIP. Estábame holgando.

JUL. Mejor dijeras dañando, mejor fuera que estuvieras en el estudio estudiando, o en la iglesia rezando, porque al buen cristiano o lo han de hallar en su oficio trabajando, o en el templo contemplando.

HIP. Muy santo estás.

JUL. El mayor bien que en mí conozco, y la mayor santidad, es conocerme que soy todo mal cristiano.

HIP. Para estarme continuo rezando meterme hía fraile.

JUL. Engañado vives. Sé que bien puede uno servir a Dios fuera de los claustros como dentro dellos. Ni tampoco creas que todos los que en el claustro viven son santos, antes hay de todos metales.

HIP. Es verdad, mas allí hay menos ocasiones que no acá fuera.

JUL. Ansí donde sobran las ocasiones no se excusan los tropezones, y aun las caídas, cuanto más que tu edad es muy tierna para entrar en la religión. Podrá ser que cuando grande, conociendo más del mundo entre en ella.

HIP. Pues tú, Julio, haces lo que me dices, que o siempre estás en el estudio, o siempre estás en la iglesia, nunca estás en casa.

JUL. No debes tomar las cosas tan por el cabo, que tiempo hay de rezar, tiempo de estudiar, y tiempo de dar reposo al cuerpo, y tiempo de darle el mantenimiento sin el cual no podría vivir.

HIP. ¿Tan repartido tienes el tiempo?

JUL. Mídolo según mi edad.

HIP. Muchas veces oí a mi madre y padre loar la extraña sabiduría de tu madre Doroctea, y para mí tengo que no puede dejar de salir de tal rosa sino tal pimpollo como tú.

JUL. Plega a Dios que me faga tal, que en algo pueda los sanos consejos que de mi madre oí imitar, que si lo hago no dejaré de ser bueno.

HIP. Mucho querría me contases cómo te has, ansí en tus costumbres como en la participación de tu tiempo, porque querría mucho imitarle[2].

JUL. Plega a Dios que con el sano ánimo que yo te diré lo que mi juvenil edad sintiere, lo tomes tú, hermano Hipólito, que yo fiador que no te vaya mal dello.

HIP. Yo estaré atento. Cuéntame por tu vida lo que debo hacer.

JUL. Soy contento. Lo primero que debes hacer es adornar tu ánima de buenas costumbres, para que después puedas edificar bien encima; poco aprovechan los estudios si no van en Dios fundados y de buenas obras edificados. Para hacer una pared alta primero que alcen la pared sacan la conija echando toda aquella

mala tierra fuera, y luego le echan su cal y arena bien pisada para que el edificio sea firme; quiero decir por esto que para edificar nuestras ánimas menester habemos de sacarle la mala tierra de los vicios, y luego hacer la zanja a pisón de servicio de Dios, y sobre tan buena zanja sin escrúpulo ninguno podemos alzar las paredes con las buenas obras. La primera cosa que un niño debe de facer es huir la ociosidad porque es aposento de toda la maldad, ningún hombre ocioso jamás hace buen fruto; los niños ociosos cuando niños gran ocasión tienen cuando grandes para ser ociosos. Este apartar de ociosidad no ha de ser ejercitándonos en obras malas, salvo en aquella que podemos sacar fruto en la vida y descanso en la muerte. Filósofos hubo que pusieron su suma filicidad en estar ociosos, y no tener nada que se facer, y yo tengo la ociosidad por gran vanidad. Algunos emperadores hubo que por no estar ociosos buscaban ejercicios no por cierto de personas de altos estados: el emperador Calígula mandaba a sus esclavos que cada día le matasen tantas hanegas de moscas, y él mismo por sus manos andaba por su palacio a matarlas, muy más sano le fuera aquel emperador ejercitarse en su oficio que era gobernar el imperio, que por una parte por falta de gobierno se perdía, y por otra en matar moscas era gastar él su tiempo malgastado. Los santos padres estando en los yermos no querían el tiempo que de la oración vacaban estar ociosos, antes tejían unos canastillos de mimbre, o de palma, no para vender ni para ganar de comer porque no tenían a quien venderlos, puesto que para ese efecto los hicieran y del cielo eran apacentados. El bienaventurado san Hieronymo, él mismo tejía unas vestiduras de palma con que en el yermo andaba vestido. Ansí que la ociosidad la pueden llamar madrastra de las virtudes y madre de todos los vicios; ésta es pues el principal lugar por donde el demonio nos combate, que es hallándonos ociosos, y por el contrario los buenos ejercicios son puertas de todas las virtudes. La segunda cosa es huir el regalo del padre y de la madre, porque ellos como padres que piensan ser piadosos hacen a sus hijos con sus regalos ser viciosos[3], y ellos toman nombres de crueles, porque más cruel sería el padre que a su hijo hiciese vicioso, que no el que de la vida le privase, porque con lo uno ganan una sola muerte y ven un solo dolor, mas si el padre es bueno y el hijo vicioso cinco mil dolores causa el

hijo vicioso al padre bueno. Regalar un padre a su hijo es darle rejalgar con que muera en esta vida y en la otra también. Muy fuera de las voluntades de los romanos estaba que sus hijos fuesen ociosos[4] pues de los diez años arriba ninguno podía andar por la ciudad sin tener oficio, y fue ordenado que todos trujesen cuando anduviesen por Roma en la mano la insignia de su oficio: el zapatero una horma, el sastre unas tijeras, y así cada uno, y también los del Senado traían sus insignias, porque el cónsul sacaba mazas, el censor una espada delante, el edil un peso, el senador unas hachas, y ansí cada uno de los otros. A dos hijos de dos senadores desterraron entonces sólo porque el uno hurtó cierta fruta en una huerta, y al otro porque quebró un cántaro a una moza[5]. ¡Oh Dios y cuántos desterrarían agora que no sólo hurtan fruta más hazen cinco mil travesuras, que cuando grandes vienen a parar en deshonras! Ley era en Roma usada[6], según oí decir a mi madre muchas veces, que cualquiera romano que a su hijo le sufriese hacer dos travesuras por la segunda llevase tanta pena el padre como el hijo, y no creas, hermano Hipólito, que entonces tenían muy regalados a sus hijos[7], porque el buen Augusto emperador si estando alguna vez en el senado y entrando sus hijos algún senador como a hijos del emperador les hacía acatamiento, al emperador le pesaba, y al senador reprehendía, y a ellos en su presencia jamás les consintió asentar. Siendo una vez preguntado por un senador por qué era tan desamorado con sus hijos, el emperador respondió: «Si ellos fueren tales que lo merezcan ellos, se asentarán donde yo estoy, y si no lo fuesen no es razón que lleven esta honra». Dende agora muy fuera desto están muchos padres agora, que no sólo a sus hijos les consienten ante ellos estén sentados, mas la primer silla es dellos en la mesa. Al propósito hace un lindo cuento que este otro día me leyó mi madre en un libro que me declaraba[8], y fue que era ley muy antigua y muy usada y muy guardada en Athenas que ningún ciudadano fuese osado de comprar cosa ninguna para su casa sin que tuviese delante un filósofo que la juzgase y mirase, porque no hay cosa que más dañe a la república que los unos vendan como tiranos y los otros compren como locos; estando pues mercando un hombre ciertas cosas superfluas un verano, hállose delante un filósofo, y visto lo que aquel hombre compraba, eran cosas poco necesarias para su casa, le

dijo: «Ruégote hombre de Tebas ¿por qué gastas tus dineros en lo que no es necesario para tu casa ni menos para tu persona?». Respondióle el tebano: «Hágote saber, filósofo, que compro estas cosas para darlas a un mi hijo de veinte años que jamás fizo cosa que mal me pareciese, ni me pidió cosa que se la negase». Respondió el filósofo: «¡Oh bienaventurado padre! Si como eres padre[s] fueras hijo, y lo que tú dices de tu hijo dijeras tú de tu padre, ¿de ti no sabes tú que hasta los veinte y cinco años el hijo no ha de saber sino hacer la voluntad de su padre, y el buen padre debe contradecir los apetitos del hijo? Mas pues ansí es, bien te puedo llamar padre malaventurado, pues tú estás a la voluntad de tu fijo y tu hijo no está a la tuya, mas yo te digo que lo que tú agora ríes con él tú lo llorarás presto y a solas sin él». Estas fueron las palabras de aquel buen filósofo, y aunque las palabras fueron pocas, muy preñadas están de sentencias, porque el padre que está al querer del hijo no le podemos llamar sino hijo obediente, y al hijo que manda a su padre qué le diremos sino padre desventurado. El padre en fin que a su hijo regala más deseo tiene de verlo en la horca que no en otro cabo en honra. La tercera cosa que el buen hijo ha de hacer es ser pacífico con todos, y bien quisto; por cierto que el que desde su niñez es pacífico cuando grande vive bienaventurado, y por el contrario el que es mal quisto siempre vive la vida sospechosa. Las personas bien quistas siempre alcanzan las grandes dignidades. Cuesta tan poco el bien hablar, y aún el bien obrar, que si bien lo consideramos mucho más cuesta la mala palabra que la buena. Esforzado fue Iulio César[9], sabio fue, conquistador fue, buen gobernador fue de su república, mas sólo por ser mal hablado o descuidado en el hablar fue mal quisto, y siendo mal quisto vino a morir con veinte y tres puñaladas. El hombre en fin pacífico y bien criado de todos es amado. La cuarta cosa que un niño a un viejo ha de tener es no ser mentiros[o][10]. Cosa tan vil es la mentira que los malos la habían de huir, y los buenos no la habían no sólo de decir, mas ni aun oír; grave cosa es que se ponga un padre y una madre a reir una mentira de un niño habiéndola con más razón de llorar[11]. Toman los padres por gracia que sus hijos cuando niños mientan y no lloran lo que cuando grandes les sucederá muchas veces. Los padres con pereza no quieren dar buena crianza a sus hijos diciendo que son niños, y que

les queda harto tiempo para ser doctrinados, y para mejor excusa de su error afirman que les es dañoso a la salud de los niños el castigo. Con este descuido que tienen los padres de sus hijos permite Dios que salgan tan escandalosos en las repúblicas, tan infames a sus parientes, tan inobedientes a sus padres, tan malignos en sus condiciones, tan aviesos en sus costumbres, tan inhábiles para la ciencia, tan incorregibles con disciplina, tan amigos de la mentira, y tan enemigos de la verdad, que quisieran más sus padres haberlos castigado con ásperas disciplinas, o con haberlos llorado con lágrimas, que verlos vivir con infamia y venir a parar las más veces a la forca. Aunque el hijo sea muy bueno conviene que sea de cuando en cuando, si no hay ocasión para ser castigado, a lo menos reprehendido[12], porque por de muy buen acero que sea un cuchillo conviene que de cuando en cuando le den un filo para que corte mejor. Lo cuarto debe un niño apartarse mucho de los vicios de la carne[13] no sólo de cometerlos mas ni verlos, y no sólo de no verlos mas de oírlos mentar; es cosa tan vil y tan sucia en sí este vicio de la carne que no sólo causa al que lo comete, mas su hedor inficiona el pueblo todo, y acarrea la muerte temprano. Andase un mozo desordenado y lujurioso en la mocedad, viene a vivir enfermo a la vejez. Yo te certifico, hermano Hipólito, que si alguno de los viejos que son agora les fuese lícito tornar a la mocedad, que ellos mirarían mejor por sí que no miraron, ellos se apartarían más que no se apartaron; es tan malo y tan inorme este vicio de la carne que acabado de cometer trae la pena consigo, con el pesar. Y ansí dice el filósofo que cualquier animal después del ayuntamiento se entristece, sacando el gallo[14]. A Sócrates el buen filósofo le aconteció una cosa harto buena de saber, y fue que por ver una ramera muy hermosa y muy nombrada anduvo más de cincuenta leguas, y al cabo del camino, como se llegase a casa de la señora, y le pidiese la moza cierta suma de maravedís por dejarle entrar, respondió el filósofo: «No plega a los dioses que por un tan breve deleite, y que apenas lo habré hecho cuando me habré arrepentido, yo gaste mi hacienda». Dicho por cierto digno de tal varón. Bien conocía este filósofo la gran infelecidad que el vicio de la carne tiene consigo, pues no quiso gozar de aquel torpe deleite por no llorarlo toda su vida. No me maravillo yo cómo los hombres tocados y aun acoceados

deste vicio en la mocedad son enfermos en la vejez, si no cómo llegan a ella sin primero caer en la muerte desta vida, y aun en la del ánima. El buen Séneca decía[15] que si supiera que los dioses le habían de perdonar este vicio de la carne y los hombres no lo habían de saber sólo por su suciedad no lo cometería. ¿Qué diremos que tiene este vicio de bien? No ninguno; ¿y de males? No uno, mas muy muchos: corrompe la fama, destruye la honra, amengua la honra de los parientes. El hombre lujurioso es enemigo de hombres virtuosos, y amigo de livianos, el hombre lujurioso gasta la hacienda, y lo que peor es con quien no lo merece ni aun lo agradece. El hombre dado a mujeres siempre es revoltoso, es mal quisto, y siendo mal quisto nunca le faltan mil calamidades. El hombre en fin lujurioso siempre trae la vida sospechosa, y cae en la muerte sin sospecha della. El maldito Eliogávalo, el superbo Tarquino, mira en que fenecieron, el maldito Nerón que éste fue el silo de sus vicios, no hay quien no sepa su muerte; pues del malo de Nerva y de Nerón y Domiciano las historias están tan llenas.

HIP. Dices mucha verdad, que muy sucia cosa es el vicio de la carne.

JUL. Mucho pudiera pasar adelante pero paréceme que basta para contigo una palabra de cada cosa. Digo pues que los padres deben vedar a los hijos, y los hijos se deben [a]bstener de los juegos, en especial de los inhonestos[16]. De jugar en su niñez juegos deshonestos vienen cuando grandes a hacer hechos espantosos y deshonestos. El padre que desde niño habitúa a su hijo en buenas obras cuando grande le retiene en la memoria, y por el contrario si cuando pequeño entiende en deshonestidades cuando grande no se querrá apartar dellas. Tomemos una olla vieja de barro y echemos en ella algunos días una cosa, claro está que mientras durare terná aquel olor o sabor, pues ¿qué más tiene, ni qué cosa más tierna y frágil que nuestra mísera carne, la cual si una vez se comienza a desmandar muy fácil es de enfermar? Los vicios no quieren sino una pequeña entrada, un muy sutil agujero, una poquita de ocasión para por allí hacer muy ancha portada, para apoderarse de nosotros, son como la carcoma que por poquito que sea el agujero lo ensanchan y hacen muy grande. Por esto quiero decir que no sólo habemos de [no] ser viciosos, más huir las ocasiones por donde podemos serlo,

y para esto debemos apartarnos de malas compañías viciosas, porque el hombre vicioso a todos cuantos con él tratan a todos querría tornar viciosos como él. Muchas veces me parece que el hablar vicioso lo debríamos de comparar a las plumas del águila. Cuenta Plinio en su libro *Del natural historia* que todas cuantas plumas ponen con ellas las roe y carcome; desta manera el hombre vicioso a todos los que con él se allegan torna viciosos como ellos, y aun el refrán que en España tenemos lo dice: «Dime con quién tratas decirte he quién eres». No sólo debe de huir el niño las malas compañías y viciosas por una cosa, mas por muy muchas: por su honra, por el daño de sus personas, por decir de las gentes, y por el temor de Dios. También debe cualquier niño de no beber vino[17], primeramente porque le es dañoso a la salud, porque teniendo el niño la sangre hirviendo por fuerza le dañaría el vino la complisión cálida, y antes acarrea la muerte. A los viejos es les permitido beberlo templado, mas a los niños ni templado ni destemplado, lo uno daña el estómago, corrompe el ingenio, y echa a perder la memoria. Padrastro de la virtud y padre de los vicios, porque como dice el Apóstol en el vino reina lujuria. Muchos padres hay que desde niños que no saben comer les muestran a beber vino, y valdría más que le diesen rejalgar con que los matasen que no vino que bebiesen. El padre que desde niño muestra a beber vino si después fuere borracho y vicioso quéjese de sí mismo que lo consintió, y no del muchacho que lo deprendió. Gran cosa es para la crianza del hijo ser el padre bueno, y no sólo el padre mas el maestro, muchos padres buscan el maestro más sabio y dejan de buscar el más virtuoso[18], y cuando los hijos salen buenos latinos, retóricos, músicos, y lógicos, y cuando más mandardes, salen tan viciosos que un solo vicio de los que tienen echa a perder lo mucho que saben. Conténtanse los padres con ver a sus hijos bien argumentar y no procuran de ver si saben de los vicios se apartar. Al fin digo que el maestro vicioso saca los discípulos viciosos. Los felices romanos en aquel tiempo que Roma era Roma[19], primero que el maestro leyese en el academia era en el senado por filósofo examinado, y aun su vida habían muy bien inquerido, y para sólo efecto de mirar por los maestros, tenía el senado diputado un filósofo que jamás hacía sino inquirir las vidas que los maestros hacían, y aun agora lo hay.

HIP. ¿Y quién es que yo jamás vide ninguno?

JUL. Quien es una dignidad que en cada iglesia catedral tiene su prebenda, cuya dignidad no fue para más diputada sino para quitar los malos maestros y poner los buenos, apartar los viciosos y dejar los virtusos. Ansí que en el tener la dignidad a los romanos parecemos, mas en administrarla en algunas partes poca orden se dan; poco aprovecha tener la lengua experta, la memoria viva y el juicio claro, la ciencia mucha y la eloquencia profunda, el estilo suave, y la experiencia larga, si es el maestro en las costumbres disoluto. Si todas las personas del mundo son obligados a hacer buena vida mucho más lo son los que muestran la doctrina: ¿qué buena doctrina podrá enseñar el que en su vida la supo obrar? En el tiempo de Cina era ley antigua en Roma[20] que decía: «Ordenamos y mandamos que más grave pena se dé al sabio que hizo la liviandad pública, que no al simple que cometió el homecidio secreto». En verdad justísima ley, porque el hombre simple privó a uno de la vida, mas el sabio acarreó a muchos la muerte con el mal ejemplo que da. Decía el divino Platón que el hombre sabio más peca con el mal ejemplo que nos da que no con la culpa que comete. Ansí que en conclusión debe el padre huir de dar a su hijo a maestro vicioso, porque no lo da sino a los mismos vicios. Debe ser también el hijo muy reposado en todo lo que hiciere y en lo que hablare. El ánimo reposado procede de tener hombre juicio claro, la memoria pronta, la gravedad de la persona. Sólo aquél se puede llamar sabio que vive recatado y en sus costumbres es reposado. Cualquiera debe dende pequeño deprender el oficio que quisiere y mejor le estuviese, por donde pueda sustentar la vida y no perder la honra. Ordenose en Roma una vez, cuando era Roma de común consentimiento de todo el pueblo, que se ordenase un rector o veedor[21] que tuviese cargo de ver cómo los padres castigaban los hijos, y qué fijos andaban ociosos por Roma, y si por caso hallaban algún hijo de vecino que fuese mal disciplinado castigaban al hijo y desterraban al padre, porque mayor pena merece el padre por lo que consiente que no el hijo por las travesuras que hace. Entonces en Roma donde había pasados más de docientos mil niños no se veía uno solo holgando. Patricio Senense en el libro de *Regum* dice que la ciudad de Cartago era muy potentísima

ciudad antes que tuviese las guerras con Roma, tenían pues por costumbre los cartaginenses que los niños se criasen en los templos dende los tres años hasta los doce, por que allí pudiesen darles buenas costumbres sin el regalo de la madre (que por la mayor parte es causa de echar a perder a sus hijos), y dende los doce años hasta los veinte deprendían oficios, y desde los veinte hasta los veinte cinco en la casa militar mostrábanles cosas de guerra que habían deprendido, y hasta los treinta eran obligados a andar en la guerra, y cumplidos los treinta años se podían casar, porque hasta aquella edad ninguno se podía casar, ni la mujer tampoco hasta que hobiese veinte y cinco, ya después que eran casados se habían de presentar dentro de un cierto tiempo en el senado y allí habían de elegir de qué oficio querían vivir, conviene a saber: si había de servir en el templo, o navegar por la mar, o ir a la guerra, o vivir por el oficio que deprendió, y de aquel oficio que allí elegía había de vivir toda su vida so pena de perder la vida, y la razón era buena porque de mudar muchos estados y oficios vienen a quedar muchos perdidos, lo que no harían si sólo de su oficio viviesen. Estas son, hermano Hipólito, las cosas de que un buen hijo y buen cristiano se ha de apartar y ha de procurar; mas hágote saber que si esto no va fundado sobre el amor de Dios presto cairá: ninguno puede ser sabio si no es buen cristiano. Mira todos los santos doctores de la iglesia, mira cuantos en nuestra fe han escrito, todos o la mayor parte della están canonizados. Pues los filósofos antiguos tan honradores fueron de sus dioses que a lo que pienso si fueran en nuestros tiempos fueran muy buenos cristianos; cuando ellos metidos en la ceguedad de sus dioses se estaban en los templos encerrados diez o doce años sin salir[22] ¿qué hicieran si conocieran al Dios verdadero como nosotros lo conocemos? Por cierto muy mejores fueran que no somos. Era costumbre entre los filósofos de Athenas que ninguno pudiese oír en las academias si primero no hubiese servido a los dioses del templo, pues que aquellos andando alucinando fueron tan religiosos razón es que nosotros lo seamos.

HIP. ¿Religioso quieres ser?

JUL. Tomando el vocablo en larga significación cualquiera cristiano se puede decir religioso.

HIP. Pues ¿cómo no llaman religiosos sino a los frailes?

JUL. Porque es vocablo más apropiado a ellos que no a otros.

HIP. ¿Qué cosa es religión?[23].

JUL. Es una honra pura y un limpio acatamiento que se debe a Dios, y es una guarda y observación de sus mandamientos.

HIP. ¿Qué mandamientos son esos?

JUL. Son diez mandamientos. Consisten en dos cosas: la primera en que recta, limpia y santamente, sintamos de las escrituras sagradas, y que no solamente temamos a Dios mas que también le amemos como Dios, no solamente por los bienes que cada día nos hace, mas por ser Dios, y por ser justo, y por ser bueno; lo segundo amar al prójimo como a ti mismo, y deste amor nace no hacer mal a ninguno aunque nos yerre.

HIP. ¿Haces tú eso?

JUL. Sí por cierto, que si alguno me yerra ruego a Dios que le traiga a conocimiento de su error, y si no pídole que le perdone, y que no le castigue según su merecimiento mas según su gran bondad.

HIP. Bien está eso.

JUL. También justa y santa cosa es que tengamos caridad[24], conviene a saber: que hagamos bien a todos, y que tengamos paciencia porque si alguno nos injuria lo suframos con paciencia, no dando mal por mal, como dice Christo en el Evangelio, si te dieren un bofetón vuelve el otro carrillo.

HIP. Yo por Dios si un bofetón me diesen procuraría cortar la mano al que me le diese, o por mi persona, o por justicia.

JUL. No debe hacer tal ningún buen cristiano. Mas quiérote contar otras pocas de cosas que un buen cristiano desde niño ha de hacer: la primera que no debe no

solamente no jurar sin causa, mas ni aun con gran causa lo debe de hacer, sino con gran dificultad. Gran cosa es que un niño traiga ansí en la boca el «por Dios», «en buena fe», «juro a san Pedro», y aun «a san Juan», y aun «a Dios», como si dijesen una cosa muy liviana, y que no sean los padres para remediarlo y castigarlo. Gravemente se ofende Dios de los que mucho juran, porque de jurar un niño cuando chico viene cuando grande a perjurar, y aun a renegar. Cosa grave es que un hombre piense que si mucho no jura no será creído, y primero que digan lo que quieren decir envían veinte juramentos delante, y aquello no procede sino de que no dicen verdad, porque si dijesen verdad no temerían de no ser creídos. Cosa extraña es que en este tiempo jurando un padre por vida de sus hijos diga verdad con temor que no se le mueran, y que diciendo juro a Dios no haya vergüenza ni temor de Dios de mentir. Tenemos el jurar los cristianos, y aun el perjurar, en tan poco que ansí juramos como si hablásemos otra cosa. Al cristiano la simple acerción o negación le dicen que basta, conforme a lo de Christo: «Sea vuestra palabra sí, sí, no, no». En mucho más tenían los gentiles jurar por sus dioses falsos que no nosotros los cristianos tenemos el jurar por nuestro Dios y señor verdadero, Iesu Christo; pues ellos no sólo el perjurar castigaban con muerte mas aun que jurasen[25] verdad con la misma pena lo castigaban. En Roma asimismo entrellos eran tenidos en tanto sus dioses que el día de una gran fiesta de su dios, que todos los presos de la cárcel maroctima soltaban, sacando los que habían hecho tres delitos, conviene a saber: amotinado los pueblos, hecho traición en los ejércitos, o hecho algún descato a los templos. Estos tres delitos jamás se perdonaban; ansí como en nuestra religión es gran juramento por la ara bendita, por los Evangelios, era entonces entre los romanos jurar por el dios Iano, y este juramento no lo podía jurar ninguno sin licencia del senado y en manos de los sacerdotes del templo, y si acaso juraban este juramento sin estas condiciones el que lo juraba incurría en pena de la vida, porque en Roma era ley muy usada que ninguno osase hacer solemne juramento sin que primero pidiese licencia al senado. No permitía el senado que los hombres mentirosos ni tramposos fuesen creídos por sus juramentos, ni tampoco consintían que los tales hiciesen juramento porque decían ellos que los hombres perjuros blasfemaban de los dioses

y engañaban a los hombres. Pues cuando esto hacían los idólatras y gentiles, con mucha más razón lo debríamos hacer nosotros, y para esto dende pequeños no habituarnos a jurar y perjurar. El padre que a su hijo viese jurar gravemente le debía castigar, solamente por no ser él castigado, porque justamente será castigado el que pudiendo obviar el delito no lo obvió; muchos padres han sido castigados de la mano de Dios porque ansí son negligentes en la crianza de sus hijos, de los cuales sólo un ejemplo te quiero contar[26]: Heli, último sacerdote de los hebreos, tuvo dos hijos los cuales fueron tan aviesos y viciosos que aunque el viejo era bueno en la república, por ser nigligente en castigar a sus hijos, merecieron ser todos fundidos de la mano de Dios, porque él murió de súbito y los hijos murieron a hierro, y la mujer de Fines, su hijo, murió de parto después; y por eso dice la sagrada escritura, I Reg. III capítulo, «peccatum puerorum erat, grande nimis coram domino quia extrabant homines a sacrificio», que quiere decir: «El pecado de los mozos hijos de Heli era muy grande delante Dios, porque apartaban los hombres del sacrificio». Ansí que concluyendo en esto digo que ni los padres lo deben consertir a los hijos el jurar, ni los hijos lo deben hacer, porque no merezcan el castigo delante Dios. Deben ejercitarse los niños ansimismo dende pequeños, conviene a saber, ayunar[27] porque el ayuno mata el pecado; el que desde niño deprende ayunar conforme a su edad, cuando grande no hay duda sino que no se le hará de mal. Muchos padres hay que no consienten a sus hijos ayunar diciendo que les será dañoso, y diciendo que son delicados, y no temen que si les dan mucho a comer les causará matarles ahito, de forma que por mucho comer piensan que han de sanar, y por ayunar enfermar. Debe ansimismo el niño ser amigo delos sermones[28], y oír la palabra de Dios, porque el que de buena gana oye la palabra de Dios de buena gana oirá Dios a él. Debe ansimismo oír misa todos los días que pudiere para rezar, y ver y adorar a su sumo hacerdor y criador. Tenían los antiguos por cosa de buen agüero si vían una paloma, u otra bestia, o ave buena, y por el contrario, tenían por mal agüero si veían corneja, o buho, u otra ave destas. Pues, ¡cuánto debemos pensar más los cristianos que nos sucederá bien en todo lo bueno que quisieremos obrar habiendo visto a nuestro verdadero Dios, y suplicándole que sea siempre en nosotros.

HIP. No es precepto oír misa cada día.

JUL. Es verdad, mas cuanto más se hiciere la buena obra tanto será mejor agradecida. Milagros hay escritos en los libros de los que continuan oír la misa[29]: de un caballero se cuenta que le dio imaginación que se debía matar, y fue tan fuerte esta imaginación que no le podían apartar della, hasta que un fraile le rogó que le prometiese una cosa, el caballero se la prometió con tal que no fuese que se dejase de ahorcar, y el fraile le pidió que por aquel día no se ahorcase y que otro día siguiente primero que se ahorcase oyese misa, y el caballero ansí lo hizo; fue Dios servido que habiendo oído misa totalmente se le quitó la voluntad de ahorcarse, y el fraile le rogó que por ninguna cosa la dejase de oír cada día; aconteció que estando este caballero con su mujer y fijos en una heredad suya que estaba una legua del pueblo, acostumbraba cada día ir a oír misa, y un día tardóse un poco y todavía fue allá, en el camino topó un pobre al cual preguntó si habían ya en el pueblo dicho la misa, el hombre dijo que sí, el caballero se acuitó mucho por ello, entonces el hombre le dijo que por un real le daría la misa que él había oído, el caballero no sólo le dio uno más cuatro, y todavía prosiguió su camino al pueblo, e hizo su oración a Dios, y vuelto camino de su casa halló de un árbol ahorcado al hombre que le vendió la gracia de la misa. Esto cuenta Antonio Sabelico, libro III-X década, y el papa Pio, libro II de su *Cosmografía*.

HIP. Gran cosa fue esa por Dios.

JUL. Muy buena cosa es la misa para quien puede oírla cada día, mas quien no, bástale encomendarse a Dios del cielo, porque a la verdad menos mal sería un hombre dejar de oír misa que no dejar de ganar de comer para sus hijos por oí[r]la, y por esto nuestro Dios no mandó que oyésemos misa todos los días sino el domingo y fiestas de guardar. Debe ansí mismo un niño confesarse de sus pecados cada año[30] a lo menos una vez al confesor; quiero decir tomarse cuenta de sus pecados y rogar a Dios que se los perdone, y cada año una vez confesarlos conforme al mandamiento de la madre santa iglesia de Roma. No debe ansimismo un niño no ocuparse en la lección de los malos libros y desho-

nestos[31] salvo de aquellos que pueda sacar alguna doctrina y ejemplo, porque leer en libros sucios, alcahuetes son de la vida sucia.

HIP. Pues que en el estudio no leen a Ovidio, y a Terencio, y a otros libros que tratan todos de amores.

JUL. Es verdad, y no por eso se arguye que es bueno, antes no se había de hacer, pues hay muchos libros santos y buenos que se podrían leer como Tulio, Boecio, y Salustio; mas cuando leo en esos libros desecho de mí su mala sentencia y procuro imitar su buen latín, hago como hacemos agora con los filósofos antiguos: reprobamos su mala creencia, y aprobamos su buena doctrina. Estas son las cosas, hermano Hipólito, o parte dellas que un buen niño debe de hacer.

HIP. Bueno es todo eso por cierto, y muy santo y muy extraño. Mas dime ¿cómo gastas el día, o en qué cosas, o cómo usas deso que has dicho?[32].

JUL. Brevemente te lo contaré. Lo primero cuando me levanto fago la señal de la cruz en mi frente diciendo «en el nombre del padre y del hijo y del spíritu Sancto», y luego digo algunas oraciones mientras que me visto que están en las horas para el levantar, y yo las sé de coro, y ruego a Dios tenga por bien que yo gaste todo aquel día en su santo servicio y no me consienta resbalar ni caer dél, sino que tenga por bien de conservarme en toda limpieza y pureza.

HIP. Buen comienzo de día es ese por cierto.

JUL. Luego lávome mis manos y cara con otra oración en que suplico al señor tenga por bien que yo sea lavado en aquel día de las máculas del pecado.

HIP. Santo es eso.

JUL. Luego doy los buenos días a mi padre con toda reverencia, y si es día de estudio como media docena de pasas para la conservación del estómago, y voyme al estudio, y de camino voyme por la iglesia, y allí hago primeramente oración a Dios, y luego a nuestra señora y encomiéndome a ellos, y luego a todos los

santos suplico que sean mis intercesores y tengan por bien que yo aproveche en el estudio de tal manera que sea para servicio de Dios.

HIP. No te bastaba por la mañana haber fecho oración, sino que también habías otra vez de rezar.

JUL. Por cierto mala crianza sería entrar en una casa y no saludar al señor della, y aun a todos los de casa, pues pasando por la iglesia harta mala crianza sería no saludar a Dios y a los santos.

HIP. Tienes gran razón. Prosigue adelante.

JUL. Voyme al estudio y allí procuro con todas mis fuerzas de deprender la doctrina del maestro, haciendo todo lo que debo, apartándome de otros muchos que todo el tiempo gastan en consejuelas y chismerías, y procuro no hacer ni decir cosa por donde merezca ser castigado. Si el maestro me reprehende oígolo con mucha paciencia y vergüenza. Y después de salido de allí vuélvome camino de casa, y otra vez paso por la iglesia y torno a hacer oración a Dios y a su madre santa María y a los santos, y de allí voyme a casa, y hecha la reverencia a mis padres y habiéndoles besado las manos, éntrome en mi cámara y allí luego paso y torno a reveer las leciones que he oído encomendándolas a la memoria; y luego salgo fuera y miro a mi padre o madre si me mandan alguna cosa, y si me la mandan hágola con toda reverencia y buena voluntad, porque quien no obedece a su padre y madre no puede vivir mucho sobre la haz de la tierra; y siendo venida la hora de comer mis padres se sientan a comer, y dígoles la bendición de la mesa y sírvoles a la mesa hasta que han comido, y después de comer torno a dar las gracias, y luego asiéntome yo a comer y primero que como echo la bendición, procuro de comer muy templado y no de muchas viandas, porque ofusca la memoria muy mucho, sino de una buena y muy templada; y después de comer recréome un poco hablando con mis padres en buenas cosas, y en siendo hora de volverme al estudio voyme, y en el camino torno a hacer oración a Dios tenga por bien guardarme la tarde, y suplícole que si algún exceso hice la mañana tenga por bien de perdonármele; hecho aquello, voyme al estudio y

en habiendo oído mis liciones hago otra vuelta por la iglesia, y ruego a nuestro señor me dé las noches buenas, y vuelto a casa torno a pasar mis liciones y miro si alguna cosa me mandan, y sino aquel tiempo hasta cenar gasto en leer los evangelios, o el *Flosanctorum*, u otro buen libro; y siendo hora de cenar hago lo mismo a la cena de mis padres, y habiendo yo cenado y platicado un poco, éntrome en mi cámara y allí leo y estudio dos horas, y después del estudio híncome de rodillas delante un crucifijo que en mi cámara tengo, y allí me confieso a Dios de todas las culpas que aquel día he cometido, y suplico a Dios me perdone y me dé gracia que las pueda confesar al sacerdote, y fago una protestación que quiero morir y vivir como cristiano, y rezando algunos salmos me desnudo y acuesto en la cama, y allí mientras duermo me encomiendo a Dios y le suplico me aparte de malos sueños sucios y nocivos, y no dé lugar al demonio para que me tiente y ansí con aquello me duermo.

HIP. Por cierto tú gastas bien el día de trabajo, mas si es día de fiesta ¿qué haces?

JUL. Oigo mi misa, mi sermón, y vísperas en lugar de estudio; y procuro oír aquellos celos[33] predicadores, no los que me digan consejas sino consejos para el ánima, porque hay algunos que más parece burlar que predicar; busco aquellos que cristianamente y con palabras vivas predican que sean tales que sus palabras como santas queden hincadas en el corazón, de tal manera que aunque el hombre después quiera desecharlas no pueda. Lástima grande es por cierto ver a un predicador predicar en la manera que un retórico face oraciones al pueblo. Las palabras que en llegando al oreja o se caen o no pasan, lo cual creo nace de no haber rumiado lo que han de enseñar, que más parece que suben a contar consejas que no a predicar la palabra de Dios.

HIP. Tienes gran razón por cierto. Tú vives vida muy recogida, de hoy más te quiero imitar.

JUL. Pluguiese a Dios que tú lo ficieses, que entonces nuestra amistad sería inviolable.

HIP. Yo te lo prometo.

JUL. Pues dame la mano, que de hoy más haréis esto como amigo. Y dame licencia que es hora de volver a casa.

HIP. Dios te guarde, y a mí dé gracia que le sirva.

JUL. Plega a él por su infinita bondad que él vaya contigo y te provea de gracia. Amén.

Fin del quinto coloquio

Laus deo & beate virgini



NOTAS DEL COLOQUIO QUINTO

1 El comienzo del coloquio, como ocurre también en el segundo, se inspira en Erasmo, aunque es bastante más largo, y los puntos de contacto referenciales. (*Puerilis*, págs. 151b-152a).

2 Los resortes del coloquio, siendo también parecidos, no son iguales; la similitud con la obra de Erasmo es coincidente con cualquier otro ejemplo dialogal: «Eras. Pues que assí es, dime, en que cosas ocupas el día? Gas. Ninguna cosa encubriré a tan fiel compañero.» (*Puerilis*, pág. 152 b).

3 Se inspira en Guevara, pero mientras que éste aduce que el regalo de los padres resulta perjudicial para la salud, Luján lo connota de significado vicioso. (*Relox* II, XXXIII, fols. CXX y vto.).

4 Escrito en primera persona, es una carta de Marco Aurelio, en la que la costumbre se describe como recuerdo. (*Relox* I, II, fol. III vto.).

5 (*Relox* I, II, fols. III y vto.). El caso del hijo de Cina se relata pormenorizado más adelante en el propio *Relox*, aunque atribuido a otros personajes (cfr. II, XXXIX, fol. CXXXII).

6 (*Epístolas*, I, 67, pág. 476). Una ley semejante se cita también en el *Relox* II, cap. XXXIII, fol. CXXIII.

7 (*Relox* II, XXXIII, folio CXX).

8 (*Relox* II, XXXII, fols. CXVII vto.-CXVIII).

9 (*Relox* I, XXXIX, fol. XLVIII vto.).

10 (*Relox* II, XXXIX, fol. CXXXII).

11 (*Relox* II, XXXIII, fol. CXX vto.).

12 (*Relox* II, XXXIIII, fol. CXXIV).

13 (*Relox* II, XL, fol. CXXXIV).

14 Guevara relata la misma anécdota, pero atribuida a Demóstenes: (*Epístolas*, I, 63, pág. 443).

15 (*Relox* II, XL, fols. CXXXIV y vto.).

16 (*Relox* II, XXXIX, fol. CXXXII vto.).

17 Mexia afirma lo mismo. (*Silva* III, XVI, págs. 86-87).

18 Guevara razona de modo parecido. (*Relox* II, XXXVIII, fol. CXXX).

19 (*Relox* II, XXXIIII, fol. CXXIII vto.).

20 (*Relox* II, XXXVI, fol. CXXVII).

21 (*Relox* II, XXXIV, fols. CXXII vto.-CXXIII).

22 (*Relox* II, XXXIIII, fol. CXXIII vto.).

23 (*Puerilis*, pág. 152 a).

24 Luján recoge esta idea de Erasmo, pero la expresa de diferente manera. (*Puerilis*, pág. 154).

25 (*Relox* II, XXXV, fol. CXXV vto.).

26 (*Epístolas*, II, 35, págs. 375-376).

27 Discrepa Luján de la propuesta de Erasmo. (*Puerilis*, pág. 155 a).

28 Luján prescinde de las explicaciones y matizaciones que Erasmo hace sobre los sermones. (Puerilis, pág. 155 a).

29 (*Silva* III, XXIII, págs. 127-128).

30 Distinta propuesta hace Erasmo: «Eras.—Lo mismo digo yo; más dime, qué tanto te deleyta e agrada la confesión? Gas.—En gran manera porque me confiesso cada día. Eras.—Cada día? Gas.—Assí es. Eras.—Dessa manera has de tener para ti solo y a tu costa un sacerdote. Gas.—Confiessóme a aquel

que El solo perdona los pecados e tiene poder sobre todas las cosas. Eras.—A quien? Gas.—A Christo» (*Puerilis*, pág. 155 a).

31 También Erasmo trata del tema de las lecturas. (*Puerilis*, pág. 156).

32 Luján sigue de cerca a Erasmo, pero prescindiendo de bastantes explicaciones e intervenciones del personaje. (*Puerilis*, págs. 152-153).

33 Celos [sic] en la primera edición: error probable por celosos.



ARGUMENTO
DEL
SEXTO COLOQUIO

Coloquio sexto y último, en el cual hablan dos viejos, el uno llamado Fulgencio reprehendiendo a otro llamado Lauream, porque lo vido vestido como mozo reprehende las liviandades que siendo viejo hacía como mozo. Tratan cristianas materias dignas de ser notadas de todos los viejos y más de ser obradas.
Son interlocutores:

FULGENCIO / LAUREAM

FULG. Allí veo asentado a la puerta de la iglesia a mi buen amigo Lauream, quiero hablarle y darle parte de mi alegría, que yo sé que de mi bien se gozará y de mi mal si lo viese le pesaría, pues siempre fue mi verdadero amigo. Mas paréceme que él me ha visto a mí primero, y forceja por levantarse a hablarme. Dios te salve, señor Laurean, y te dé próspera vejez.

LAUR. Ansí haga a ti, señor Fulgencio, y te deje pasar esta vida sin dolor y en la otra te dé la gloria. Perdóname que apenas podía levantarme a hacer el acatamiento que deseaba, como a mi verdadero amigo y compañero en las liviandades que cuando mozos hacíamos y en las enfermedades de la vejez.

FULG. Ya yo, Dios loado, de todo me siento mejor.

LAUR. Ansí me parece que te veo como a mozo o remozado, porque el capuz de viejo le veo mudado en capa corta y guarnecida, y el sayo largo en tan corto que parece que la mitad dél te han hurtado ladrones, y las calzas tan estricadas, y la gorra y guantes tan polidos que dudaba que la vista me engañaba o que tú no eras Fulgencio, o yo no era Laureano. Pensaba que había habido otra hechicera como Medea que de viejo te había tornado mozo, como cuenta Ovididio[1].

FULG. ¡Cómo! ¿Tan viejo te parezco que me reprehendes este modo de vestir?

LAUR. Por cierto no me pareces viejo sino mozo, aun muy mozo y aun muy liviano. Mas sé ciertamente que eres viejo y aun muy viejo, porque si no me engaño juntos estudiamos, juntos leímos, juntos usamos la guerra, y cuasi juntos nos casamos y aun enviudamos; y aun creo que no nos llevamos mucho en la edad, porque si bien te acuerdas en un mesmo año nos dieron la hacienda que de nuestros padres nos había quedado. Pues por estas razones paréceme, señor Fulgencio, que si yo soy viejo que tú no eres mozo, si yo tengo (como es verdad que los tengo) setenta años, tú no tienes veinte y cinco. Ansí que en el traje me pareces mozo, mas en la edad sé que eres viejo y aun bien viejo.

FULG. No soy tan viejo como tú me juzgas.

LAUR. Ni aun eres tan mozo como tú piensas.

FULG. No hay cosa de que más me pese que es de llamarme viejo, porque unos son viejos de cincuenta años y otros no lo son de ochenta.

LAUR. No sé por cierto por qué te desprecias de ser viejo y querrías ser mozo. No sé por qué querrías tornar a andar el camino que caminaste. ¿Habría tan loco que habiendo pasado los trabajos del camino desease no lo haber andado y tuviese deseo de andarlo?

FULG. No digo yo que querría ser mozo, mas digo que no soy viejo para ser de ti reprehendido.

LAUR. Más a la clara hablaría contigo, señor Fulgencio, si pensase que me oirías, no digo que te enojarías porque bien sé que no puedo tirar pedrada que no te escueza.

FULG. Antes de grado te escucharé, y si me escociere como de amigo sufrirme he.

LAUR. En regla de amistad cabe que el amigo sea corregido de su amigo, y que también goce de los bienes de su amigo[2]. Muchas fueron las opi[ni]ones de los antiguos en decir por cuantas cosas debe un amigo de elegir otro amigo, y todos al fin concordaron en decir que por cuatro: la primera habemos de tener amigos para tratar y conversar con ellos, porque no hay tiempo tan bien gastado como el que en conversación de los amigos buenos gastamos. La segunda cosa porque los amigos elegimos es por tener un amigo a quien contemos nuestras ansias, porque gran alivio del corazón es tener a quien decir sus penas y sentir que el otro lo siente de veras. La tercera causa es porque tengamos quien remedie nuestras fatigas, porque no es amigo el que con pasión oye nuestras fatigas y después no da un paso por remediarlas. Lo cuarto y último porque el amigo se debe de elegir y escoger es porque sean protetores de nuestros bienes y acusadores y censores de nuestros males, porque no menos bien hace al amigo el amigo que le libra de un vicio que el que libra de manos de sus enemigos. Ha sido mi fin de decir todo esto para que si de mi boca saliere alguna cosa desabrida, la

toméis como de amigo verdadero, porque el amor que os tengo me mueve a decirlo, y la fidelidad que como amigo os debo no me deja callarlo.

FULG. Antes folgaré mucho que me digáis todo lo que os pareciese, pues sé que sale de corazón de amigo. También yo aparejaré las orejas de amigo para oírlo y aun para obrarlo.

LAUR. Primero quiero señor deciros y daros a entender cómo sois viejo, y luego mostraros cómo nos debe pesar de ser viejos; y juntamente declararos qué propiedades ha de tener el buen viejo. Cuanto a lo primero digo que ansí como antiguamente honraban los viejos, ansí muchos escribieron desde que edad se llamaría uno viejo. Muchos filósofos pusieron seis edades de que el hombre nace hasta que el hombre viejo muere, conviene a saber: puericia, infancia, juventud, viril edad, senectud y decrépita edad[3]. La primera que era puericia durará hasta los siete años, la infancia durará hasta los diez y seis años, juventud duraba hasta los treinta, viril edad hasta los cincuenta y cinco, senectud que dura fasta los setenta y ocho, decrépita edad que dura hasta la muerte. Desta manera llamaremos a uno viejo dende que cumple los cincuenta y cinco años. Tulio Hostilio, rey de los romanos (según cuenta Aulogelio, libro X, capítulo XXIIII), queriendo contar cuántos viejos y cuántos mozos había en Roma, hubo entre los filósofos gran contienda sobre cuál se llamaría viejo y cuál se llamaría mozo, y al fin fue determinado que hasta los diez y siete fuesen infantes, y hasta los cuarenta y siete mozos, y de allí adelante viejos. Aristóteles cuenta en su *Secreta secretorum* que hasta los cincuenta años se llame uno mozo, de allí adelante se llame viejo, y daba por razón que hasta los cincuenta años crece el corazón del hombre, y de allí adelante desmenuye, porque el día que el hombre nace pesa su corazón dos dragmas, y el segundo cuatro, y el tercero seis, y el cuarto ocho, y ansí de allí adelante de forma que cuando ha cincuenta años le pesa cien dragmas, y de allí adelante como fue creciendo va desminuyendo, de forma que cuando ha cient años viene a pesar dos dragmas, y por esto dicen los médicos que los viejos se tornan a la edad de niños. Mas dejado esto aparte, sease como se fuere, cuéntese como se contare, o tened la opinión de los romanos o de Aristóteles o

de quien quisierdes, que teniendo setenta años ya soy de los de «en hora buena vais», porque decía un filósofo que a un niño hasta los veinte y cinco años se había de decir «nora buena vengáis», y hasta los cincuenta «nora buena estéis», y de allí «nora buena vais».

FULG. Ya veo que soy viejo, señor Lauream. Proseguí adelante.

LAUR. Y pues que ya, señor Fulgencio, os confesáis por viejo y os conocéis por tal, bien es que sepáis que no os debéis despreciar por serlo, porque grande honra es ser viejo, y si sois servido contaros he como antiguamente eran honrados los viejos.

FULG. Holgaré dello, aunque sea después de quebrada la cabeza, unta los cascos.

LAUR. Grande era por cierto la honra que en los antiguos tiempos hacían a los viejos. Entre los romanos antiguamente fue costumbre y ley inviolable que ninguno, aunque muy honrado y muy estimado fuese (ora por riquezas, ora por armas, ora por otra causa), podía preceder a los viejos porque cuasi como dioses los adoraban, y como a padres los honraban[4]: tenían los viejos entonces muchas preheminencias que a otros no eran concedidas, y entre otras muchas que tenían cuenta éstas Aulogelio, libro II *De moribus Arieis* que es autor desto, que en los convites ellos se sentaban en cabecera, en los triunfos ellos iban delante, en los templos ellos solos se asentaban, en el senado primero hablaban que todos, en el vestir ellos tenían los vestidos doblados, en el comer ellos solos cenaban escondidos, en los juicios sólo por su palabra eran creídos, finalmente a los viejos en todas las cosas los servían y en ninguna los enojaban. Esto duró hasta el primero belo pínico[5], que fue la primera guerra entre Roma y Cartago, porque como allí murieron tantas gentes ordenó el senado que todos se casasen, cuantos en Roma había, y aquél era más honrado que más fijos tenía y no el que más años había. Ordenó Licurgo en la ley que dio a los lacedemonios[6] que cuando algún mozo pasase por cabo algún viejo le hiciese gran reverencia, y mando que do quiera que hablasen los viejos fuesen obligados a callar los mozos.

FULG. ¡Muy bien se guarda agora todo eso! Antes si un viejo escomienza a hablar de presto le face un mozo callar.

LAUR. Ha venido a tanta perdidicón la honra de los viejos que olvidada su cordura la dejaron a los mozos, y ellos tomaron la vivienda de los otros. Mas dejado esto aparte, proveyó ansimismo el buen Licurgo que si un viejo veniese a pobreza que del público erario fuese sustentado, y que no sólo le diesen para sustentarse mas también para regalarse.

FULG. ¡Oh bienaventurado siglo y bienaventurado rey que tal ordenó!

LAUR. E bienaventurados viejos pues lo merecían, porque con sus canas y honradas presencias autorizaban la república, ca con suave edad daban ejemplo a los mancebos, e con sus palabras graves los reprehendían. Plinio en una epístola[7] dice que Pirro, rey de los Epirotas, preguntó a un filósofo que traía consigo que cuál era la mejor ciudad del mundo, respondió el filósofo: «La mejor ciudad del mundo es Molerda». «¿Cómo puede ser eso?», dijo el rey Pirro, «que apenas tiene docientos fuegos, en la provincia de Acaya». Respondió el filósofo: «Es la mejor de todo el mundo porque tiene los muros de piedra negra, y los que la gobiernan tienen todas las cabezas blancas». Dijo más este filósofo: «¡Ay de ti Roma, ay de ti Cartago, ay de ti Vimuncia, ay de ti Athenas, ay de ti Babilonia! Que presumís de ser las mejores cinco ciudades de todo el mundo y no tenéis vergüenza de tener los muros muy blancos, y no tenéis vergüenza de tener en vuestros senados senadores mozos». Por aquí parece que mucho más honrados eran los viejos que los mozos, y ansí como eran más honrados eran más gravemente castigados. Las liviandades de los mozos hay dos mil razones para excusarlas, mas las de los viejos no siento sino cient mil por donde condenarlas[8]. Decía el filósofo Solón Solonino en las leyes de sus atenienses que si un viejo errase fuese gravemente reprehendido pues era flaco, mas si el mozo errase fuese levemente reprehendido y gravemente castigado pues era recio. Lo contrario de todo esto decía el buen Licurgo en la ley de sus atenienses, que si el mozo errase fuese gra[ve]mente reprehendido y levemente castigado, pues pecó

con ignorancia de mozo, mas si el viejo errase fuese gravemente punido y poco reprehendido pues pecó con malicia. Siendo como fueron en aquella edad de tanta autoridad aquellos dos filósofos, y de tanto peso sus palabras, no sé cuál debamos admitir, mas a mí paréceme que gran excusa es para los mozos la edad y gran culpa para los viejos la experiencia. Mucho debe un viejo de huir de caer en los vicios porque si una vez cae como es viejo y poco liviano muy perezoso se hace de levantar[9], y a las veces se encenaga tanto que aunque le den la mano todavía se quiere estar quedo; y esto no lo causa sino estar ya dende mozos asidos y prendados. ¡Oh cuánta mala ventura tienen los viejos que desde mozos se han dejado encanecer en los vicios, porque mucho más peligroso es el fuego en la casa vieja que no en la nueva. Una cuchillada fresca no es tan peligrosa como una sistolada vieja. Aunque un viejo no hubiese de ser honesto y bueno por el servicio de Dios, por el decir de la gente y por el ejemplo de los mancebos, habían de serlo por su mismo provecho. Pues todos los aparejos le faltan, que deje de cometer los vicios no le es de agradecer, mas que obre la virtud esle mucho de loar. La mayor maldad que en los viejos veo es que habiendo corrido todo el mundo, no habiendo dejado vileza, ni vicio, ni suciedad, que no haya hecho y probado, a la vejez cuando las fuerzas le faltan le sobra la voluntad para ser viciosos. ¿Cómo se glorian en sus maldades, cómo cuentan y con qué afectión las torpedades que cuando mozos hicieron! Que más parece que las dejaron porque ellas los dejaron, que no porque ellos las aborrecieron. Que los viejos sean combatidos de los juveniles deseos no es de maravillar, porque es cosa natural aquellos malditos apetitos, mas que un viejo sea públicamente disoluto es todo esto a maravilla, porque si secretamente son malos ofenden a Dios y tienen un solo pecado, mas si son públicamente viciosos ofenden a Dios, escandalizan el pueblo, y dan mal ejemplo a todos.

FULG. Parece, señor Laurean, que tienes hincados en mí los ojos. Sólo parece que reprehendes a mí, y no con mucha causa, pues para andar ansí hay causa.

LAUR. Yo, señor Ful[gencio], contigo sólo hablo, a ti reprehendo, y contigo lo he y no con otro ninguno, pues otro no hay delante. Plugiera a Dios que todos los vie-

jos del mundo estuvieran aquí delante, porque los buenos holgáranse y afirmaran ser buena mi habla, y los viciosos quizá se emendaran. La causa que a mí me ha movido es verte de viejo tornado mozo no en la cara, mas en la ropa, verte de cuerdo tornado en manera de loco. Bien puedo decirte a ti, señor Fulgencio, lo que Falacis el gran tirano escribió a un amigo suyo que era viejo[10], por cierto sentencia no de tirano sino de filósofo: «Maravillado y aun escandalizado estoy de ti, amigo mío Verto, en saber como sé que en los años eres muy viejo y en las obras no poco mozo, y aunque me pesa que hayas perdido el crédito en la [A]cademia, más me pesa en que por ti se haya perdido el previlegio de los filósofos de Grecia, el privilegio de los viejos de Grecia. Sabes que tal era que más seguros estaban los ladrones, salteadores, cuando servían a un viejo cano que no cuando se metían en un templo consagrado». Gran bondad debían de tener por cierto los viejos entonces, pues en Roma eran adorados por dioses y en Grecia eran tenidos como templos. Aquí aquel tirano no reprehendía a su amigo de vicioso, más decíale que vivía como mozo; gran blasfemia es que un viejo viva como mozo, se vista como mozo, y ande como mozo, y quiere ser tenido por viejo para hablar primero, para ser honrado, para ser acatado. Y ¿qué le aprovecha a un pobre viejo andar como mozo, vivir como mozo, hablar como mozo, verlo triste como mozo, y aun hacer obras de mozo, si al fin todo el mundo sabe ya que es viejo? Lo que gana es que todo el mundo lo llame viejo loco o mozo viejo. El hombre que siendo viejo se para como mozo con razón será reprehendido, y aun desconocido. Si vemos un viejo cargado de años y le vemos los vestidos como niño, por gran dicha será poderle conocer, o gran desdicha suya será ser conocido por lo que es.

FULG. Pues ¿tan diferenciado me vees que no me conoces, o temes que no me conocerán?

LAUR. No temo que te conocerán, mas temo que si te conocen, todos los que te conocieren te juzgarán por muy liviano. En el caso aconteció una cosa a un viejo romano llamado Antonio Prisco[11] el cual, según cuenta Latancio Firmiano, fue pues el caso que como aquel Antonio Prisco le pesase mucho de ser viejo y

desease parecer mozo, determinó de raparse la barba y la cabeza con navaja, lo cual era muy prohibido a los censores y senadores de Roma, y como entrase un día con los otros senadores en el alto capitolio dijéronle: «Di, hombre, ¿quién eres? ¿Qué quieres? ¿De dónde vienes? y ¿Cómo has sido osado no siendo senador entrar aquí dentro?». Respondió el: «Yo soy Antonio Prisco, el senador el viejo, ¿cómo me desconocéis? ¿Qué es esto?». Respondiéronle los senadores: «No eres tú, por cierto, Antonio Prisco, que él solía ser viejo y tú eres mozo, y no eres él, por tanto tú tente por privado del oficio y por desterrado de Roma». Con razón fue aquél desterrado y privado del oficio, pues quiso trocar las honradas canas por la mocedad no tanto estimada.

FULG. No me culpéis tanto, señor Laurean, porque sabida la causa porque ansí ando, para mí tengo que no me culparéis.

LAUR. No sé que desculpa os pueda desculpar, mas todavía la holgaré de oír.

FULG. Sirvo a una dama desta ciudad de mucha calidad, y por pensar de contentarla ando deste modo.

LAUR. ¡Oh maravilloso! ¡Oh nuevo prestigio! ¡Oh ñudo vuelto! ¡Oh fortuna maliciosa! ¡Oh señor Fulgencio! Si pensáis de contentarla con vuestra persona y vuestra ropa de viejo la habíades de contentar, conviene a saber dándole consejos o contándole consejas, que de otra manera imposible es contentarla, aunque muestre estar contenta. Bien sabía, bien conocía, y o bien entendía yo que por estar vos fuera de vos no estábades en vos, quiero decir que por andar en liviandades os tornábades liviano, por andar en semejantes romerías traíades tales veneras. En el hombre viejo no pueden llamar esos amores sino dolores, no pasar tiempos sino perder tiempo, no burla sino burlería, y del amor un viejo de burla se viene a perder de veras. ¡Oh cuánto debe cada uno mirar lo que intenta, mirar lo que hace, mirar lo que emprende, mirar a dónde entra, y mirar dónde se prenda[12]! Porque si una vez se asen, gran trabajo tienen en desasirse, hay en los amores después de comenzados infinitos barrancos, inmensos atolladeros, peligros no pensados, daños. El que mejor librado sale de los amores, sale tan mal librado

que sale acoceado del vicio, perdido de su fama, y cargado de infamia, falto y gastado de dineros, y lleno y aun sobrado de dolores. ¡Oh Dios del cielo, y cuántas veces deseó Hércules de apartarse de su amiga Mitrida, Iasón de su Medea, Demofón de Filis, Aníbal de su amiga Sabina, y Marco Antonio de Cleopatra! No solamente no pudieron, mas al fin por ellas vinieron a morir, y aun perderse a sí y a la mayor parte de su fama.

FULG. Apartárame yo si me pareciera mal después que hubiera gozado, si el negocio fuera desa manera.

LAUR. En caso de amores no sólo nadie se fíe de nadie, mas nadie no se fíe de sí mismo, porque como sea cosa natural el amar y el querer ser amados, que si una vez afierra por maravilla suelta. Guárdese el viejo y aun el mozo de darle una vez lugar, si no quiere peligrar. El viejo no ande de noche ni pasee de día, ocúpese en buenas cosas y desta manera no ternán en él lugar las livianas. Posible es que un viejo ame y muy ahincadamente, más imposible es que sea amado ni aun con voluntad mirado.

FULG. Pues qué, ¿tantos trabajos tiene el viejo enamorado?

LAUR. Son tantos que por no seros prolijo en contároslos, os certifico que el que mejor dellos escapa sale acoceado y burlado y aun descalabrado.

FULG. Si desa manera fuese, señor Laurean, razón tendríades, mas no va por ese camino que no es sino que me la traen en casamiento y es persona de calidad, y moza y hermosa, y aun virtuosa. Y presto veréis que no tengo la culpa que me ponéis.

LAUR. No es por cierto tan peligroso el casar como lo otro[13], quiero decir el ser amigado, pero como ha de ser conforme a vuestra edad y manera, y no con las calidades que decís; casamiento de mujer moza, hermosa, rica y virtuosa de muy muchos es deseado y de pocos alcanzado, porque no hay en el mundo mujer tan acabada que no halle en ella el marido que desear, y aun que desechar, no hay mujer tan perfecta que no tenga unos siniestros y unos repelones en la condición, que al

marido hacen muchas veces desesperar y, puesto caso que en ella no hubiese cosa ninguna que pedir ni que decir, habéis, señor Fulgencio, de considerar que no sois para en uno, porque si ella es moza vos sois viejo, si ella es hermosa vos estáis cano y aun arrugado, Poco aprovecha que vos estéis contento della si ella no lo está de vos; pues si el casamiento no es a contento, ya que no venga a más mal, nunca faltan malas comidas, y aun peores cenas, y aun andando ella rostrituerta no podéis gozar de su fermosura. Y por la mayor parte veemos que la mujer moza casada con viejo poca honra le da: no hay duda sino que hay muchas buenas, pero cosa peligrosa es jugar a si acertaré; la mujer moza que casa con viejo no procura ni aun busca sino cómo lo acabará o cómo lo deshonrará. Entre los casados menos mal es caer el descontento en el hombre que no en la mujer, porque el hombre calla y disimula, mas la mujer no sólo no calla más aun a voces lo publica a todo el mundo. Gran trabajo es por cierto guardar lo que de muchos es deseado, y no hay cosa más cierta ni natural a los viejos que ser celosos, andar sospechosos, y aun con estas sospechas acabar sus vidas. Un viejo que casa con mujer moza no es otra cosa sino infamia; así que, señor Fulgencio, ya habéis sido casado y habéis probado que tal carga sea, lo que a mí me parece es que olvidéis los casamientos y os acordéis que vais al fin de la jornada, procurad antes de hacer buenos ejercicios y olvidaréis los malos deseos.

FULG. No sé, señor, con qué tan sanos consejos os pueda pagar ni servir, sino con rogar al sumo Dios os dé el galardón. Agora siento que vivía errado, agora conozco que andaba engañado, agora me parece que he tornado en mi acuerdo. Sola una cosa, señor, os pido: me digáis cómo enmendaré y desharé la vida pasada, y cómo tornaré en mí y volveré en mi sentido.

LAUR. Inmensas gracias doy a Dios, señor Fulgencio, pues ha querido ansí traeros al conocimiento de la verdad. Yo soy contento de deciros todo lo que en el caso mi pobre juicio alcanzare. Digo pues que dos cosas ha de hacer el buen viejo, la una es ser virtuoso, y la segunda apartarse de los vicios. Y cuanto a la primera (dejando aparte lo que toca a la guarda de los mandamientos y a las otras cosas de nuestra santa fe), digo que el viejo ha de facer ocho cosas, conviene a saber:

ser corregido en la obra y en las palabras, procurar conversaciones buenas y honestas, no reñir con nadie, no ser gruñidor, leer buenos libros, oír la misa y los sermones, confesar muchas veces, y descargar su conciencia.

FULG. Mucho folgaré que de cada cosa cuentes un poco.

LAUR. Soy contento. Digo pues que la segunda cosa que un viejo ha de hacer es no ser vicioso[14]. Cinco vicios más principales destruyen al viejo, conviene a saber: ser comedor, ser bebedor, ser soberbio en el vestir, mentirosos, prolijos, chocarreros. Y pues te place que te diga de cada cosa lo que siento, digo que lo primero es que el viejo sea virtuoso, porque el viejo que no es virtuoso y el vicioso no tiene bien ninguno, y todos los males le cercan. Clara cosa es que un mozo es obligado a ser bueno, pues mucha más obligación tiene un viejo a serlo; en todos los estados, en todas las naciones, unos no son más obligados que otros a la virtud, mas mayor culpa hay en los unos que en los otros, porque si un mozo peca, peca con ignorancia de mozo, mas si un viejo peca, peca con malicia de viejo, grave cosa es que se sienta un viejo con los años flaco, y en los vicios fuerte, para hacer obras de viejo le falten fuerzas, y para hacer obras de mozo liviano le sobren malicias. El que quiere ser buen viejo y tenido por tal, el que en fin quiere gozar de la buena ventura, debe hacer lo que aquí contaré: lo primero debe de ser muy corregido en sus obras y en sus palabras[15], porque con sus palabras a nadie han de enojar, y con sus obras a todos han de dar ejemplos. Un viejo honrado no sólo [no] debe de hacer obras malas, mas ni aun decir palabras sucias ni deshonestas, porque un viejo disoluto basta a perder un pueblo; ansí que debe de aconsejar lo bueno y apartarse de lo malo. La segunda procurar buenas conversaciones, porque la buena conversación alargamiento es de la vida; y las conversaciones han de ser de hombres virtuosos y no viciosos, y viejos como ellos. Muy mal parecería un viejo acompañado con un mozo, porque o al mozo habían de tener por viejo, que pocas veces acontece, o al viejo habían de tener por mozo, que no es pequeño daño; ansí que debe de escoger los amigos conforme a su edad, conforme a su calidad, y conforme a su condición. La tercera cosa que un viejo ha de hacer es procurar no reñir con nadie, antes ser

amigo de todos, porque si al viejo le dicen una injuria puede sentirla, mas no tiene fuerzas para vengarla. El hombre que tiene muchos amigos es de muchos amado, y no se puede decir solo; ansí que el buen viejo ha de procurar que todos se alegren con su vista, y les pese con su muerte, porque conforme al dicho del filósofo, «¡Ay de aquél que con su vida lloran todos, y con cuya muerte todos se gozan!». Lo cuarto que un buen viejo ha de hacer es no ser gruñidor[16] con sus hijos, con sus nietos, con sus criados, porque le sirvan con más amor y deseen menos su muerte. El viejo gruñidor de todos los suyos es aborrecido, y de todos muy poco amado. Nunca andan diciendo si no: «Da al diablo el viejo gruñidor, no lo llevaría el diablo, no le vería yo muerto porque no pudiese más gruñir», y otras cosas semejantes. Lo quinto debe el buen viejo el tiempo que ha de emplear en gruñir, emplearlo en leer buenos libros[17], de la sagrada escritura algunos, y otros de historias buenos, porque con los unos den manjar al ánima, y con los otros tomen algún pasatiempo. Mucho mejor le es al viejo estar leyendo en un libro que no estar todo el día pensativo, pensando quizás pensamientos dañosos para el cuerpo y para el ánima. Debe lo sexto el buen viejo ir a oír la misa y los sermones, y encomendarse a Dios le dé buen fin, y le deje llegar con bien al fin de su jornada. Más razón es que emplee en aquello el viejo el día del domingo, que no en jugar al ajedrez, a los naipes. Debe lo séptimo el buen viejo confesarse muy a menudo de sus pecados, no lo debe de dejar todo para el día de la muerte, pues no sabe cómo le tomará, ni cuándo ni a qué hora. Veemos que un caminante cuando pasa algún despoblado, donde no sabe si hallará venta, se provee de mantenimiento, pues ¡cuánto más nos debemos de proveer nosotros para el fin desta jornada, pues no sabemos si al tiempo de nuestra muerte podremos confesar nuestros pecados! Debe lo octavo el buen viejo comunicar con su confesor sus descargos, y no sólo comunicarlos, mas descargarlos. Mucho más seguro será que lo haga él que no que lo deje a sus herederos, que más tienen hambre de heredarlo que no de descargar su conciencia. Más vale, en fin, que ellos lo lleven consigo que no que lo encomiende a otros, que por ventura se descuidarán, y aun si a mano viene a sabiendas se descuidarán. Dicen allende desto los viejos haber de ser piadosos[18], li-

mosneros, amigos de dar a los pobres. Débense ansimismo apartar de los tratos y mercadurías de cuando eran mozos, no deben de ser vocingleros, ni boquirotos, ni maldicientes. Deben ansimismo ir a las vísperas todos los domingos y fiestas, y aun todos los días; y no es sin razón ir a vísperas cuando viejos, pues cuando mozos tan poco desto hicieron. Estas son, señor Fulgencio, las virtudes que ha de tener el buen viejo. Agora os quiero decir en particular de los vicios que se ha de apartar, o lo que ha de hacer para ser buen viejo. No basta a un viejo ser viejo más tampoco ha de ser vicioso: el primer vicio de que un viejo se ha de guardar y abstenerse es de no ser glotón[19], ni comedor, porque el mucho comer daña al ánima, y enferma y mata al cuerpo; no sólo para la salud de su cuerpo, mas para la reputación de su persona, porque los viejos voraces y comedores son perseguidos de sus mesmas enfermedades y perseguidos de lenguas ajenas. Bien aderezados, y comer hasta satisfacer el estómago, mas no le es lícito comer muchos manjares groseros y mal aderezados, y lo peor es hasta enfermar; no se les veda comer cosas delicadas, sino hartarse de comer cosas superfluas. Cuántos y cuántos viejos hay que han perdido sus haziendas no porque la mar se las ha llevado, no porque ladrones se las han hurtado, sino porque comiendo las han gastado. La segunda cosa que un viejo ha de hacer es no ser bebedor[20], porque no solo basta que sean templados en el comer, mas conviene también que sean templados y sobrios en el beber. Ser templados los viejos en el beber no solo cumple a la autoridad y reputación de su persona, mas también a la salud de su ánima, porque si los médicos no nos mienten, más se acedan los estómagos con el demasiado beber que con el demasiado comer. Según cuenta Plutarco en sus Morales, en Roma fue desterrado un viejo porque se le probó haber bebido mucho vino. La tercera cosa que el buen viejo debe de hacer es que no traiga tales vestidos que por ellos sea notado de liviano[21], porque, dado caso que con los vestidos no hacen pobre a un hombre que es rico, causan que los hombres viejos sean tenidos en menos. A los mozos con traer vestidos desmoderados tiénenlos por livianos, mas a los viejos tiénenlos por vanos, locos, y desmemoriados. No hay donde más claramente se conozca la prudencia de uno que es en el hablar bien y en el vestirse conforme a su edad. La vanidad y curio-

sidad en los vestidos arguye gran liviandad en los pensamientos, y conforme a las edades y calidades han de ser las vestiduras de las personas. Esto claramente lo veemos cada día, en que de una manera se visten los niños, de otra los mozos, de otra los hombres de más edad. Lo cuarto que un viejo debe de hacer es no ser mentiroso[22], sino que de todos sea tenido por verdadero. La mentira en la boca del mozo es mentira, mas en la del viejo es cruda blasfemia. A la gravedad del viejo no debe ser agradable el mentir, pues a la liviandad del mozo tampoco lo consentimos. Cosa espantosa es ver con cuanta afición miente un viejo, y como se enoja si no le creen. La principal causa por que los viejos eran en tanto tenidos antiguamente era por la verdad que en sus bocas se hallaba; ansí que un viejo ha de procurar de ser verdadero y no mentiroso porque el hombre verdadero de todos es amado, y el mentiroso de todos es aborrecido. La V cosa que el viejo debe de hacer, y aun en la que más a la continua todos caemos, es querer ser muy habladores[23]; los viejos honrados las palabras han de dar por peso, y las buenas obras sin medida. Hay viejos tan prolijos que si comienzan una plática jamás por jamás acaban, de forma que habría hombre que querría más andar seis leguas a pie que no escuchar a un viejo prolijo. Macrobio, sobre el sueño de Scipion, libro I[24], cuenta de un filósofo llamado Critan que hasta los cincuenta vivió muy disoluto y muy travieso, y de allí adelante y después que se sintió ya viejo, fue tan recatado en sus obras, ansí en el comer como en el beber, y vestir y calzar, que jamás hizo obra digna de ser reprehendida, ni fabló palabra que no fuese digna de perpetua memoria. Quéjanse los viejos de que los mozos no quieren tomar con ellos consejo, ni quieren que les digan su parecer, y a la verdad ellos no tienen razón de se quejar, y los mozos tienen mucha por no los escuchar: va un mozo a pedir a un viejo consejo, y comiénzase el viejo a entonar, y contarle cuentos que le acontecieron en la vida de tal rey, y en la vida de tal duque, de forma que al cabo de tres horas que han escuchado van tan sin respuesta como vinieron. La razón por que los viejos son tan amigos de parlar es que como ya no pueden obrar los vicios, huélganse de hablar en ellos. Concluyendo por ser tarde y venir la noche[25], digo que no querría que los viejos fuesen más virtuosos que son en hablar prolijos, ni que trujesen su vida más

reglada que traen su lengua amostrada, y aun de hablar martirizada. Con lo que he dicho no es mi intención hablar de muchos buenos viejos, honestos, recogidos y sabios, salvo de aquellos que de todo esto carecen. Y con tanto Dios nuestro señor vaya contigo. Amen.

Fin de los *Coloquios matrimoniales* del licenciado Pedro de Luján.
Fueron impresos en casa de Dominico de Robertis, que haya gloria.
Acabáronse a IIII días del mes de Febrero, año M.D.L.

NOTAS DEL COLOQUIO SEXTO

1 Así en la primera edición, quizá por error tipográfico. Igual ha de decirse de nombrar al interlocutor Laurem en vez de Laureano.

2 (*Relox* III, XIX, fol. CLXIII).

3 (*Relox* III, XVII, fols. CLX y vto.).

4 (*Relox* III, XVIII, fols. CLIX y vto.).

5 Sic en el texto. Evidente error por púnico.

6 (*Relox* III, Cap. XVII, fol. CLIX vto.).

7 (*Relox* III, XVII, fol. CLX). Luján anticipa esta anécdota de Pirro que en Guevara se encuentra situada después de las de Catón y de Falaris.

8 (*Relox* III, XIX, fol. CLXIII vto.). Es este un fragmento que Guevara atribuye a Marco Aurelio, como perteneciente a una de sus epístolas.

9 (*Relox* III, XXI, fols. CLXV vto.-CLXVI). Está incluido en la carta de Marco Aurelio a Claudio y Claudina.

10 (*Relox* III, XVII, fol. CLX).

11 (*Relox* III, XXI, folio CLXV vto.).

12 (*Epístolas*, I, 35, págs. 231-232).

13 (*Epístolas*, I, 60, págs. 409-410).

14 (*Relox* III, XVII, fol. CLX vto.).

15 Estos consejos que a continuación se enumeran parecen inspirados en Guevara, aunque no hay referencia textual tan directa como en todos los demás casos: (*Epístolas*, I, 35, pág. 226).

16 (*Epístolas*, I, 35, págs. 227-228).

17 (*Epístolas*, I, 35, pág. 228).

18 (*Epístolas*, I, 35, págs. 228-229).

19 (*Relox* III, XVIII, fols. CLX vto.-CLXI). Luján resume una larga enumeración ejemplificativa de Guevara.

20 (*Relox* III, XVIII, fol. CLXI). Luján alude sólo a la historia relatada por Guevara.

21 (*Relox* III, XVIII, fol. CLXI vto.).

22 (*Relox* III, XVIII, fol. CLXII).

23 (*Relox* II, XVIII, fols. CLXII y vto.).

24 (*Relox* III, XVIII, fol. CLXII).

25 (*Relox* III, XVIII, fol. CLXII vto.).

unas palabras sobre

Cómo y para qué casarse en el Siglo de Oro: Los *Coloquios matrimoniales* de Pedro de Luján

ASUNCIÓN RALLO GRUSS



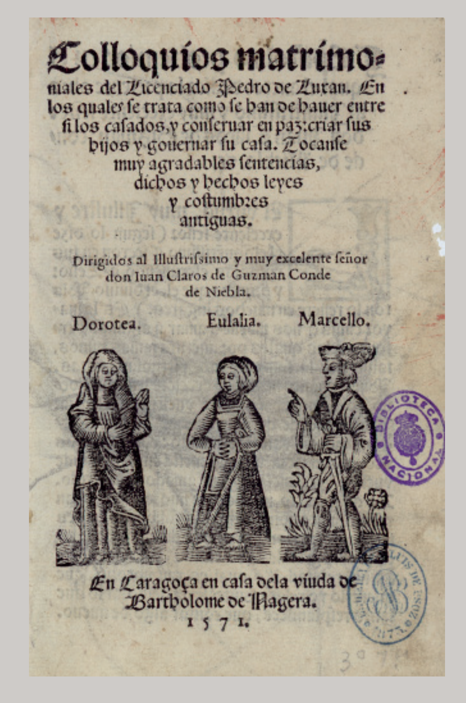
Retrato de Giovanni Arnolfini y su esposa (1434).
Jean van Eyck (1387–1441).
National Gallery, Londres.

Hay obras escritas en el siglo XVI que ofrecen un acercamiento múltiple, pues despiertan interés, e incluso curiosidad, por varios motivos. Los *Coloquios matrimoniales* de Pedro de Luján parecen en principio brindarse como testimonio histórico de usos y costumbres en el apartado referido al matrimonio; pero, al ser éste una cuestión crucial en la constitución de la nueva organización burguesa y urbana, se erigen, por los distintos aspectos que aborda, en propuestas ideológicas de manifestación clara, debido al formato obligado por la finalidad práctica. Pero además, y en cuanto a los resortes literarios elegidos, regulados por un género inherentemente ligado al humanismo, la obra de Luján se presenta como una de las mejores realizaciones del diálogo renacentista, en adaptación de la propuesta de los *Coloquios* de Erasmo, y dando vía dialéctica a un extenso conjunto de datos y propuestas que ya habían visto la luz en formas

menos didácticas. Por último, puede leerse también como miscelánea y recopilación de noticias, ejemplos y anécdotas tomadas de la antigüedad en torno a los diferentes motivos que se van tratando.

Pedro de Luján representa al escritor de obras de moda en la Sevilla del siglo XVI. Después de licenciarse en leyes en la universidad de Alcalá de Henares, fue impresor entre 1550 y 1560 al quedarse con la imprenta sevillana de Dominico de Robertis, marido de una hermana de su madre. Conociendo bien cuales eran los gustos del público compuso un libro de caballerías, como duodécima continuación del *Amadís de Gaula*, titulado *Silves de la Selva* (1546), tradujo otro del mismo género del italiano, *Leandro el Bel* (Toledo 1563), y a la manera de Erasmo, al que cita como modelo, firmó unos coloquios sobre los temas del matrimonio, la educación y el comportamiento en la vejez.

Con *Silves de la Selva* se adentraba el escritor sevillano en el mundo de aventuras y singularidades de la caballería andante. Reflejan, sin embargo, en la línea ya inaugurada por estos epígonos (como son también las obras de Feliciano de Silva), nuevos intereses destinados a perfilar un tipo de héroe no sólo valiente en la hazaña de armas sino más reflexivo. Esto supone en contrapartida la multiplicación de personajes, de acciones y de espacios, así como la entrada de situaciones estáticas, más propias de otros géneros narrativos en torno a la pareja protagonista.


Colloquios matrimoniales del Licenciado Pedro de Luxan. En los quales se trata como se han de hauer entre si los casados, y conseruar en paz: criar sus hijos y gouernar su casa. Tocanse muy agradables sentencias, dichos y hechos leyes y costumbres antiguas.

Dirigidos al Illustrissimo y muy excelente señor don Iuan Claros de Guzman Conde de Niebla.

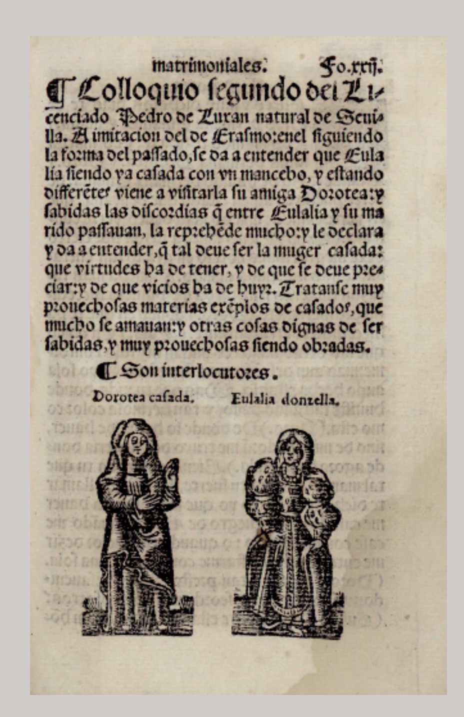
Dorotea. Eulalia. Marcello.

En Caragoça en casa dela viuda de Bartholome de Nagera.
1571.

Portada original de la edición de *Coloquios matrimoniales* impresa en Zaragoza en 1571.

Daba a la luz este libro de caballerías sin atribuírselo, de acuerdo con lo habitual en la saga de los *Amadises*, cumpliendo ese principio intencional de seudo crónica, por lo que no se le consideró suyo hasta que P. Gayangos lo hizo. En cambio, durante algún tiempo se le creyó autor de *Leandro el Bel*, que manifiesta todos los excesos de este tipo de libros, tanto en las modalidades de aventuras como en la amanerada retórica de su dicción, excesos que satirizó Cervantes, así comienza: «Como el luzido y radiante Phebo, saliendo por las concavidades del alto cielo, las tinieblas de la passada noche ahuyenta y deshaze con sus apolíneos y perfulgentes rayos…».

Pero el verdadero éxito editorial lo alcanzó con otra literatura, diametralmente opuesta, la didáctica y moral de las guías de conducta, que proponían desde los consejos prácticos de cómo actuar en la corte o en los viajes (por tierra o por mar), a menudo en forma epistolar, a la salvación espiritual, por lo que casaban la doctrina cristiana con los nuevos hábitos de una sociedad burguesa. A ello dedicaron sus esfuerzos los escritores, tanto intelectuales como divulgadores. Pedro de Luján eligió uno de los temas más reclamados, contando para ello con una amplia literatura precedente.



matrimoniales. Fo.xxij.

¶ Colloquio segundo del Licenciado Pedro de Luxan natural de Sevilla. A imitacion del de Erasmo: enel siguiendo la forma del passado, se da a entender que Eulalia siendo ya casada con vn mancebo, y estando differẽtes viene a visitarla su amiga Dorotea: y sabidas las discordias q̃ entre Eulalia y su marido passauan, la reprehẽde mucho: y le declara y da a entender, q̃ tal deue ser la muger casada: que virtudes ha de tener, y de que se deue preciar: y de que vicios ha de huyr. Tratanse muy prouechosas materias exẽplos de casados, que mucho se amauan: y otras cosas dignas de ser sabidas, y muy prouechosas siendo obradas.

¶ Son interlocutores.

Dorotea casada. Eulalia donzella.

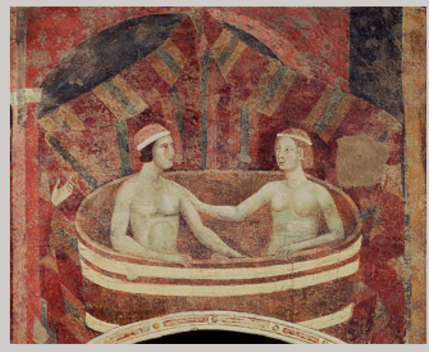
Página de la edición de 1571 de *Coloquios matrimoniales.*

El tema del matrimonio fue uno de los preferidos de los humanistas y escritores del siglo XVI. Vinculado a las nuevas propuestas, apenas tiene relación con la extensa literatura de debate en torno a la mujer del siglo anterior (misoginia/

feminismo). Se encauza en cambio como proyecto social de perfeccionamiento del hombre, tanto en el ámbito de una nueva dinámica familiar como en el de la educación de los hijos que se integra casi como una tarea doméstica. Por ello la adjudicación de nuevas funciones a la mujer, incluida la necesidad de su formación, fue crucial en la constitución de la nueva sociedad renacentista, siendo abordado por gran cantidad de autores, que lo trataron moralmente desde su perspectiva doctrinaria (F. de Osuna), social o didáctica (Guevara, Mejía). Su crucial importancia venía ya demostrada por la atención que le habían prestado Erasmo (tanto en el *Encomium matrimonii*, 1518, e *Institutio christiani matrimonii*, Basilea 1526, como en varios de los *Colloquia*) y Juan Luis Vives (*Institutione foeminae christianae*, 1542, y *De officio mariti*, 1529).

La elección del formato coloquial se debió, sin duda, no sólo al ajuste que este ofrecía para una conformación de alcance pedagógico, sino porque respondía al aprecio que entonces se tenía de los *Coloquios familiares* de Erasmo de Rotterdam, entre los que se encontraban los más interesantes de este tema: *El pretendiente y la doncella, Matrimonio* (o *Mempsigamos*), *Puerperio, Ejercicio pueril* (o *Amor de niños en Dios*), y *Los ancianos*. Luján era tan consciente del significado del autor holandés que es de los pocos autores que lo citan expresamente como modelo e inspirador de sus escritos: «Bien creo benigno y discreto lector que habrá muchas personas





Escena matrimonial (ca. 1320), por Memmo de Filipuccio. Museo Civico, San Gimignano, Italia.

El baño de los esposos, por Memmo de Filipuccio. Museo Civico, San Gimignano, Italia.

que digan, afirmen, y aun murmuren, diciendo yo haber tomado en este segundo y en el quinto Coloquio, que trata de los niños, muchas cosas de los *Coloquios* que el sabio Erasmo Roterodamo escribió, lo cual yo afirmo ser así, aunque niego tener alguna culpa, porque yo quise que fuese como fundamento sobre que yo edificase estos dos coloquios.»

Por eso ya desde Menéndez Pelayo se adscribió a Luján al erasmismo («era Luján hombre de cultura clásica, secuaz de las doctrinas de Erasmo»), y Bataillon lo incluía de pasada en la nómina de erasmistas, sin más significado que el de ser uno de tantos que escribieron al dictado de Erasmo, no encontrando nada especialmente original en él: «Luxán, en suma, adoptó el plan de los primeros traductores de los *Coloquios* que era sacar de Erasmo un amable manual de sabiduría para todas las edades». Olvidaba el investigador francés la otra faceta de autor y traductor de libros de caballerías tan denostados por los humanistas y en especial por el holandés.



Erasmo de Rotterdam (1523), por Hans Holbein el joven. National Gallery, Londres.

Otro motivo puede explicar esa cita, abierta y asumida; bajo la cobertura de Erasmo, se esconden las verdaderas fuentes de su obra, que son Pedro Mejía, *Silva de varia lección* y Antonio de Guevara, *Reloj de Príncipes* y *Epístolas familiares*, a los que sigue al pie de letra en más del noventa por ciento del texto. Luján rehace los textos tomados de los autores españoles, variándoles poco o nada, y los transforma en dialéctica, al ofrecerlos como materia opinable a

cuya exposición dramatizada asistimos. Encaja la extensa prosa guevariana en una ficción conversacional en la que un personaje circunstancialmente la hace suya, la actualiza aplicándola a un caso concreto, y escenifica un proceso de aprendizaje.

A cada uno de los seis coloquios que componen la obra le corresponden los personajes pertinentes para ir tratando de los variados asuntos en torno al matrimonio. En el primero una mujer casada, Dorotea, explica a su amiga Eulalia los beneficios del matrimonio, convenciéndola para que tome estado, al mismo tiempo que enuncia los nuevos criterios que este debe cumplir para un suceso feliz, como es la igualdad de situación social y de edad entre los contrayentes. En el segundo, en un nuevo encuentro de las dos amigas, Eulalia le confiesa a Dorotea el fracaso de su matrimonio, las continuas peleas con el marido y el mal comportamiento de éste; Dorotea considera que ambos son culpables, por lo que le aconseja a su interlocutora nuevas tácticas de sumisión y de acercamiento al marido y se ofrece a mediar con éste. Por lo que, ya en el tercer coloquio, se hace la encontradiza con él, llamado Marcelo, y le recuerda cómo debe ser la conducta del buen casado, cómo ha de tratar a su mujer, y cuál es la importancia de su papel en la casa. Por fin, en el cuarto, Eulalia reconoce el milagro que se ha producido, tras su propio cambio y el de su esposo, agradeciendo a su amiga sus consejos, y le anuncia que está



Mujeres vestidas según estado. Grabado del siglo XVI.

preñada. Dorotea dedica entonces una primera parte de su plática a prevenir sobre los peligros del embarazo y advertir sobre las actividades y modo de vida que debe realizar la mujer en ese estado, y en la segunda, ya presente Marcelo, la conversación discurre sobre la crianza del hijo, desde el amamantamiento hasta la búsqueda del ama ideal.

Para la puesta en escena del quinto tiene que transcurrir un lapsus de tiempo, ya sus protagonistas son ahora los hijos de ambas mujeres, Julio e Hipólito, tratándose del tema de la educación, «qué virtudes ha de tener el buen niño, de qué vicios se ha de apartar, cómo se ha de haber en el estudio». Por último, y ajeno a los personajes anteriores, el coloquio sexto se refiere al comportamiento en la vejez, siendo los dialogantes, Fulgencio y Laureano. Afea el primero la conducta del segundo que se comporta como mozo, en el vestir y en el actuar.

De este modo, dejando al margen el último, los coloquios siguen un esquema de dramatización que implica un doble proceso. El interno de cada uno es el aprendizaje en el que se inscribe cualquier diálogo, adoptando uno de los interlocutores el papel de maestro y el otro de discípulo. Y la vertebración de los cuatro primeros especialmente, de tal modo implica, como pasos de una vida, un encadenamiento de las situaciones (o estados) de tal modo que se concluye uno generando la problemática del siguiente. Algo semejante es lo que ya presentaba la obra de Francisco de Osuna, *Norte de los estados*, 1531, en el que se iba pasando por todas las cuestiones de soltero a viudo, desde la doctrina del cristiano y siendo cada sesión un petición de consejo (cercana a la confesión) de Villaseñor al Autor.

Sin embargo los elementos presentes en la dramatización de los coloquios de Luján acercan la obra a una modalidad narrativa, pues sus personajes cambian y evolucionan al asumir y resolver situaciones anteriores, y suponen la importantísi-

Retrato de la familia (1528), de Hans Holbein el joven. Öffentliche Kunstsammlung, Basilea.

Retrato de una mujer (La Donna Gravida) (1505), por Raffaello Sanzio. Galleria Palatina, (Palazzo Pitti), Florencia.

ma novedad de poner en boca femenina el análisis de la problemática y la propuesta de sus soluciones, lo que indudablemente el escritor español supo apreciar de Erasmo. A ello se suma la pertinencia de una puesta al día o actualización sobre la *nueva* situación para, partiendo de ahí, encauzar la información pertinente para el estadio posterior.





La atención al espacio también colabora en la valoración del proceso dialogal y en el efecto «novelesco». Luján alterna los exteriores y los interiores en clara correspondencia a la situación de los personajes y la materia: los coloquios entre mujeres (I y II) tienen lugar en el interior de la casa, la de Doroctea (en el primero) y la de Eulalia (en el segundo) funcionando la representación como una visita entre amigas. El cuarto presenta un desajuste al indicarse al principio que «Eulalia va a visitar a su amiga Doroctea», y luego parece ser la casa de Eulalia hacia la mitad cuando entra Marcelo, su marido . En cambio, el quinto y sexto se desarrollan en la calle, de acuerdo con la tópica motivación del encuentro fortuito de dos amigos. Son dos niños y dos viejos respectivamente que charlan abiertamente sobre sus asuntos.

En cuanto a la caracterización de los personajes se parte de una premisa de igualdad consustancial (sexo, edad, clase social) y diferencia eventual para permitir no sólo la distribución de papeles sino también la transformación del receptor (discípulo). La desigualdad inicial (o diferencia eventual) suele manifestarse tópicamente en la apariencia externa. Luján

recurre a este tópico que funciona simultáneamente como desencadenante del diálogo. La «extraña» apariencia (en la mayoría de los casos metaforizada en vestidos no adecuados) de un interlocutor, conocido de antes por el otro, da lugar a la motivación temática. Así Eulalia está desaliñada y mal arreglada al principio del coloquio segundo, como reflejo de su estado de mal casada, mientras que en el cuarto (cuando se ha invertido la situación) aparece bien vestida. Del mismo modo Laureano reprende a Fulgencio «porque lo vio vestido como mozo», siendo viejo.

Todo ello demuestra que Luján ha aprendido lo básico del sistema dialéctico en Erasmo, para dar alcance mediático a una divulgación doctrinal, sobre temas de muy alto interés social en el momento y al que han atendido múltiples escritores, humanistas y moralistas. Los *Coloquios matrimonios* se ofrecen como suma y catalizador del pensamiento renacentista, cuando la sociedad está en plena transformación del sistema feudal al burgués, mostrando las bases y directrices fundamentales de esa nueva sociedad, que debe dotar de nuevo espacio y función a la mujer:

- Se considera el matrimonio como moralmente superior al de la soltería y se atribuye como finalidad primordial del matrimonio el tener hijos. Luján utiliza una erudición casi tópica de cuestiones más o menos colaterales, desde la edad de los contrayentes, a los ritos y ceremonias, lo que se entiende como retrato costumbrista-moral de la prácti-



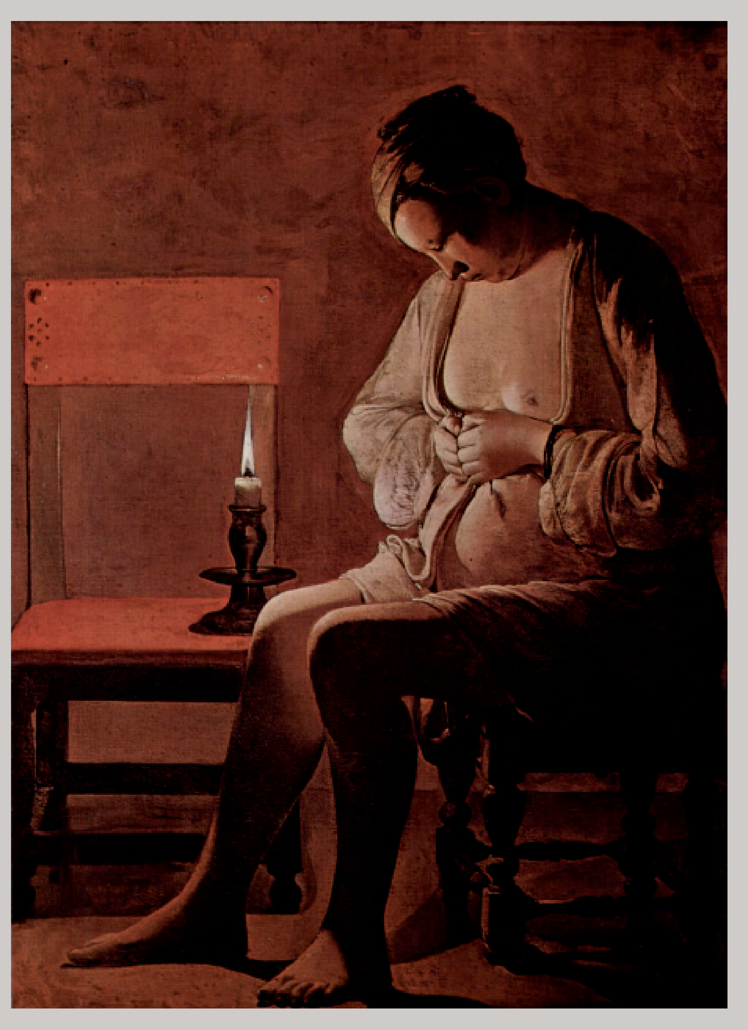
El recién nacido, por Georges de la Tour (1593-1652). Musée des Beaux Arts, Rennes.

ca social. Desde un refrendo humanista, las cuestiones se ejemplifican y matizan con citas de autores y textos de la antigüedad clásica.

- Se adjudican a la mujer una serie de tareas concretas, en función de su papel como dueña de la casa y como madre responsable de los hijos, desde el comportamiento adecuado durante el embarazo para evitar el aborto y la muerte propia hasta la crianza del niño, alabando los gozos de la maternidad y recriminando el envío de los niños a una aldea para su crianza en ella, lo que les hace ajenos a la familia, como extraños. Y aun cuando no pueda amantarlo ella misma se propone la elección del ama y su supervisión y vigilancia. Estas tareas hacen a la mujer permanecer en la casa y entretenerse en labores cuya finalidad no es la distracción sino la intervención eficaz en el desarrollo de la familia, de la que se le hace responsable y artífice.

- Por esto se revela también la importancia de la maternidad ligada a la educación de los hijos dentro de la familia, en la preocupación y desvelo por su primera etapa. La madre debe formarles en sus inicios, lo cual implica, como reclamaron los humanistas, la necesidad de una instrucción para la mujer.

En desarrollo de ideas y propuestas del humanismo se construye así la familia como espacio de reproducción ideológica en el que la mujer juega un papel fundamental. Es la familia



Mujer embarazada, por Georges de la Tour (1593-1652). Musée Historique Lorrain

núcleo de creación y de conservación de un espacio individual (íntimo y doméstico), un nuevo mecanismo de organización social. La mujer se torna pieza clave en la surgimiento del espacio privado, como contrapuesto al espacio público.

La oportunidad de este tipo de obras, tanto por el tema como por la hechura elegida quedó demostrado por el éxito que le acompañó. Los asuntos y la forma, le convirtieron en guía de consulta, ofreciéndose más que para una lectura continuada, para la comprobación y consejo de aspectos puntuales; por ello tiene epígrafes al margen, así como llamadas de atención mediante una pequeña mano que señala lo relevante. Publicado por primera vez en Sevilla (en casa de Dominico de Robertis) en 1550, no sólo contaba en 1589 con once ediciones sino que era traducida al italiano en 1575 (*Il primi dei dialoghi del licenziato Pietro di Luciano da Siviglia, nel quale tratta di molte cose appartenenti allo stato matrimoniali, tradotto dal castigliano*, Palermo), mientras el autor inglés Edmund Tilney, en su *Flower of Friendschippe* (1568), convertía al propio Luján en interlocutor de un amplio diálogo que versa sobre el contenido de su propia obra.

Los *Coloquios matrimoniales* puede leerse aspirando a manejar un testimonio histórico, de carácter social y costumbrista, pero también como invitación a la reflexión sobre cuestiones de comportamiento individual y de funcionamiento de la familia respecto a la sociedad, que aun despiertan no sólo interés sino debate, al pertenecer a la constante del ser humano como ser social.

Referencias bibliográficas

— M. Bataillon, *Erasmo y España*, Madrid, FCE, 1966.

— Gayangos, «Catálogo razonado de los libros de caballerías que hay en lengua castellana o portuguesa, hasta el año de 1800», BAE, tomo XL, Madrid, Rivadeneyra, 1857.

— M. Menéndez Pelayo, *Orígenes de la novela*, Madrid, CISC, 1961, tomo I.

— A. Rallo Gruss, ed. P. de Luján, *Coloquios matrimoniales*, Madrid, Anejos del Boletín de la Real Academia Española, XLVIII, 1990

— A. Rallo Gruss, *Erasmo y la prosa renacentista española*, Madrid, Laberinto, 2003.

— I. Romero Tabares, *Silves de la Selva de Pedro de Luján*: Guía de lectura, Alcalá de Henares, Centro de Estudios cervantinos, 2004.


Galeria de lecturas pendientes
BibliotecaVirtualAndalucía
2010

Biblioteca Virtual de Andalucía

“En el tiempo que había verdad, señoreaba verdad y reinaba verdad, nadie se casaba con extranjero, porque mal se pueden conformar las voluntades los que apenas se entienden las lenguas; el uno de una parte y el otro de la otra; y lo que mejor es, sin haberse visto se vienen a juntar, como si fuese meterse frailes que tienen un año para arrepentirse. En aquel tiempo nadie se casaba sino con la hija de su vecino con quien se criaba, porque ya se habían visto y conversado muchas veces sabía si era parlera, si ventanera, ni salidera o desperdiciada. Mas ahora sea la mujer cualquiera, al fin no se mira salvo el dinero; y éste gastado la mujer quédase en casa y las rencillas y mala vida con ella. En aquel tiempo primero se acordaban las voluntades y así eran los casamientos perpetuos, amorosos y aun sabrosos.”

